



Paisajes cotidianos de pueblos rurales en Chile Central:

La Canela, Rinconada de Guzmanes y Valle Los Olmos

Memoria para optar al Título de Antropóloga Social



Teresita Nercasseau Gibson
Profesor Guía: Jorge Razeto M.

Santiago, junio del 2019

Agradecimientos

Quiero agradecer a todas las personas que me recibieron en terreno, en particular a Temo, Lala, Lucho y su familia, a Daniela y Antonio y a Isabel y Gastón. Sin ustedes esta memoria no era posible. Agradecerles por los paseos, los té compartidos y las buenas conversaciones, por hacerme sentir cómoda y siempre buscar formas de ayudarme, de las maneras más desinteresadas.

Gracias a todos y todas quienes me recibieron en sus casas para entrevistarles. Guardo con mucho cariño todas las historias que me compartieron que, si bien pocas aparecen en este escrito, no dudo que son lo que más me enriqueció a lo largo de este tiempo. Gracias por confiarme parte de su tiempo y a ustedes mismos/as.

Gracias a Jorge Razeto por tu firme optimismo y creer en mis reflexiones. A los cursos de Antropología de Naturaleza del 2015, 2016 y 2017. Muchas de las ideas expuestas provienen de las conversaciones en terrenos, como estudiante y ayudante. Aprovecho de agradecer al equipo de ayudantes y de taller, por los momentos, aprendizajes y errores compartidos.

Gracias a ambos profesores de mi comisión por sus valiosas apreciaciones y a todas y todos quienes se tomaron un tiempo para conversar o leer partes del proyecto de investigación o la memoria. Cada comentario, duda o sugerencia la hizo mejor.

Gracias a mis amigas y amigos que nos hicimos compañía en todo este largo proceso. Sin ustedes todo esto habría sido tanto peor: por las conversaciones, las quejas, las frustraciones, los consejos, las risas, las distracciones, los tecitos, los chai latte, las cervezas, los recreos, las sacadas de vuelta. Fue lindo acompañarnos en las soledades de las tesis (después de una carrera tan grupal) y vernos crecer en todo este proceso. Gracias también a esas personas de adentro, amigas de todos los tiempos, que de cerca o de lejos, sé que siempre están conmigo.

Por último, gracias a mi familia: mamá, papá, Rombo, Joaquín, Sofi, Ceci, Berny, Lela, Vicky y quienes se sumaron en este tiempo, en especial a mis sobrinos. Su compañía y amor son lo más valioso que tengo.

Resumen

Los paisajes cotidianos de los pueblos rurales de Chile Central están compuestos por tres dimensiones concéntricas: cerros, pueblo y espacios domésticos. A partir de los ejemplos de los pueblos de La Canela (comuna de Puchuncaví), Valle Los Olmos (comuna de Petorca) y Rinconada de Guzmanes (comuna de Putaendo) en tanto pueblos de pequeña propiedad tradicional, se esbozan estas tres dimensiones desde una perspectiva fenomenológica, poniendo el enfoque en las experiencias de sus habitantes a través de sus relatos y narrativas y en como estos han construido sus espacios íntimos. Se identifican materiales, como agua, tierra y piedras, caminos y rutas, lugares y espacios de distinta índole que junto con las trayectorias históricas continuas ayudan a la comprensión del habitar rural del Valle Central.

Palabras claves

Paisaje - Pequeña Propiedad – Materiales - Espacios domésticos – Cerros – Pueblo - Tierra Agua – Piedras - Valle Central - Habitar Rural - Colecciones – Memoria – Microcosmos – Trayectorias – Lugares – Objetos – Narrativas – Habilidad – Construir – Representaciones.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN. PAISAJES Y PUEBLOS RURALES	6
Objetivos de la investigación.....	8
MAPA TEORICO. EL PAISAJE Y SUS COMPONENTES	9
El habitar y la habitabilidad	10
Habilidades y creatividad.....	13
Movimientos y lugares	14
Objetos, procesos de singularización	15
El microcosmos de una casa	16
Narrativas de memoria.....	18
MARCO METODOLÓGICO. ENTREVISTAS Y TERRENOS	18
I. LA CANELA, VALLE LOS OLMOS Y RINCONADA DE GUZMANES. PUEBLOS DE PEQUEÑA PROPIEDAD	21
AGRICULTORES, GANADEROS Y OTROS OFICIOS	25
Continuidades al presente	30
II. LOS CERROS	33
La unión de los ríos y la vista desde altura al pueblo	35
EXPERSIONES RELIGIOSAS Y OTRAS CREENCIAS.....	36
Agua, grutas y la virgen.....	36
Brujos y diablos.....	40
EL ESPACIO DE LOS ANIMALES.....	41
Huellas y rastros de animales en los cerros	44
LEÑA, CARBÓN, MINERÍA: OTRAS ACTIVIDADES	46
PASEOS Y RECOLECCIONES	50
CAMBIOS GRADUALES, SEQUÍAS Y PLANTACIONES.....	53
LA VISTA, DESDE LAS CASAS, SUS PATIOS Y CORREDORES.....	54
III. EL PUEBLO RURAL	56
CAMINOS, SENDEROS Y TRÁNSITOS.....	59
Pavimento, luz y agua.....	61
DIFERENTES SECTORES DEL PUEBLO	63
EL PASADO EN EL PRESENTE A TRAVÉS DE LOS MATERIALES	64
Pircas y cercos varios	66
Vestigios y ruinas	69
LUGARES DE ENCUENTRO	70
ENGALANAR EL PUEBLO: PAISAJES ESTACIONALES.....	75
PAISAJES FAMILIARES: "ESE ERA NUESTRO MUNDO"	78
El pueblo dentro de las casas	80

IV. ESPACIOS DOMÉSTICOS	86
TIEMPOS DISTINTOS EN EL PROCESO CONTINUO DE HABITAR	89
FORMAS PARA CONSTRUIR, CULTURAS CONSTRUCTIVAS	91
DENTRO DE LAS CASAS: EN EL LIVING COMEDOR	94
Imágenes de la ruralidad	96
Exponer colecciones y objetos	98
EL PATIO	101
Jardines, árboles y plantas	102
Cosas, vestigios, senderos y nuevos usos.....	106
RAMADAS, BAJO LA PARRA, TERRAZAS Y OTROS	110
Cocinar y comer	110
Hacia la calle o en el corredor	113
DE LA CREATIVIDAD Y OTRAS FORMAS DE PENSAR PAISAJE	118
Breve reflexión metodológica. Después de los terrenos.....	121
CONCLUSIONES	122
REFERENCIAS	131

INTRODUCCIÓN. PAISAJES Y PUEBLOS RURALES

El mundo rural de América Latina desde los años setenta comenzó a transformarse debido a procesos de modernización; produciendo cambios en las relaciones humano-naturaleza. En Chile, esta nueva ruralidad ha estado marcada por una globalización de los sistemas agroalimentarios, enfrentándose los diferentes tipos de agricultura campesina a diversos niveles de inclusión y exclusión respecto a este sistema, produciendo transformaciones territoriales que se traducen muchas veces en cambio de los patrones de uso de suelo (Hernández, 2009). En otras palabras, el mundo rural actualmente se trata de un espacio complejo y heterogéneo que incluye la agricultura campesina pero que no se agota ahí, demandando nuevas definiciones.

Para José Bengoa (2015a) el mundo rural chileno ha sido caracterizado a partir del Valle Central de Chile. Si bien se suele hablar del Valle Central (Bengoa, 2015; 2015b) con límites del río Aconcagua (norte) y el río Biobío (sur), en la realidad se trata de una serie de cuencas que se generan por la Cordillera de los Andes al este, y la Cordillera de la Costa al oeste, como manifestación de la depresión intermedia. Durante la conquista, en menos de 20 años la población indígena que habitaba la zona fue reducida a pueblos de indios o 'rancherías' convirtiéndose en un espacio hegemonícamente español. A fines del s.XVII comenzó una agricultura algo más intensiva que en el resto del país: las estancias producían animales para cuero y sebo, y las chacras producían alimentos, para los crecientes centros urbanos (Bengoa, 2015a). Luego se produjo una rápida subdivisión de la propiedad latifundista, comenzando a conformarse pequeñas propiedades altamente productivas. Incluso, en el caso de San Felipe como en otros sectores cercanos, se reconoce un proceso temprano de desinquilización dentro del panorama nacional (Bengoa, 2015b). Aun así en este contexto, la figura del latifundio, como parte de la herencia española, ha sido entendida como figura central para el mundo rural chileno ya que *“caracterizó el paisaje rural durante siglo y medio a partir de la Independencia, y que dejó profundas huellas en el carácter de la sociedad chilena hasta nuestros días”* (Memoria chilena, 2017) pasando por alto la presencia de otros tipos de poblados que fueron centrales para la conformación del territorio en esta zona, como sucede con las pequeñas propiedades, que ocupa la centralidad de esta memoria.

Se trata de grupos humanos con trayectorias diversas que llevan a la generación de pequeñas propiedades campesinas: pueden ser pueblos de indios, grupos familiares que se instalaron en tierras desocupadas armando 'rancherías' o producto de procesos tempranos de desinquilinización (Bengoa, 2015a) que permanecen en el tiempo en constante transformación en relación a sus entornos. Si bien la Reforma Agraria no afectó directamente a la pequeña propiedad campesina, esta sí se vio influenciada por los procesos de modernización e institucionalización que la sucedieron.

Conceptualmente, la pequeña propiedad tradicional ha sido llamada de varias maneras, por su misma multiplicidad de formas en la realidad; 'dueños agricultores' (Smoler, 1964), pequeños productores (Bengoa, 1988) o minifundio (Gómez, 1980; Bengoa, 1988). Todos los términos surgen estudiando realidades locales de la zona central y tienen pequeñas

variaciones, en tanto se considera cierto aspecto más relevante que otro: su tamaño, el hecho de producir de forma independiente o su estrecha relación con el latifundio. Más allá de cómo se le nombre, es posible identificar ciertos factores comunes: se trata de propiedades pequeñas y de agricultores y/o ganaderos que han habitado sus tierras por varias generaciones que se diferencian de la pequeña propiedad parcelera que es producto de las transformaciones ocurridas por la Reforma Agraria y el posterior mercado de tierras.

Las pequeñas propiedades, en contrapunto con las haciendas y fundos, al ser terrenos pequeños no son unidades sustentables en sí mismas, por lo cual, funcionan en tanto conformación de zonas de varias pequeñas propiedades agrícolas pertenecientes a diferentes familias, muchas veces conectadas entre sí, tanto por parentesco como por relaciones históricas y de cooperación entre ellas. Estos conglomerados de espacios habitacionales, usualmente entendidos como *pueblos rurales*, han sido funcionales a la continuidad de la pequeña propiedad y producto de ella.

Cabe aclarar que existe una diferencia entre pueblo rural y la noción de pueblo como la concibe el INE, referida a una entidad esencialmente urbana, más cercana a una ciudad, que cuenta con una actividad económica en particular. En este sentido la noción de *pueblo rural* presentada aquí se asemeja más a lo que ha sido estipulado como caserío; un asentamiento de nombre propio que posee 3 viviendas o más cercanas entre sí, y que no forma parte de otra entidad mayor, como una ciudad (Instituto Nacional de Estadísticas, 2005).

Desde esta perspectiva, los pueblos rurales podrían provenir de trayectorias hacendales o de pequeña propiedad tradicional, y en términos formales podrían llamarse igual. Sin embargo, el paisaje hacendal está bastante estudiado por su misma centralidad en la literatura de Chile Central. Si bien hay un conjunto de instalaciones, construcciones y espacios anexos, la arquitectura hacendal tiene como motivo central la casa patronal: se configura como un centro articulador entorno al cual se conjugan lugares de uso comunitario con funciones diversas, por ejemplo, la iglesia o los corrales y las bodegas, y lugares de uso privado como las viviendas de los inquilinos. Además, las casas patronales suelen contar con alamedas, arboledas o explanadas creando verdaderos hitos en el paisaje para indicar magnitud (Facultad de arquitectura y urbanismo, 1981). Incluso, si es que ya no está la casa patronal, las rectas alamedas quedan como evidencia. Así mismo, respecto a las viviendas de los inquilinos, si bien en un principio estaban dispersos para cuidar los campos, con el tiempo se incitó a la concentración de las viviendas y se construyeron las 'pueblas' a lo largo de la calle utilizando un sistema de ajedrez, forma que se acentuó con los 'villorrios' planificados por la Corporación de Reforma Agraria con el objetivo de modernizar el hábitat rural, terminando así con la dispersión de los asentamientos (Bengoa, 1987).

Así, las formas del pueblo rural con trayectoria hacendal responden en primer lugar a la casa patronal como eje ordenador y en segundo lugar a planificaciones consientes de agentes como patrones o el Estado, siendo reflejo de las estructuras de poder. En cambio, en zonas de pequeña propiedad campesina no se podría presuponer el ordenamiento del paisaje de antemano, dado que al ser dueños de su tierra son en parte, dueños de su paisaje, pero a la vez están en una posición de subordinación respecto a quienes poseen

grandes extensiones de terreno, como antes las haciendas o actualmente las empresas agroindustriales (Cordero, 2014). Son constructores de su paisaje.

Actualmente la presencia de pequeña propiedad campesina en Chile Central es significativa. La mayor cantidad de explotaciones agrícolas de pequeños/as propietarios/as (88,5% el total país) se concentra en las regiones de Chile central y en particular en la región de Valparaíso. El 95% de quienes producen no se considera de ninguna etnia, condiciéndose con lo propuesto por Bengoa (2015a) respecto a la poca presencia indígena, o más bien, al nulo reconocimiento de esta herencia. En todos estos hogares de pequeños propietarios, la fuente de ingreso principal es la actividad agrícola, pecuaria o forestal, y la segunda fuente de ingresos es la jubilación o pensión que suele aportar entre un 12% a un 14% al hogar (Idea Consultora, 2011) reflejando como la población rural de ha envejecido.

Entonces se tiende a homogeneizar la realidad de los pueblos de pequeña propiedad desde la historia de las haciendas reformadas. Por esto se hace imposible adivinar las formas de los pueblos de pequeñas propiedades campesinas en tanto son producto de este habitar específico que se traduce en sus ordenamientos espaciales: en su arquitectura, en sus lugares y senderos y en los detalles de cada uno de estos lugares, los materiales con los que están contruidos, sus colores, plantas y decoraciones específicas de cada casa (Cordero, 2014) y en el pueblo en general. En el contexto cambiante de la ruralidad actual, el habitar está estrechamente relacionado con los afectos ya que cumplen un rol significativo en la creación y recreación de los espacios de vida cambiantes y sobre todo en la mantención de un habitar propio (Skewes, Trujillo y Guerra, 2017). Los afectos permiten observar la continuidad de este habitar rural en el tiempo y relevar sus distintas formas de llevarse a cabo y a la vez permiten tener en consideración como se construyen las subjetividades en la actualidad.

En consideración con esto se hace necesario caracterizar estos paisajes para aportar a la complejización del mundo rural de Chile Central y reconocer otros modos de habitar. Como se trata de trayectorias vitales y transgeneracionales particulares, la experiencia cotidiana y la mirada retrospectiva de los y las habitantes de los pueblos de pequeña propiedad es fundamental para el reconocimiento de las formas de sus paisajes, para diferenciar estos paisajes de las lecturas hegemónicas de lo que es y ha sido la ruralidad.

Objetivos de la investigación

La siguiente memoria se situó en tres localidades rurales al interior de la región de Valparaíso, ubicadas en diferentes comunas. Los tres pueblos (La Canela, Rinconada de Guzmanes y Valle Los Olmos) están formados por grupos familiares con pequeñas propiedades que no necesariamente están ligadas al trabajo agrícola o ganadero.

El objetivo principal de esta memoria es *Caracterizar los paisajes cotidianos de pueblos rurales de Chile Central, a partir de las experiencias de los y las habitantes de los pueblos de Rinconada de Guzmanes, La Canela y Valle Los Olmos* y a lo largo del proceso de investigación se mantuvo como tal. Lo que cambió fue la conceptualización de lo implicaba *paisaje* y, al cambiar el sentido, cambiaron con ello los objetivos específicos, con el propósito de hacer más la investigación más acotada.

De este modo, los objetivos específicos reconocen aspectos pertinentes a la particularidad de estos paisajes y consistieron en: (1) *Identificar lugares y senderos propios del entramado de los pueblos rurales desde la experiencia de quienes lo habitan.* (2) *Identificar las materialidades significativas para los habitantes en la conformación de su paisaje rural.* (3) *Relevar aspectos comunes de los pueblos rurales en relación al habitar rural de Chile Central.*

Estos objetivos, tanto generales como específicos, tienen un fuerte carácter teórico y hablar de 'paisaje' es un tanto problemático considerando que es un concepto que ha estado constreñido por diferentes marcos de entendimiento de diferentes disciplinas, haciendo necesaria una comprensión teórica más detenida que dé cuenta de cómo se fue comprendiendo durante la investigación.

Mapa teórico. El paisaje y sus componentes

El concepto 'paisaje' proviene originalmente del arte, destacando como un género pictórico a partir del siglo XVII con el romanticismo (Roger, 2007). Es una palabra moderna, por lo tanto, no puede ser trasladada como criterio tal como lo entendemos a otro tipo de sociedades. Berque, desde la geografía cultural, propone cuatro condiciones para estimar si una sociedad posee una 'cultura paisajística' o no: el uso de una palabra como 'paisaje' o semejantes, la existencia de literatura (oral o escrita) que describan paisajes, la existencia de representaciones pictóricas y, por último, que existan jardines cultivados por placer (Berque, 1994 citado en Hirsh, 1995; Maderuelo, 2007; Roger, 2007; Cano, 2012). Luego incorpora un quinto criterio que situó antes que los otros: la existencia de una reflexión explícita del paisaje como tal (Berque, 1997 citado en Cano, 2012). Si bien lo que se busca decir con estos criterios es que no todas las culturas son paisajísticas, se deja entre ver las diferentes dimensiones que puede tener el paisaje, desde representaciones discursivas y pictóricas, hasta su construcción tangible.

Para Hirsh (1995) el paisaje es capaz de unir un plano ideal o imaginario (background) con la vida cotidiana o la realidad concreta (foreground). Estos imaginarios están presentes y a la vez están participando de las relaciones cotidianas. Si bien es una convención principalmente occidental, pone al descubierto una relación que es intercultural entre ambos planos, siendo el paisaje finalmente una expresión particular dentro de otras que reflejan esta relación, convirtiéndose en una herramienta conceptual. Esto en términos prácticos, se traduce en que el paisaje se construye material y discursivamente, condicionándose recíprocamente ambas dimensiones (Skewes, Guerra, Rojas & Mellado, 2011).

Paisaje se utiliza tanto para nombrar un entorno real como una representación de ese entorno, que implica distanciamiento. Su representación en fotos o pinturas es lo que hace emerger el paisaje, es decir que "*no tendríamos conciencia paisajística sin los mapas y los cuadros que nos han mostrado muchas de las cualidades que posee el territorio como paisaje*" (Maderuelo, 2007, p.32). Es posible preguntarse entonces donde está el paisaje; si es algo que se mira o algo que se habita. Cano (2012) siguiendo al geógrafo Wylie, comenta que parte de habitar es observar lo que habitamos. Para la comprensión de un paisaje, este debe ser sentido o experimentado, pero para transmitir algo de ese

sentimiento a otros, tiene que ser hablado, es decir, representado, para desplegarse así al observador (Tilley, 1994).

Entonces, el concepto desde la perspectiva de Bender (2002) es capaz de atravesar ciertas dualidades modernas como tiempo (historia) y espacio (geografía), o naturaleza (ciencia) y cultura (antropología), que lo propicia su interdisciplinariedad. La dualidad naturaleza-cultura ha sido ampliamente discutida desde la antropología. Desde un enfoque estructuralista, Descola (2001) explica que las concepciones de naturaleza son construidas socialmente, por lo tanto, el entendimiento de la naturaleza como algo único, externo y objetivo responde solo a una perspectiva, la occidental. Esta distinción no se debería trasladar automáticamente a otras culturas o contextos culturales particulares, donde no funcionan como sistema binario o la separación resulta difusa. A la vez, esto no implica que el medio ambiente orgánico e inorgánico exista solo por ciertos códigos culturales (Descola, 2001). La diversidad biológica si responde a una realidad material común que no puede ni debería ser completamente relativizada en cuanto a sus implicancias políticas (Escobar, 1998). Todo esto generó un giro ontológico en las conceptualizaciones de la antropología, dejando atrás en el debate a enfoques deterministas ambientales como relativistas culturales (Durand, 2002; Miltón, 1997).

Es importante destacar que existen aspectos del paisaje que no tienen que ver con la acción humana, como sucede con los aspectos topográficos. Tilley (1994) reconoce que parte fundamental de las sociedades no industriales es la experiencia física y biológica del paisaje: la relación con la tierra, el agua, los lugares altos y bajos, el viento, la lluvia, el sol, las estrellas, el cielo en general y los ritmos de las estaciones. El clima es integral a la experiencia de las personas en el paisaje en relación a sus entendimientos cosmológicos respecto al tiempo (Pillat, 2012, citado en Strang, 2014).

Todos estos componentes participan cotidianamente y junto a las actividades corporales van creando 'lugares' con las acciones que se realizan entre y en ellos, se entrelazan dando paso al paisaje (Cano, 2012). En una dialéctica constante, el paisaje es ambos: un medio para y una salida de acciones, junto con previas historias de acción (Tilley, 1994). Desde esta perspectiva el paisaje no puede ser algo acabado y va emergiendo cotidianamente en la experiencia colectiva y personal, siendo posible abordarlo desde las poblaciones que lo habitan y producen en consideración con el plano representacional. Esto sería para Hirsh (1995) un acercamiento al paisaje desde una perspectiva fenomenológica.

El habitar y la habitabilidad

El paisaje desde el habitar se puede entender desde la propuesta fenomenológica del antropólogo Tim Ingold, quien tiene como concepto central la idea de dwelling (traducible como habitar). Uno de los puntos de partida para este concepto son los postulados del filósofo Martín Heidegger (2002). El habitar es una cuestión inherente al ser humano, que se traduce en el construir, como instituir y ensamblar espacios. Un puente no es por sí sólo, sino que es lo que hace que existan lugares que une. Desde occidente se suele pensar que todo aquello que une o que está vinculado a la cosa, pareciera ser algo que se le está agregando luego de la interpretación, y no es parte de la cosa en su existencia. El puente como una 'cosa' nunca está por sí sola, pero eso no implica que exprese algo más a modo

de símbolo. No somos entes cerrados frente al espacio, sino que vamos creando espacios a través del construir y del movimiento que se genera por el habitar propio de nuestra existencia (Heidegger, 2002). Estas ideas son las que Ingold toma para construir su propuesta 'dwelling perspective' (Ingold, 1993; 2002; 2011). La diferencia que establece Ingold respecto al filósofo, es que este último plantea al ser humano en oposición con los animales no-humanos que se traduce en una forma antropocéntrica de entender el mundo (Ingold, 2011). Ingold, por su parte, utiliza los puntos comunes entre Gibson, desde la psicología y Merleau-Ponty, desde la filosofía, para esbozar que entiende él por percepción y así por habitar.

La 'perspectiva del habitar' busca re-ensamblar la experiencia humana, entendiendo el mundo como un continuo. Es la idea de sumergirse en el mundo a través de diseñar, construir y ocupar. Habitar es la forma en que las personas conviven y producen sus propias vidas en apertura con el mundo, entrelazándose con el mismo (Ingold, 1993; 2002; 2011). La vida humana es un proceso que involucra el paso del tiempo y su consecuente formación de paisajes donde vivimos. El paisaje no es ni neutral, ni natural y tampoco simbólico o cognitivo, sino que son historias. Sin embargo, esto no quiere decir que se cubra el mundo con un manto -de recuerdos o historias- que impidan ver el mundo realmente, sino que a partir de historias se va guiando la atención sobre el mundo. Estas historias provienen de quienes son más experimentados (Ingold, 1993).

El habitar es algo que se está constantemente llevando a cabo, a través de cualquier operación práctica de la vida cotidiana, que Ingold llama *task*, cuya traducción sería tareas. Ingold diferencia entre *taskscape* y *landscape*. En el primer caso, se apela al movimiento de estas operaciones diarias que solo existen mientras son performados, en cambio, *landscape* apelaría a la tierra (land) y a la incorporación de este movimiento al medio sólido, con temporalidades mucho más largas. Esto podría entenderse mejor desde la definición que entrega Bender (2002) respecto al paisaje como tiempo materializado o más bien tiempo materializándose, equivalente a la imagen que entrega Cano (2012) respecto al paisaje como palimpsesto, en tanto son capas sobre capas de formaciones e informaciones que están constantemente sedimentándose para construir otras capas en el presente.

Otro aspecto fundamental del habitar es que entrelaza espacios y emociones. La perspectiva del habitar se complementa con el concepto de *habitabilidad* que se remite al apego; "a la íntima identidad que se crea y recrea entre aquella y una determinada porción del planeta" (Skewes, Trujillo & Guerra, 2017, p.30) donde el sentido del lugar es construido por un colectivo, pero se expresa a nivel personal, convirtiéndose no solo en una dimensión del territorio sino del propio habitante.

Para fines de esta memoria, el paisaje serán tanto las representaciones como el entorno que refieren estas representaciones, entorno que involucra materialidades, lugares y senderos estrechamente relacionados con la experiencia de las personas en su habitar cotidiano, quienes viven sus emociones y construyen su memoria a partir de estos espacios.

Materialidad y materiales

El paisaje pone énfasis en la forma (Ingold, 1993) y cabe cuestionarse qué es lo que compone y con qué se construyen estas formas, es decir, las materialidades. La materialidad, desde la perspectiva de Miller (2005) ocupa una posición central en la manera en que nos entendemos a nosotros mismos como sociedades y está constantemente emergiendo a la vez que las creencias y las posturas. La relación que se establece con la materialidad de parte de colectivos tiene que ver con los intentos de la humanidad para transformar el mundo acorde a las creencias respecto a cómo este debería ser.

Ingold (2011) opta por referirse, en vez de materialidad o cultura material, a los materiales como concepto más transversal a las formas físicas posibles. Para Ingold (2011) los materiales son entes activos; podría pensar que son portadores de agencia -como se suele llamar en antropología- pero si se piensa que desde el comienzo son activos, es innecesario evocar a la agencia como algo aparte de estos. Cabe preguntarse, entonces, en qué consiste el mundo material. Si se clasifica el mundo material entre artefactos y paisaje, elementos como la luz del día, el viento o la lluvia quedarían fuera. Ingold, a través de Gibson, propone tres categorías para dividir el mundo material: medio, superficie y sustancia. El medio es lo que permite el movimiento y la percepción (por ejemplo, el sonido que viaja por el aire, o la vista y la luz). Sustancias, al contrario, son lo que limitan de cierta manera a ambos. La superficie es la interface entre el medio y la sustancia, siendo donde ocurren los intercambios de energía. Pero Ingold reflexiona que, si no podemos acceder jamás a la sustancia en nuestra experiencia corporeizada, no tiene sentido considerarla: *“La sustancia de la materialidad, en pocas palabras, es una ilusión. Nosotros no podemos tocarla porque no está ahí. Como las otras criaturas, los humanos no existimos del otro lado de la materialidad, pero si nadamos en un océano de materiales”* (2011, p.42). Las formas de las cosas, más que separadas de sus materiales han emergido con ellos y están continuamente transformándose. Cada vez que se encuentra materia, es materia en movimiento. No es un mundo material homogéneo con diferentes formas, sino un mundo de materiales diferentes en flujo. Las características de un objeto no son atributos ‘naturales’ del mismo, sino que en realidad son historias (Ingold, 2010; 2011). La vida entendida como flujos de materiales para Ingold, se rehúsa a ser contenida, yendo en contra de las aspiraciones de las sociedades modernas, que son adversas a ese caos intentando siempre un mundo discreto y ordenado (Ingold, 2010).

Es posible establecer cierto énfasis en algunos materiales por sobre otros, dependiendo el contexto que se estudie. Los materiales son heterogéneos entre ellos y dentro de sus propias posibilidades en tanto pasan por millones de formas, combinaciones y estados. Strang (2014) propone que las propiedades de los materiales tienen que ver -imaginativamente- con sus usos y entendimientos, y lo ejemplifica con el agua; a partir de sus estéticas y de esta funcionalidad es situada en diferentes marcos de entendimientos. Por ejemplo, las superficies del agua suelen poner en trance los sentidos, y por esta característica se ocupa en diversos contextos sociales. Incluso materiales como los minerales, que suelen ser ejemplo de lo inanimado, tienen propiedades que responden a eventos, ofreciendo potencial (o desafíos para) la creación, tratándose de relaciones co-constitutivas. En cada relación con materiales se suele considerar sus comportamientos o

capacidades agenciales para ver cómo usarlos. En particular, la tierra es un material central en el contexto de la investigación en tanto históricamente ha compuesto la mayoría de las construcciones del mundo rural y en general construcciones catalogadas de carácter patrimonial en Chile. Como explica Jorquera (2014) al existir una predominancia del barro como material constituyente se podría hablar de *culturas constructivas*, en tanto en su uso se evidencian un sin número de saberes sobre el lugar, el ambiente y el uso de los recursos disponibles. Una *cultura constructiva en tierra* sería la del Valle Central de Chile. La idea de cultura constructiva ayuda a entender la centralidad de los materiales en este paisaje.

Los materiales componen el paisaje en múltiples escalas y formas: desde niveles moleculares (en todos los organismos vivos) hasta niveles atmosféricos (Strang, 2014), pasando por las cuencas hídricas, la construcción de viviendas, y usos y creencias sobre sus capacidades agenciales, el agua sin duda es un material relevante en los paisajes. Así mismo lo es la tierra y los minerales; en diferentes escalas se encuentran presentes interactuando con las experiencias humanas terrestres, y en el Valle Central, el uso de estas para construir indica habilidades y conocimientos relacionados con el habitar rural.

Habilidades y creatividad

Los movimientos en el paisaje, aquellos que a su vez lo van creando, están mediados por habilidades precedentes. La habilidad radica en la coordinación entre la percepción y la acción: es una corrección continua de los movimientos en relación a la cambiante percepción de la tarea a la vez que esta se realiza. La habilidad entonces está fundada en la conciencia del cuerpo de su propio movimiento (Ingold, 2012). Todo esto sucede fluyendo en el mundo de materiales, donde se interactúa con estos corporalmente. La importancia de las habilidades radica en que para Ingold (2012) el conocimiento no se transmite en forma de representaciones (por ejemplo, tener la receta de una preparación, no asegura cocinarla bien o que pueda ser cocinado exactamente igual). Se transmite, en cambio, en forma de habilidades, de generación en generación, pero no se trata de una transmisión directa: existe un proceso de redescubrimiento de estas habilidades guiados por quienes están más experimentados que establecen las condiciones y contextos necesarios para que esto suceda. El conocimiento sobre algo, un material, está fundado en primer lugar en nuestra experiencia corporal sobre este (Tilley, 2004 citado en Strang, 2014).

La creatividad, en estos términos, tendría que ver con el desarrollo de estas habilidades, exploraciones en el mundo de los materiales. Para Ingold (2010) el rol de la o el artista tiene que ver con unirse a las fuerzas y flujos de materiales, y la creatividad subyace en los movimientos con los materiales para hacer que las cosas emerjan. Ingold (2010) discute que muchas veces se lee la creatividad para atrás, en el sentido en que la obra de arte de plantea como un índice y es posible abducir en esta la agencia de su creador (Gell, 1998 citado en Ingold, 2010). Sin embargo, es en la interacción con los materiales que emerge algo que no estaba en la mente creadora como una imagen previa. Se trata de un *pensar a través del hacer*, uniéndose al flujo de materiales con los que se trabaja (Ingold, 2013).

En el *pensar a través del hacer*, la interacción con materiales no es lo único que participa en el proceso de creación ya que existe cierto contexto de este quehacer. Hay una tensión entre la creatividad ya descrita y forma tradicional de hacer las cosas, socialmente

hablando. Esta tensión es propia del quehacer de artesanas o artesanos (Verdugo y Murray, 2014) y se podría extrapolar a todo tipo de creadores/as o constructores/as.

Movimientos y lugares

En las formas emergentes está lo central de la vida, en la circulación de materiales que continuamente hacen surgir las formas de las cosas, así como las disuelven (Ingold, 2010). El ambiente, entonces, es una zona de interpenetración de movimientos, de personas, humanas, no humanas y materiales. No se trata de algo externo a los individuos, como si estos fueran entidades cerradas, sino que en su movimiento los organismos se podrían entender como mallas, como si fueran dejando rastro. Ingold (2012) explica esto como si se tratara de un fieltro o malla (*meshwork*) que no tiene un orden predeterminado, como si lo tendría si se tratara de una red (*network*). El paisaje está estrechamente relacionado a estos movimientos, en tanto son movimientos corporeizados que van dejando marcas o formas en el medio material, que son lo que compone el medio. Desde este marco, el acto de caminar es fundamental para la construcción de los ambientes y paisajes. Una caminata es siempre pensar y operar en el mundo a la vez, combinando lugares y tiempo (De Certeau, 1984, en Tilley, 1994) A su vez, configura expectativas para los movimientos y sendas futuras. Caminar es un proceso de apropiación del sistema topográfico, en tanto involucra el cuerpo y decisiones en sus maneras de recorrer los suelos diversos. Tilley (1994) hace una analogía entre caminar y escribir, en tanto caminar es como hacer inscripciones en la forma de un sendero. Un orden espacial para caminar es un orden de posibilidades, formas en que una persona puede moverse y sus restricciones. Paredes, cercos, árboles, quebradas u otros límites inhiben el tránsito, dependiendo de quién recorre. Por esto, caminar por senderos establecidos es siempre un acto cultural: se siguen los pasos de otros donde se propone una forma correcta de moverse. Los senderos conectan nociones espaciales con memorias temporalmente inscritas fijando así itinerarios de relaciones sociales (Tilley, 1994).

Entonces, a modo de descomponer el paisaje, se identifica que una parte de este son los movimientos, flujos, tangibles en caminos, huellas y senderos, y otra parte innegable son los lugares. Los lugares se construyen como nudos de trayectorias, en tanto suele tratarse de puntos de encuentro de personas con otras (Ingold, 2012). Desde la perspectiva de Ingold (2012) *lugar* es indistinguible de *comunidad* en la práctica, en tanto se trata de encuentros de movimientos de distintas personas. La concreción de la comunidad es el lugar.

Desde la propuesta de Tilley (1994) cuando una historia se sedimenta en el paisaje, es decir, cuando un evento en el tiempo produce marcas espaciales que permanecen; historia y lugar se construyen, reafirman y reproducen una a la otra. Estos lugares en la medida en que vuelven a anudarse las trayectorias y quedan marcas materiales que sugieren ciertos movimientos por sobre otros, se continúan formando y transformando en relación a las prácticas de sus habitantes o visitantes con aquellas posibilidades y constricciones que se encuentran (Skewes, Trujillo y Guerra, 2017). Parte relevante de la experiencia de y en los lugares es saber abordarlos correctamente en tanto están socialmente constreñidos. Usualmente se toma nota de forma inconsciente del lugar donde se están llevando a cabo

las acciones y eso entrega pistas para saber cómo actuar (Miller, 2005). Los lugares son experimentados y entendidos en relación a otros (Tilley, 1994). Sus formas y su tipo de sendas que llevan a ellos median en las experiencias corporales. El entender un paisaje (junto a sus sendas y lugares como partes de este) debe ser una narrativa comprensiva, involucrando la presencia de experiencias previas en el contexto presente (Tilley, 1994) que se experimentan en las historias y en las formaciones de los mismos lugares. Paisaje es la suma de trayectorias de humanos y no humanos, donde se combinan su movimiento en el tiempo, materializados en caminos y sendas en conjunto con la creación y re-creación de lugares.

Objetos, procesos de singularización

El paisaje vincula diferentes escalas, y así como en gran escala se podría hablar de senderos y lugares, en pequeña escala tendría sentido en pensar en los objetos. Para entender su relevancia es necesario pensarlos a partir de la teoría de objetificación de Daniel Miller (2005). En términos generales, el acto de crear formas, hacer objetos, crea conciencia o capacidad y en este proceso se transforma la persona y la forma, en tanto a la vez emerge la autoconciencia de lo que tiene conciencia, de la persona. No hay nada que no involucre objetificación en tanto no hay formas predeterminadas, pre-objetificadas. Incluso cuando se busca referirse a la inmaterial, se hace a través de objetos o rituales como sucede, por ejemplo, con las religiones (Miller, 2005). Las personas se crean a sí mismas como individuos o de forma colectiva, comunitaria o como grupo familiar a través del proceso de objetificación que se hace patente al interior de las casas y en el pueblo.

El valor de los objetos está construido socialmente, en tanto participan de distintas esferas. Kopytoff (1991) distingue dos esferas en las sociedades occidentales en términos abstractos, la de las mercancías (que puede ser más de una, distinguiendo tipos de mercancía) y de los objetos singularizados, la cual sería también la esfera de las personas. Cada sociedad tiene objetos y ciertos aspectos vitales que protege de la mercantilización, restándoles el valor de cambio para protegerles de la creciente esfera de mercantilización. La mercantilización es un proceso y los objetos pueden entrar y salir de esa posibilidad a lo largo de sus biografías.

La singularización se construye como un anhelo en las sociedades complejas, y se generan procesos paralelos de singularización: privada y la singularización de parte de Estados o religiones que tiene que ver con la mantención del poder. Las colecciones son un ejemplo de este anhelo, y pasa incluso con objetos que antes eran descartados. Buena parte de este movimiento tiene que ver con el paso del tiempo, en tanto esos objetos ya no están en circulación, convirtiéndose en una paradoja: en la medida en que son singulares son dignos de coleccionarse, convirtiéndose en valiosos, y al ser valiosos adquieren un precio, volviendo a ser mercancías, socavándose su particularidad inicial. Ligado a la idea de las colecciones, González-Ruibal (2003) identifica la actitud hacia estas como *conservadora*, ya que se establece un vínculo que refiere algo más con el objeto, por ejemplo, si es un objeto antiguo, refleja aquella época diferente a la actual. Esto contrasta con la actitud *no conservativa* que está ligada al consumo y al desechar. A modo de complejizar, el autor propone una tercera actitud que la llama *conservativa*, que la distingue como propia del

mundo rural. Esta se caracteriza por no desechar nada, al contrario, todo se guarda porque se le puede dar uso en el futuro. Existe un vínculo afectivo con los objetos particularmente por el hecho que han sido construidos por uno mismo, siendo el proceso de objetificación literal y por lo mismo, íntimo.

Además, los objetos son una puerta al pasado. A partir de ellos es posible construir y recrear lo pretérito sin necesariamente ponerlo en función de una linealidad. El pasado, desde esta perspectiva, no ha dejado de existir en tanto los objetos participan del presente, armando puentes de continuidad en esos momentos. Es más, en la misma creación de nuevos objetos, se utilizan logros provenientes de diversas épocas y lugares (González, 2018). Las múltiples temporalidades de los objetos se pueden observar en sí mismos y a la vez en las nuevas recontextualizaciones que se le hacen.

Hay cosas que no son objetos ni lugares. Ingold (2010) hace una distinción útil en torno a los objetos y las cosas. Se pregunta si un árbol es un objeto y comenta como es imposible establecer los límites de este en relación a la superficie terrestre en tanto el árbol de encuentra también con musgos, insectos, piedras, otros árboles, entre otros elementos. El objeto está relativamente separado de la superficie de la tierra, la cosa, en cambio, es algo que está pasando, un proceso, un encuentro de trapos, de hilos de vida. Hay objetos que pueden pasar a ser cosas y viceversa, como una piedra. Si está dentro del río rodando es una cosa, pero en cambio, si está en una repisa dentro de la casa, se podría pensar como un objeto. Esta noción de cosa es sumamente similar a la de lugar ya presentada, pero para términos de la memoria, el concepto de cosa va a estar ligado a la idea de hito, en tanto es parte de la superficie terrestre. Un árbol es un buen ejemplo de esto, pero esto no quita que cierta rama del árbol o partes de la corteza no puedan volverse objetos después, y tampoco quita que dentro de la casa los aparentemente estáticos objetos no estén también participando en entramados de flujos también.

El microcosmos de una casa

La casa podría pensarse como un lugar en la medida que convergen trayectorias y está construida materialmente y también como una cosa en tanto está estrechamente vinculada a su superficie y es experimentada como algo que está sucediendo, como proceso (Miller, 2001). Parte del estilo, tamaño y ubicación de la casa tienen que ver con el estatus económico, en conjunto con los accesos diferenciados a la educación, salud y a actividades recreacionales, pero después de eso lo que la crea tiene que ver con un sentido social de cada persona, sus necesidades pragmáticas y sus aspiraciones ideológicas (Dolan, 1999). Un sentido social que también es afectivo.

La creatividad en este contexto está estrechamente relacionada con el habitar ya que son múltiples los elementos a conjugar y no todos son tangibles. Para Gullestad (1992) los mejoramientos de la casa y su decoración son formas que evidencian creatividad en tanto son resultados de la herencia, intercambios sociales, producciones caseras tangibles, y consumo, entre otras cosas. Los mejoramientos son relevantes para la historia familiar de todo tipo de personas. Cada detalle de estas afecta directamente en el detalle más mínimo de nuestras vidas cotidianas (Shove, 1999) pero los objetos en su 'humildad' tienden a permanecer invisibles por más que determinan la experiencia. En la medida en que menos

se constatan más configuran la escena asegurando comportamientos que siguen las normas (Miller, 2005).

Los objetos se les da nuevos sentidos en su recontextualizaciones, arreglados en nuevas composiciones. Cada persona o grupo familias crea sus propias formas y Gullestad (1992) enfatiza que las actividades de intervenir o recontextualizar objetos que fueron producidos masivamente no son menos creativas que las recontextualizaciones o producciones de objetos que pertenecen al mundo del arte. La decoración no es un resultado, sino un proceso, haciendo significativo el espacio doméstico en un proceso íntimo de apropiación de este (Miller, 2001). En eventos sociales, donde extraños y amigos acceden a algunas partes de la casa, los objetos y ordenamientos son interpretados cruzando la barrera de lo público y lo privado (Shove,1999) barrera que por cierto es occidental, creada a partir del naciente urbanismo del s. XVII en Europa (Cieraad, 1999).

Entonces, sería posible hacer un retrato del microcosmos de una persona a partir de la consideración de su entorno material en los hogares (Miller, 2008 citado en Verdugo y Murray, 2014) ya que la disposición de los objetos varía de acuerdo de lo que se quiere destacar en el espacio disponible. La orquestación de la realidad material cotidiana es algo intrínseco a la existencia de alguien y no un esfuerzo aparte en construir su identidad y sentido; la identidad no se ‘manifiesta’ en esto, sino que las personas se comprenden con y desde sus objetos. A la vez, este microcosmos esta imbricado en un macrocosmos de procesos sociopolíticos, que en los devenires personales se explican y hacen sentido (Verdugo y Murray, 2014) proponiendo a su vez, a través de las estéticas, un orden moral (Gullestad, 1992).

Desde la perspectiva de Verdugo y Murray (2014) respecto a las decoraciones, los objetos de la casa, recolectados, comprados o intercambiados pasan a ser extensiones de las mismas personas, o sus identidades, al igual que como definen Skewes, Trujillo y Guerra (2017) respecto a la habitabilidad en los territorios, en una escala mayor. Los objetos de una persona, cuando se establece este vínculo, son creatividad, intencionalidad y pensamiento de esta a la vez (Verdugo y Murray, 2014). Desde la perspectiva del paisaje, la cultura material dentro de las casas es una apropiación del mundo exterior -creando el propio intimo – y a la vez la representación de ese mundo dentro del dominio privado. En múltiples escalas; lugares, senderos, casas, objetos y cosas, es posible pensar que las materialidades y sus cohabitantes se transforman mutuamente (Miller, 2001).

Así mismo, el poder se reproduce también en las múltiples escalas del paisaje, a través de materialidades. La diferencia de género, etnia o clase no sólo están representados a través de las cosas, sino que se reproducen y mantienen a través de estas (Verdugo y Murray, 2014). Un ejemplo a gran escala de esto sería el termino de ‘recursos’ (lo que se suele entender por naturaleza en concepción occidental) para los materiales, alienándolos como propiedad privada, reduciéndolos a un sentido económico (Miller, 2005; Strang, 2014).

A pesar de que Ingold (2010) critica las conceptualizaciones de cultura material y materialidades, en tanto reproducen la lógica del hilemorfismo, forma y materia, para términos de la memoria, se hablará de materialidades. Esto se entenderá como la suma entre materiales (en todos sus estados posibles) incluyendo objetos, comprendiendo que

estos también se insertan en múltiples y complejos entramados, entre identidades, el paso del tiempo, movimientos varios, entre otros aspectos.

Narrativas de memoria

Todos los paisajes están incrustados en los tiempos sociales individuales de la memoria. Sus pasados y sus espacios son fundamentalmente constitutivos de los presentes. El conocimiento espacial, además de la experiencia corporal, tiene que ver con la unión de una acumulación de tiempos de memorias previas (Tilley, 1994). A través de lo que Tilley (1994) llama narrativas es como se describe el mundo a través de los movimientos, uniendo diferentes sitios, paisajes, acciones, experiencias y eventos. La narrativa, como relato, no es solo una descripción, es la re-descripción de otras descripciones. Tiene un punto de vista en relación con un pasado desde un presente, reinventándolo. Son las narrativas lo que introducen temporalidad, entre otras cosas, a los paisajes en tanto fijan discursivamente marcadores de experiencias individuales y grupales situadas temporalmente. Las narrativas son comunes y personales, en tanto siempre se refieren unas a las otras.

Los objetos, así como las narrativas, también introducen temporalidades en tanto hacen un papel relevante en la gestión de la memoria como marcadores mnemotécnicos y en la construcción de la identidad (González, 2018) al participar de los microcosmos domésticos. El objeto que tiene asociado un recuerdo tiene que ver con una decisión de continuar con un pasado, de tenerlo presente en un sentido literal, y el proceso de recordar no es solo un acto individual sino también un proceso colectivo; los miembros de una misma generación refuerzan ciertos recuerdos, comparten deformaciones y amnesias colectivas. La memoria individual es un punto de vista de la memoria colectiva (Pereiro, 2004). La memoria hace construcciones temporales que muchas veces son alternativas a las construcciones temporales institucionales, que son factibles de observar en el mundo material (González, 2018).

Marco metodológico. Entrevistas y terrenos

El estudio se situó desde un paradigma cualitativo inductivo. El paradigma cualitativo, que conlleva el conocimiento cualitativo, explica Canales (2006) *“opera como escucha investigadora del habla investigada”* (p.20). La investigación fue de carácter descriptivo, ya que se buscó caracterizar los paisajes situados en contextos particulares de tres pueblos, a modo de mostrar parte del habitar rural del Valle Central.

La principal herramienta para recolectar información durante los periodos en terrenos fueron la aplicación de entrevistas semi estructuradas que tuvieron un carácter retrospectivo, centradas en las experiencias personales de los/las entrevistados/as situadas en sus casas, el pueblo o alrededores, a modo de relevar el presente cotidiano. La persona, a través de relatos en primera persona, crea y valora su propia historia, generando una apropiación de la propia existencia de parte del sujeto, llevando a generarse una relación de igualdad con la investigadora (Mallimaci y Giménez-Béliveau, 2006). De ninguna manera se intentó “verificar” los relatos, por lo tanto, su orden cronológico y lo acabado del relato de acontecimientos no fue relevante, respetando así el mecanismo selectivo que implica hacer

memoria para cualquier persona (Pereiro, 2004; Mallimaci y Giménez-Béliveau, 2006). Además, se buscó involucrar los contextos durante la entrevista que en la mayoría de los casos se trató de los espacios domésticos de los/las habitantes de los pueblos en la medida en que fueran pertinentes para los relatos que voluntariamente me compartieron.

Para las entrevistas se utilizó la técnica de muestreo no probabilística llamada bola de nieve, lo que llevó finalmente a realizar 41 entrevistas útiles de las cuales 36 fueron individuales y 5 fueron grupales (de pares y un trío). El tiempo de duración de cada entrevista varió significativamente, entre 20 y 90 minutos. A continuación, se presenta el detalle de las entrevistas con los nombres y apodos que se utilizarán en la presente memoria:

Tabla 1. *Entrevistas realizadas*

	Valle Los Olmos	Rinconada de Guzmanes	La Canela	Total
Mujeres	Rita	Daniela	Cristina	15
	María	Sonia	Mila	
	Ema	Inés	Lidia	
	Aida	Paulina	Edith	
		Ruth y Urbana	Mireya	
	Paola y Jinet			
Hombres	Jorge	Sergio	Israel	21
	Celso	Homero	Lalo	
	Sergio	Antonio	Lindor	
	Lucho	Benito	Jorge	
	Omar	Luis	Augusto	
	Charola	Nelson	Héctor	
		Mario	Neco	
		Rolando		
Mixtas	Fresia y Juan	Víctor, Dalila y Venera	Gloria y Gregorio	5
	Gabriela y Tito		Ítalo y María	
Total	12	14	15	41

Fuente: Elaboración propia

De un total de 49 personas que participaron en las entrevistas, 23 correspondieron a mujeres y 26 a hombres. La mayoría de los y las entrevistadas se encuentran entre los 55 y 85 años, es decir, se trata de adultos y adultos mayores, en tanto fueron quienes encontré con mayor disponibilidad para conversar y quienes pasaban más tiempo cotidiano en el pueblo.

La herramienta utilizada para registrar las entrevistas fue una grabadora en los casos donde los/las entrevistados/as accedieron, obteniendo grabaciones a partir de las cuales se realizó transcripción selectiva. Quienes optaron por no grabar la entrevista, estas fueron registradas en el cuaderno de campo. Las fotografías fueron tomadas durante los terrenos, y aquellas dentro de espacios domésticos fueron tomadas en el contexto de entrevistas con la compañía y autorización de quienes viven ahí.

Se realizaron dos visitas a terreno por cada pueblo (La Canela, Valle Los Olmos y Rinconada de Guzmanes) sumados a las visitas exploratorias. Los primeros terrenos se realizaron entre octubre del 2017 y febrero del 2018, y duraron entre 4 y 5 días, y el objetivo

fue conocer, probar metodologías y establecer contactos. Luego de estos terrenos, las metodologías se acotaron y se enfocaron en las entrevistas. Los segundos terrenos entre abril del 2018 y junio del mismo año, fueron por periodos entre 7 y 8 días, donde se realizaron la mayoría de las entrevistas y fotografías.

Para el tratamiento posterior de toda la información, se utilizó análisis de contenido, para de esta forma no buscar estilos de textos sino el significado de lo que se dice (López, 2002). Se ordenó la información, tanto de transcripciones de entrevistas como notas del cuaderno de campo, en tres dimensiones espaciales que emergieron en el terreno y posterior a esto, se fue ordenando la información en relación a la pertinencia con la problemática del paisaje, estableciendo temáticas relevantes por capítulos y las relaciones entre estas.

Durante los terrenos en cada localidad tuve la oportunidad de alojar con grupos familiares que están asentados de forma permanente ahí y conté con diferentes acompañantes. En el Valle Los Olmos, con una compañera que también realizaba terreno por las fechas nos alojamos con la familia Silva, conformado por Lucho, Lala, Temo, Margarita, Magdalena entre otras personas que por algunos periodos vivían ahí (por estudios o trabajo fuera). En La Canela me alojé con Isabel y Gastón, quienes luego de jubilar se asentaron en La Canela. En Rinconada de Guzmanes, acompañada de una amiga nos alojamos en el cuartel de bomberos, junto a la casa de Antonio y Daniela, bombero y cuartelera de la compañía, donde también vivían sus hijos.

Además de la grabadora y el registro visual, se registró la experiencia de campo propia en conjunto con las reflexiones posteriores en un cuaderno de campo que se utilizó para enriquecer el contenido de las entrevistas, aportándoles detalles del contexto y otorgarle a la memoria cierta dimensión etnográfica emergente.

La devolución de los resultados está considerada para el cierre del proceso de investigación, una vez terminado el proceso de evaluación y defensa. La memoria será donada a las bibliotecas municipales correspondientes, además de una devolución a las principales personas que aportaron en forma de cuadernillos, centrándose en las historias locales y en las fotografías en terreno.

I. LA CANELA, VALLE LOS OLMOS Y RINCONADA DE GUZMANES. PUEBLOS DE PEQUEÑA PROPIEDAD

La pequeña propiedad agrícola es relevante para la historia de Chile central. Se trata de grupos humanos con trayectorias diversas que llevan a la generación de pequeños propietarios campesinos que permanecen en el tiempo en constante transformación en relación a sus contextos rurales. A continuación, se describirá de forma general las localidades donde se sitúa la presente memoria y luego aquellos aspectos comunes de sus pasados y trayectorias referido en particular a la condición de pequeños/as propietarios/as campesinos/as.

Valle Los Olmos

El Valle de los Olmos es un pueblo rural que está ubicado en la provincia y comuna de Petorca, la comuna más grande de la región de Valparaíso. Está ubicado en la parte superior de la cuenca del río Petorca, justo donde se unen los ríos Pedernal (Chalaco) y Sobrante. Muchas veces es considerado como un subsector de Chicolco, llamado 'sector centro' incluyendo a Alto El Puerto, y el callejón Los Briones, ya que el Valle es efectivamente, un valle donde convergen ríos y caminos que llevan a centros urbanos más grandes, de ahí su nombre de 'centro' (*ver figura A*). Se trata de un valle al costado sur de un pequeño cerro (El Cristo del Valle) donde, al otro lado está el caserío Alto El Puerto. La casas se concentran en la calle principal al costado sureste del valle y en las laderas del cerro. Dos calles pequeñas cruzan el valle, ambas se llaman Callejón Los Pérez, pero sólo una desemboca a la ribera sur del río Pedernal. Desde la arista noreste del cerro El Cristo surge Los Briones que consiste en una calle larga donde las viviendas están concentradas a un lado y conecta con El Sobrante.

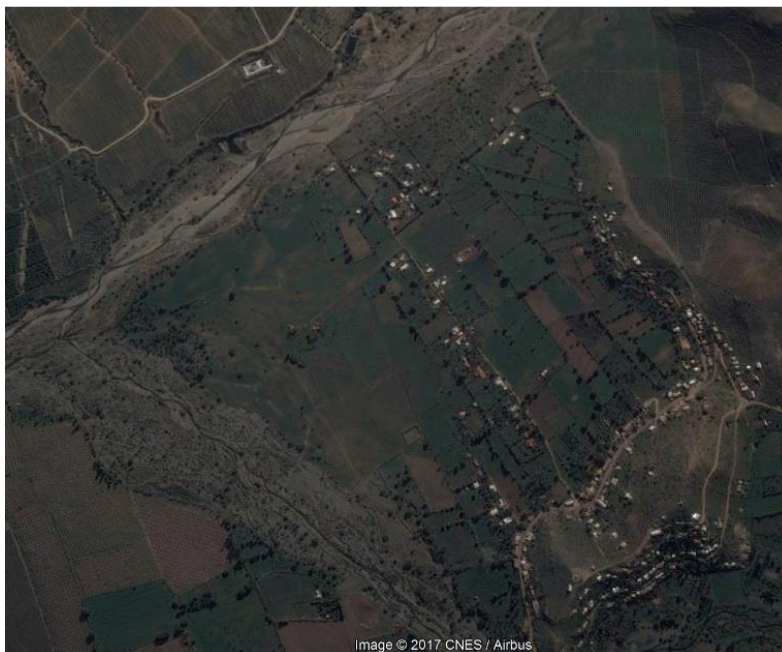


Figura A. Valle Los Olmos obtenida a través de Google Earth

Como referencia, entre los sectores de Valle Los Olmos y Alto El Puerto, habitan 880 personas aproximadamente¹. En la práctica es difícil diferenciar estos tres sectores ya que están contiguos y los grupos familiares están repartidos indistintamente en ellos. Cada sector tiene sus diferencias históricas: respecto al Valle Los Olmos y al callejón Los Briones es posible en algunos casos rastrear hasta 3 generaciones que han vivido en esos mismos terrenos, han construido las calles y le han puesto sus nombres. En cambio, en Alto El Puerto, la mayoría de las personas llegaron a instalarse en esos terrenos en un periodo posterior, provenientes de haciendas, destacando sobre todo la hacienda de Los Prado, con algunas excepciones que se instalaron en el sector mucho antes.

Rinconada de Guzmanes

Rinconada de Guzmanes es un pueblo rural que pertenece a la comuna de Putaendo. Es un rincón de la cuenca superior del río Aconcagua, al oeste del río Putaendo. Tiene una población aproximada de 1.500 habitantes², repartidas entre los sectores El Patagual, Calle Nueva, Calle de la orilla, Calle de la cancha y La Peña. Se trata de un valle, rodeado de cerros, con un camino que lo cruza de forma recta (Calle Nueva) y otro camino como media luna, que va bordeando los cerros (*Ver figura B*). Los diferentes sectores están en torno a este camino, que va cambiando de nombre de acuerdo al sector. La mayor cantidad de población se concentra en los sectores de la Calle Nueva y la Calle de la Cancha.



Figura B. Rinconada de Guzmanes obtenida a través de Google Earth

Guzmanes era, según sus habitantes, una hacienda que pertenecía a la familia Guzmán, pero que al ser abandonada fue apropiada por sus trabajadores en una época indeterminada. Sin embargo, esta historia es más una creencia que una memoria. Nadie

¹ Población aproximada que se deduce de los 220 arranques de agua en Valle Los Olmos y Alto El Puerto (callejón Los Briones tiene un sistema de agua aparte) calculando 4 personas por vivienda.

² Población aproximada que se deduce de los 375 arranques de agua, calculando 4 personas por vivienda aproximadamente.

jamás conoció a nadie de apellido Guzmán y no hay más antecedentes que el nombre del pueblo. De cualquier manera, refleja lo secundario que resulta este origen. Es posible establecer de dos a tres generaciones hacia atrás en cuanto a la antigüedad de los grupos familiares de manera transversal en los sectores. Todos han sido 'nacidos y criados' ahí o en localidades cercanas y existe una alta conciencia de que se trata de un pueblo de pequeños propietarios, donde todo lo han tenido que construir en comunidad.

La Canela

La Canela es un pueblo rural ubicado en la comuna de Puchuncaví. Hacia la parte sur y hacia la costa de la comuna, destaca la presencia de un parque industrial donde se encuentra la refinería de cobre ENAMI (ahora CODELCO), la central termoeléctrica GENER y el puerto de Ventanas, donde se producen embarques de minería a granel (Municipalidad de Puchuncaví, 2017). En este particular contexto se encuentra el pueblo La Canela, dispersa en Canela Alta, Canela Media (o del Medio) y Canela Baja. Viven alrededor de 60 personas de forma permanente y en los fines de semana o en verano la población tiende a aumentar. Con un pasado de pequeñas propiedades agrícolas y ganaderas prósperas, la población de la Canela a partir de los 60' comenzó a decrecer significativamente, en gran parte por los efectos de la actividad industrial en términos sociales y ambientales.

La Canela es un valle alargado, una quebrada por donde baja el estero La Canela. Se compone de una calle alargada y curva que recorre un lado del valle y va por la orilla de los cerros. El camino finaliza en la Canela Alta, junto al Fundo La Canela que se destaca a lo lejos por su gran plantación de eucaliptus. Está rodeado de cerros y relativamente alejado de otros poblados, muy cercano al límite comunal con Nogales. Las viviendas se concentran en la Canela Baja y Alta (*ver figura C*).

Cuentan sus habitantes, que La Canela fue fundada por españoles quienes venían escapando de una guerra con un botín. Llegaron 4 personas, dos se quedaron en Puchuncaví y 2 continuaron a La Canela. Como narra Isabel, quien se identifica como bisnieta de fundadores: '*se pararon en ese cerro y dijeron, de ahí para allá mío y de ahí para acá tuyo*' instalándose en el valle con toda su descendencia.



Figura C. La Canela obtenida a través de Google Earth. Se nota en las zonas superiores la plantación de Eucaliptus.

Diferencias y similitudes en el presente

Las tres localidades son compuestas históricamente de pequeñas propiedades campesinas. Sin embargo, actualmente son pocos casos quienes no han tenido que, a lo largo de las dos últimas generaciones, subdividir sus predios. Ya sea por la presencia de muchos hijos o hijas herederas que deciden reclamar su parte o construir sus casas en el mismo terreno, porque dejaron de explotarlo en términos de producción agrícola o han optado por vender fracciones de este. De todas formas, en sus memorias son pequeños/as propietarios/as orgullosos/as de sus trayectorias vitales y transgeneracionales, de todo el trabajo que, para sus padres, madres, abuelos y abuelas, y para ellos mismos, significó construir este habitar.

Muchas personas 'de afuera' han comprado sitios para construir, sobre todo en La Canela y en Guzmanes, volviéndose cada vez más pequeños los predios y generando hogares rurales sin tierras. Actualmente en Guzmanes una pequeña minoría trabaja en el pueblo mismo, con excepción de quienes trabajan en espacios específicos como lo es la escuela y los almacenes, y producciones agrícolas menores además de otros oficios independientes. La mayoría trabaja fuera de Guzmanes: una gran parte en mineras y algunos de los centros urbanos cercanos o en menor medida empresas agrícolas como trabajadores por temporada.

En La Canela suceden caso similares, pero en su mayoría la población que reside realmente es quienes trabajan ahí. Una pequeña parte de la población se dedica a la agricultura, destacando las plantaciones de limones que visualmente son significativas, y en contados casos a la ganadería, tratándose de ovejas y animales de trabajo como caballos y burros. Muchos trabajan por temporada, en verano haciendo leña, criando gallinas o otras labores, o trabajando en las plantaciones de limones, para ahorrar y pasar el invierno. En varios casos, se trata de pensionados que a su pensión le suman estos ingresos, y que antes trabajaron en la zona industrial de Quinteros y Ventana. Hay una gran masa de población que vuelve los fin de semana a La Canela o en la temporada de verano ya que durante la semana el trabajo en la zona industrial o en servicios varios no les permite ir y volver, o simplemente no les acomoda. Si bien no residen en La Canela, están presentes en los aniversarios, celebraciones, encuentros, y sus casas permanecen ahí, cuidadas por los vecinos que se quedan, con quienes además suelen tener lazos consanguíneos.

Para el Valle de Los Olmos, también es posible identificar pequeñas producciones locales (nocedales, cabras, gallinas, chacolí) que usualmente se combinan con otros trabajos. La mayoría de las personas trabaja fuera del valle como trabajadores agrícolas temporales en las empresas agroindustriales. En muchos casos pasan a buscarles en la mañana y luego de vuelta por la tarde. En otros casos sucede lo mismo por periodos en la minería; se van por turnos de 4 a 7 días y luego vuelven al pueblo por la misma cantidad.

Es importante notar que en La Canela la población es significativamente menor que en las otras dos localidades y en gran parte, se podría suponer que esto tiene que ver con las ubicaciones de los pueblos. El Valle es un espacio donde convergen caminos y por lo tanto

hay un flujo significativo de vehículos. La posibilidad de trabajar en una localidad distinta y volver para pasar la noche es alta. En muchos casos, las empresas agrícolas van a buscarles a sus casas y así mismo sucede con los colegios; no están ahí mismo, están en localidades vecinas y hay transportes específicos para eso. En el caso de Guzmanes, si bien no queda en al 'paso', hay una escuela en el mismo pueblo y micro que pasa a cada una hora a Putaendo, que queda relativamente cerca, y San Felipe. Tiene mayor población en comparación con los otros dos pueblos, y por lo tanto la posibilidad de transporte es mayor. La Canela, a diferencia de los otros, tiene sólo un camino que termina en La Canela misma y conecta con Puchuncaví, y no tiene escuela, nunca hubo alguna que llegara a la educación media. La micro pasa solo en la mañana y en la noche. Casi no viven niños/as y la mayoría son adultos o adultos mayores y cuando enferman se ven obligados a dejar La Canela para acercarse a los centros de atención de salud. Varios no conducen o no tienen vehículo por lo que las probabilidades de movilizarse durante del día para trabajar o estudiar fuera del pueblo son escasas o no deseables. Es posible, a partir de estas pocas pistas, especular por qué en La Canela reside poca gente de forma permanente.

En las tres localidades, existe cierto orgullo local y cierta idea de independencia, diferenciándose claramente de las localidades aledañas. En La Canela algunas personas comentaron que por su particular geografía existía cierto microclima en relación a Puchuncaví, en tanto que a veces en La Canela está despejado y en Puchuncaví, nublado. Así mismo sucede en el Valle; varias personas comentaron que había un clima distinto que se sentía cuando uno cruzaba el puente a la entrada al valle, uno o dos grados más que marcan la diferencia. Además, en palabras de Jorge, profesor nacido y criado en el valle, pareciera ser un sector independiente en términos de organizaciones sociales. Al igual que Guzmanes, se establece una marcada diferencia con la localidades aledañas como Lo Vicuña y El Tártaro, en cuanto a su larga trayectoria de organizaciones comunitarias en un contexto donde jamás ha existido patrón.

Agricultores, ganaderos y otros oficios

Si bien tienen presentes diversos, los y las habitantes de los tres pueblos tienen narrativas similares en cuanto a su pasado de pequeña propiedad campesina, donde se hacen recurrentes ciertas imágenes. En general, cada grupo familiar tenía una pequeña producción en su predio que lo combinaba con ganadería y otros oficios.

En el Valle Los Olmos recuerdan que cuando ellos y ellas (quienes ahora tienen entre 60 y 80) eran infantes, eran contadas familias las que habitaban en el valle. Así mismo relatan en Guzmanes; pocas familias, dispersas en terrenos con pocos cierros. En cambio, ahora en ambas localidades los sitios son pequeños y la población es más numerosa. Diferente es en La Canela, donde dentro de este pasado próspero, recuerdan con nostalgia la gran cantidad de niños y niñas que vivían ahí, y como existían más viviendas en comparación a la actualidad. De todas formas, eran grupos pequeños de personas, donde había pocas familias, pero numerosas, que se caracterizaban por cierta endogamia de las uniones. Los niños y niñas crecían en la comunidad y a temprana edad comenzaban a trabajar ayudando a sus padres y madres (Valdés & Rebolledo, 2015).

El recuerdo de la cocina de barro donde de las vigas colgaban las cebollas, y se arrumbaban los sacos de papas y porotos para el invierno es bastante recurrente. Los espacios domésticos incluían generalmente un pajero, un espacio para guardar las cosechas para el invierno. Estas cosechas dependen de cada lugar: en la Canela destaca la producción de arvejas, junto con las lentejas, habas, cebada, papas, porotos y algunas verduras. Como me comentó Lindor de la Canela Baja: “*prácticamente de la hijuela usted traía el almuerzo*”. En el Valle, además de esto, se le suma árboles frutales particulares como nogales, naranjos y paltos que al parecer eran bastante comunes. La parra también parece ser transversal a las tres localidades, sobre todo en el Valle, donde había varias fuentes de sodas y la producción de vino o chacolí era rentable, además de que la parra generaba sombra en los patios de las casas. El trigo era una constante ya que era usual que en todas las casas se amasara, una o varias veces por semana, para tener pan para el resto de la semana. Este rol por ser doméstico era usual pero no exclusivamente desempeñado por las mujeres de la familia. Además de obtener la harina para el pan, las cañas de trigo se utilizaban para los techos de las mismas casas, que se debían cambiar cada 2 o 3 años a modo de que el agua no se pasara a la construcción característica de barro (tapial, quincha, o adobe) presente en los tres pueblos.

El espacio doméstico era mucho más extenso que el de la casa misma, ya que incluía, entre otras cosas, varias construcciones que servían a este modo de vida; un horno de barro, una pieza para almacenar la cosecha, un pequeño huerto o la tierra para sembrar, que a veces estaban en el mismo predio que la casa, o veces estaban separadas, como hijuelas o potreros en alguna parte dentro del mismo pueblo, o en los terrenos de algún familiar, junto con corrales o espacio para los animales, dependiendo cuales sean estos.

Era usual combinar ganadería en pequeña escala con la producción casera. En muchos casos, tener animales, ya sea vaca, chanchos, cabras, gallinas u otros, es un continuo independiente de la cosecha o el oficio. De los animales, todas las partes se aprovechaban de una forma u otra. De las vacas y las cabras se hacía queso que también se almacenaba. Las partes de animal se ponían a secar colgando sobre el fuego de la cocina. Matar a un chanco en casa de Isabel o Augusto en La Canela, por ejemplo, era en ocasiones especiales, cuando venían visitas, y lo que sobraba se guardaba, siempre pensando en pasar el invierno.

Para la crianza de animales el espacio de los cerros era fundamental; en las tres localidades hubo o hay derecho a serranía; que corresponden a tierras comunitarias donde se realizan una serie de actividades productivas y de subsistencia. Recolectar leña, hacer carbón y sobre todo, alimentar a los animales. Las tierras comunitarias permiten extender el espacio de trabajo del propio predio, sin necesariamente ser dueño de este; la responsabilidad es colectiva.

Las familias “*se dedicaban un poquito de cada cosa, no daba para vivir de una cosa*” en palabras de Jorge oriundo del Valle Los Olmos. Además de la producción agrícola familiar, tenían otros oficios que combinaban, la mayoría de las veces, de forma independiente y asociándose con vecinos u otros familiares. Por ejemplo, en el caso de la familia de Jorge,

su padre se dedicaba a múltiples tareas; tenía animales, tenía una viña donde producían licores y tenía un molino. Los vecinos, quienes también tenían sus propias producciones de trigo, hacían un sistema de maquila; le llevaban la cosecha y muchas veces en vez de pagar con dinero el uso del molino, le dejaban un porcentaje del trigo que procesaban a cambio.

Así como la familia de Jorge tenía un molino que servía al colectivo, existían otros oficios que pertenecen a historias particulares de cada familia, y que dependen del género y los roles que se ocupaba dentro de esa familia. Dentro del pueblo había mujeres que eran costureras o modistas y recibían encargos de los vecinos, carpinteros, zapateros, mueblistas que trabajaban a pedido, tomeros que ayudaban a distribuir las aguas, hombres que sabían pircar o maestros de la construcción que iban donde se necesitara, ya sea en el mismo pueblo o en localidades cercanas. Además, ponían negocios dentro del pueblo, almacenes, fuentes de soda, pensiones o restaurantes para los visitantes de paso o quienes iban a trabajar. En los cerros, por otra parte, existían otras ocupaciones como los carboneros, quienes producían carbón y pirquineros, dedicados a la minería artesanal, entre otros.

Estos oficios a veces iban acompañados de trabajo agrícola, o pequeñas huertas para autoconsumo, si es que la realidad del terreno lo permitía. Es posible darse cuenta de que históricamente la pequeña propiedad agrícola no funcionaba por sí sola, era necesario la comunidad, el pueblo donde transcurre la vida en común y adquieren sentido estos oficios más especializados. Las familias pequeño propietarias, no exclusivamente campesinas, con diversos capitales y saberes se apoyaban cotidianamente. Así es como quien organiza trillas necesitaba el apoyo de muchas personas (no basta con el grupo familiar), no todos tenían una junta de bueyes, o cubas para hacer chacolí, o ciertas herramientas para cosechar o arar. Por ejemplo, como me relato Lalo de La Canela, muchas veces los caminos se cortaban por el mal clima y no era posible ir a abastecerse a otros centros durante un mes o dos, entonces el recuerda cómo se prestaban sacos de trigo o harina mientras no era posible salir del pueblo.

Otro ejemplo cooperación está en el sistema de mediería. No todos los grupos familiares tenían predios del mismo tamaño o tierras aptas para sembrar con agua disponible, y no todos tenían la mano de obra necesaria para trabajar la cantidad de tierras que poseían. Para ambos casos, el sembrar 'a medias' era un trato común. Una parte ponía la tierra con las semillas y herramientas, y la otra parte ponía la mano de obra. La mano de obra eran usualmente hijos e hijas, y en muchos casos sucedía que no tenían la cantidad necesarias o era excesiva en relación a la cosecha familiar. Ir a trabajar a los predios cercanos era sumamente común. Es más, en varios casos en los relatos donde se trataba de familias con buena situación económica, es decir, muchas tierras, se usaba tener 'trabajadores' que vivían en el mismo pueblo o en localidades cercanas y en algunos casos (dependiendo del tipo de trabajo) se quedaban a alojar en viviendas temporales en las tierras agrícolas por periodos. Les pagaban en dinero y de esta forma podían aportar a la economía familiar.

De la agricultura, ganadería y otros oficios se vivía y eran pocos productos los que se compraban, tales como azúcar, aceite, los zapatos y la ropa. Por lo general, cuando una

cosecha era suficientemente abundante, se vendían los excedentes, o si es que no era posible, se intercambiaba. Esta compra o intercambio no eran entre habitantes del mismo pueblo ya que al parecer, la producción en cada grupo familiar era más o menos similar, era con personas de otras localidades; centros incipientemente urbanos o fundos cercanos.

La hacienda y el fundo son puntos de referencia en aquella época, y la memoria de quienes son pequeños propietarios se construye en ese contraste. Como mencionan Valdés y Rebolledo (2015) las identidades de mujeres y hombres se circunscribían al lugar, su espacio físico, donde se nació y el tipo de actividades laborales, domésticas u otros oficios que realizaban, diferenciándose con respecto a otros: comunidades cercanas, pueblos y particularmente en el caso de las pequeñas propiedades, el fundo y la hacienda.

Relaciones con haciendas cercanas

En las tres localidades había uno o más haciendas cercanas con quienes establecían relaciones más o menos cotidianas, a veces comerciales y a veces familiares. En el caso del Valle, estaban las haciendas de la familia Prado, El Sobrante, Chalaco y algo más lejos, Pederal. En Guzmanes estaban las haciendas El Tártaro y Lo Vicuña. Junto a La Canela Alta está el fundo La Canela.

El tránsito entre los pueblos y las haciendas era común. Venían personas a vender ciertos productos de estas, o requerían los servicios de algunos de los oficios de quienes vivían en los pueblos. En este tránsito, también se conocían, se casaban, migraban. En más de alguna ocasión converse con personas quienes cuando pequeños vivían en los fundos o sus padres crecieron ahí, pero se fueron por diversos motivos: el patrón los había echado o ya no necesitaban de sus servicios como sucedió en Los Prado, se habían casado con alguien del pueblo (o sus padres), habían logrado juntar el dinero suficiente para comprar su propio terreno y en las zonas de pequeña propiedad era accesible. A través de la compra de terrenos de personas que venían de haciendas cercanas se fue poblando el Valle Los Olmos.

Además, era frecuente que las personas fueran a trabajar por periodos o por el día a las haciendas. Como mencionan Valdés y Rebolledo (2015) hubo una combinación de pequeña agricultura en tierras propias y trabajo asalariado en los fundos cercanos en épocas particulares como cosechas y vendimias, y medierías en ciertas ocasiones con los fundos, en conjunto con otros trabajos y oficios ya mencionados. En el fundo La Canela, aunque era un fundo más pequeño y no tenía inquilinos, los habitantes de la Canela Alta hacían carbón en el fundo y trabajan ahí por temporadas, y en mediería. Los trabajadores hacían 'rucos', viviendas temporales y se quedaban ahí un tiempo. En Guzmanes y sobre todo en el sector más cercano que es el Patagual salían a trabajar a la hacienda por periodos.

Así mismo, los inquilinos iban a comprar a los pueblos, ya que ahí había negocios y almacenes, y era más cercano que los centros urbanos, donde se permitía además hacer intercambio y no sólo pagar con dinero.

Las haciendas o fundos eran la otra posibilidad, un punto de referencia que les hacía poner su realidad en perspectiva y construir su identidad. Aparentemente en las haciendas se vivía una realidad distinta, más dura que la vida que llevaban los pequeños propietarios ya que estaban a la deriva del patrón y eso implicaba, por ejemplo, que, si el patrón no tomaba la iniciativa, no había escuela para niños o niñas. Tito del Valle Los Olmos comentó que la gente en las haciendas era ‘menos educada’ que el en Valle, ya que nadie iba a la escuela. La voluntad del patrón pesaba y con el proceso de reforma agraria, a los ojos de Mario de Guzmanes, esto no cambio:

“Años atrás, aquí en este sector de Guzmanes no había ni luz ni agua y le pusimos la tinca con un grupo de gente que incluso vive en otros lados, aquí no más, para sacar la luz. Lo logramos. Después el agua y acá en Vicuña, lo que eran fundo después era asentamiento entonces la gente estaba acostumbrada a la tutela de la reforma Agraria o del patrón. Entonces no tenían organizaciones sociales, ahora sí, ahora tienen y nosotros aquí en Guzmanes hemos sido siempre bien organizados y la llevamos. Nunca tuvimos patrones, la mayoría, muchos trabajaban de aquí, trabajaban en el fundo, las parcelas.”

El hecho de no tener patrones se constituye a los ojos de Mario en una fortaleza a largo plazo en tanto se han visto obligados a trabajar juntos para conseguir ‘avances’ comunes, y esto se manifiesta en la organización social. De cierta manera, esto también sucede en el Valle y La Canela, se trata de realidades resilientes que por su histórica flexibilidad, por la multiplicidad de trabajos, y su relativa independencia que han podido continuar su trayectoria de pequeños propietarios en constante transformación.

¿Pobres o prósperos?

En los relatos de este pasado, de las vidas de los padres, madres o abuelos de quienes entrevisté es posible identificar bastante prosperidad en cuanto a alimentos, como comentó Lalo de La Canela “no había muchas lucas, pero la comida no fallaba”. Jorge de La Canela y Omar del Valle Los Olmos retratan esta abundancia en cuanto a alimentos:

“Tenían unas cositas que la llaman chiguas que las hacían de coligues, de una caña, y ahí poníamos los quesos... todos los días hacían queso, y lo iban poniendo ahí. Puro para comer, quesos bien amarillitos, bien oreados que le llaman ellos. Con mi hermana, el vicio grande, con una varilla de mimbre, la pelábamos, la ensartábamos y la poníamos a las brasas, y era el gusto nuestro, la hebra (como queso derretido) le comíamos la mitad cuando mucho y después ¡pah! pa' los perros. Ahora quisiera tener para comprar todas las cuestiones.”

“Era curioso, eran poquitas familias, pero todas de abundancia, lo que me tocaba ver a mí, por ejemplo, que llegaba a las casas porque pueblo chico, entonces conocíamos en todos lados... y yo veía abundancia. Las cebollas colgadas, los sacos de trigo, de morocho, de papas... y veía abundancia (...)”

Así mismo, en otras conversaciones Omar me comentó lo pobre que era su familia, y que cuando su padre se fue, todos los hijos se fueron a vivir con otras familias ya que no alcanzaba. Es decir, la abundancia era frágil; a cambio de muchísimo sacrificio y vidas enteras dedicadas al trabajo agrícola. Trabajaban desde muy pequeños, en tareas simples como ir a cuidar las ovejas y con el paso de tiempo les iban introduciendo a nuevas tareas. *“Lo malo es que no teníamos libertad, era puro trabajar”* me comentó Lindor de La Canela hablando de su infancia.

Si bien la comida no faltaba, la falta de dinero llevaba a otras carencias de tipo material. Como cuenta Luis, actual tomero de Guzmanes:

“Si me compraba zapatos a mí no le podía comprar a usted porque -suponiendo que es mi hermana- no le podía comprar porque no le daba, lo que ganaba no le alcanzaba. Al otro pago le compraba a otro (...) Pero ya cuando venía terminar de comprarle a otro, ya los zapatos, con los viajes para el colegio estaban hechos tiras ya po,, de nuevo, de nuevo la ronda. Se sacrificaban harto los pobres viejitos para poder criarlos a uno (...)”

Los sacrificios no sólo están asociados al trabajo agrícola, sino que también a las tareas domésticas y cotidianas, en tanto no había acceso a agua potable ni luz eléctrica. De todas formas, en esta historia de sacrificio y prosperidad no falta el orgullo. Como bien comentó Lalo de La Canela, cuando le decían *huaso* de forma despectiva en otras partes, él respondía orgulloso que, si lo decían porque andaba a caballo, sí, era huaso, pero luego agregaba que al menos el caballo era suyo.

Temo, del Valle Los Olmos, actualmente trabaja en un nocal en el predio de su familia a la par con otros trabajos menores, y me comenta que es feliz así, porque es libre. Él es quien distribuye su tiempo a su voluntad, sin embargo, comenzamos a conversar de eso porque tenía las manos negras por trabajar con nueces y no le salía ni con jabón. Este es quizás, el sentido del orgullo de quienes han vivido siempre en pueblos de pequeños propietarios; la libertad y el hecho de ser dueño o dueña de sus tierras, o al menos, de su historia, aunque esto suponga sacrificios.

Continuidades al presente

Si bien se reconoce que el campo ha sufrido transformaciones significativas a partir de los 70' y las pequeñas propiedades agrícolas no se quedaron atrás, es posible ver continuidades en la actualidad de este pasado. Los objetos y algunas las formas de hacer hoy continúan siendo comunes y cotidianos en el habitar rural de la zona central. No obstante, para la pequeña propiedad estas transformaciones fueron diferentes que para la hacienda. La multiplicidad de trabajos para subsistir, las migraciones internas para trabajar son aspectos con los cuales grupos familiares de pequeña propiedad ya sabían lidiar. Con el proceso de reforma agraria, esos pequeños trabajos que ofrecían los fundos y las haciendas variaron y con la misma tecnificación, se fue necesitando trabajadores más especializados. Esto sucedió en el fundo La Canela cuando se volvió un fundo forestal y

llegaron trabajadores del sur. De todas formas, en el caso de Guzmanes y el Valle, así como antes salían a trabajar a los fundos, hoy salen a trabajar como temporeros a empresas agrícolas, y continuando en paralelo, los huertos de autoconsumo, la tenencia de animales y la venta en menor escala de sus excedentes o los trabajos esporádicos a partir de sus oficios.

Las migraciones internas eran comunes en un tránsito de las haciendas y fundos a los pueblos, además del tránsito cotidiano entre estos dos espacios. Actualmente, estos movimientos continúan y se intensifican, variando radicalmente la escala; llegan asalariados de ciudades a las faenas agrícolas cercanas donde ellos trabajan, llegan migrantes de otros países, generándose un 'nomadismo asalariado' por temporada, a partir de la demanda de trabajadores de la agricultura de exportación (Valdés & Rebolledo, 2015).

Si bien es posible establecer un paralelismo entre los movimientos poblacionales de antaño (ya sea cambios de residencia, o temporales por motivos laborales) y los que ocurren hoy en día, las condiciones para los habitantes y sus individualidades son radicalmente distintas. Por procesos de modernización temprana, comenzó una transformación en el campo a partir del notable aumento de escolaridad. Si bien no existía un gran patrón, los niños y niñas estaban bajo la tutela exclusiva de sus padres, y con las reformas educacionales esto cambia, y niños, niñas y jóvenes comienzan paulatinamente a dejar de participar en el trabajo agrícola para asistir a la escuela. Para Valdés y Rebolledo (2015) este es el factor más gravitante en las transformaciones rurales ya que se abre un mundo de nuevos referentes y comienzan a establecerse nuevas relaciones sociales. En las generaciones posteriores, a esto se suma el acceso a los diferentes medios de comunicación, celulares, internet y más posibilidades de transporte, ampliando aún más los referentes, en conjunto con mayor acceso a estudios universitarios y técnicos. Actualmente, por mayores posibilidades de transporte y la creciente urbanización de los sectores periféricos, todo esto se produce sin una migración definitiva a la ciudad, sino que se deja el pueblo por temporadas. Para los y las más jóvenes el campo se vuelve un lugar para vivir, pero trabajando o estudiando en la ciudad.

Vemos entonces como situar todas estas prácticas y vivencias escuetamente mencionadas en el pasado, sería erróneo ya que el pasado está instalado en el presente a través de los materiales, objetos, caminos y lugares, que perduran, junto con prácticas asociadas a estos. Estas narrativas comunes que responden a memorias familiares o experiencias de la infancia están presentes en la vida cotidiana en tanto crean al pueblo como un gran entramado de historias y materialidades varias. Como en estos contextos no existe memoria institucional, en tanto la ruralidad ha sido pensada desde la trayectoria de la hacienda, sólo está la memoria de sus habitantes, que a través de la materialidad construyen elaboraciones temporales propias respecto a sus propias vidas (González, 2018). Esta narrativa del pasado conforma parte del paisaje actual en tanto esta materializada (Bender, 2002) y participa activamente en el habitar cotidiano, estableciéndose un continuo en los tiempos pasado y presente.

Una de las continuidades más relevantes y evidentes son los espacios mencionados. Los cerros, el pueblo y los espacios domésticos, son dimensiones que se distinguían antes y que se distinguen en la experiencia actual. Han sido transformados; cada uno de estos espacios se le dan usos diferentes a los de este pasado, pero las capas de materiales están. Son formas que los propios habitantes han permitido continuar ahí participando en el cotidiano presente, a veces de forma intencional, pero muchas veces de forma inconsciente, teniendo particular impacto en el entendimiento de los propios habitantes sobre sí, personal y colectivamente, en tanto pasan desapercibidos (Miller, 2005). Para la comprensión de los paisajes cotidianos en estrecha relación a este pasado, pensando el presente como multitemporal en tanto sus materialidades permanecen y continúan mutando, se profundizarán en las historias particulares vinculadas a estos espacios que han continuado en el tiempo (cerros, pueblo y espacios domésticos) guiadas por los énfasis de los propios habitantes en la construcción de sus memorias.

II. LOS CERROS

La Canela, Rinconada de Guzmanes y Valle Los Olmos son pueblos ubicados en los interiores de la Región de Valparaíso y están rodeados de cerros desde el punto de vista de quien vive o transita por estas localidades. Los cerros son espacios que se construyen como un entramado de lugares en tanto hay experiencias encarnadas e historias que convergen en diferentes puntos de estos, pero a la vez, los cerros ocupan un lugar significativo en la visualidad de la experiencia cotidiana de los pueblos. Hay distintas formas, tipos de cerros y esto tiene que ver con los usos históricos que el pueblo a cada lugar en los cerros, y también a cada sentido que le da cada persona.

En La Canela se distinguen los cerros Majada, que destaca por su antena, Boldito donde hoy hay una serie de plantaciones de limones, La Espigadilla y Los Molles. En Guzmanes destaca el cerro Grande, el Pico de Loica, Agua Santa, el cerro Garabato entre otros. En el Valle, destaca el cerro del Cristo del Valle, que divide Alto El Puerto del Valle, el cerro Carén, Tongoro, entre otros. En las tres localidades estos cerros están poblados de bosque esclerófilo, en distintas medidas cada especie, dependiendo sobre todo de la cantidad de agua disponible. Destacan los chaguales y quiscos en las zonas menos irrigadas, así como espinos, algarrobos, litres, boldos, peumos, quebrachos pimientos y quillayes en zonas algo más húmedas.

Los márgenes de los cerros con el pueblo varían con el tiempo; en la medida que el pueblo va creciendo, 'los cerros' parecen alejarse, pasando a ser sectores del pueblo, como es el caso de Agua Santa (Guzmanes) y Cerro El Cristo (o Cristo del Valle). En el primer caso se trata de un cerro, -a veces se nombra como sector- que tiene un descanso con una cruz y una gruta, un poco más arriba, y no es en extremo empinado. El camino que va bordeando este cerro es la vía que une la Peña con la Calle de la Cancha. El cerro El Cristo, en cambio, está justo en medio de los sectores Valle Los Olmos y Alto El Puerto. Es más, Alto el Puerto está sobre la ladera del mismo cerro. Su nombre es porque en la punta hay un Cristo en la cruz de tamaño significativo (*ver figura 1*). Nadie recuerda cuando fue puesto y todos dicen que está ahí desde que tienen memoria, incluso los mayores.



Figura 1. El Cristo del cerro (Valle Los Olmos).

En el sector del Valle Los Olmos destaca el cerro Carén por su magnitud (*ver figura 1.1*). Muchas casas tienen vista desde ventanas y sus corredores al cerro. Este es el caso de la familia de Omar que tenía un reconocido restaurant en esa casa donde actualmente vive Omar. La vista desde su balcón ha sido la misma desde que tiene memoria. Conversando con Omar, mirando hacia el Carén mientras atardecía, me contaba que con sus hermanos siempre estaba el desafío de subir al Carén. “¿Para qué?” le pregunté, “Para ver que había al otro lado” me respondió. El Carén definía y quizás define un límite del Valle, ya que por



Figura 1.1 El cerro Carén y parte del Valle Los Olmos desde el cerro El Cristo.

su magnitud impide el paso de la vista al otro lado, incluso desde el cerro El Cristo. Las hazañas de quienes han subido al Carén se recuerdan con detalle: Omar me comentó sobre el ‘desafío’ de subir el Carén, Celso, vecino, también recuerda nítidamente haberlo subido dos veces en su vida, como su padre, quien subió alguna vez a pie “*buscando metales*”.

La Majada por otra parte, es importante en la Canela Baja. Cuando le pregunté a Neco de donde tomaría una foto para una postal de La Canela, me contestó que sería desde la Majada, ya que de ahí arriba sale todo el pueblo. Me contó que antes hacía un licor y como etiqueta le ponía una foto que él tomo de ahí arriba. Me recomendaron subir a mirar allá y cuando subí comprendí porque le llamaban de esa forma. Cuando se habla de ‘majada’ es usualmente un lugar de cobijo en los cerros donde dejan o mantienen a las cabras. Si bien en La Canela no hay cabras, en una parte del cerro hay una planicie semi cercada donde probablemente se dejaban a los animales, y de aquellos tiempos que todos lo conocen de esa forma. La Majada es el patio común de todas las casas que están a ese lado de la calle, y es parte de las tierras comunitarias donde tienen derecho (ver figura 1.2).



Figura 1.2 En el cerro La Majada, donde esta cercado. A la derecha un caballo de Gastón e Isabel (La Canela).

La unión de los ríos y la vista desde altura al pueblo

Cruzando los cerros, en los tres pueblos la presencia de los ríos y esteros es fundamental para la continuidad de la vida, y a la vez cumple un rol significativo a lo largo de la trayectoria de los y las habitantes. Esto se ve claramente en el Valle Los Olmos. El pueblo está marcado por la unión de los ríos de Pedernal con el Sobrante, de los cuales surge el río Petorca. En la búsqueda de otras metodologías para conversar sobre el paisaje, lleve un mapa dibujado a partir de una imagen de Google Maps, donde mostraba ríos, caminos y el cerro el Cristo. Por un asunto de escalas, no me cabía el cerro del Cristo y la unión de los ríos en la misma hoja, así que priorice el cerro. En una ocasión, durante una entrevista a Celso y su familia en el corredor de su casa un domingo, saque uno de los mapas como apoyo para la conversación, y los ríos que para mí eran una mera referencia espacial fue lo que causó mayor discusión. Me comentaron varias veces que mi mapa estaba malo, que faltaba la unión de los ríos, y que subiera al cerro del Cristo para que me diera cuenta como era el mapa. Me indicaban fuera del mapa donde estaban las otras localidades como Chalaco y Pedernal. Los ríos, las vertientes y los esteros no son solo los proveedores de agua, ya que el agua obviamente no puede ser entendida solo como recurso en tanto participa activamente y en todas sus formas en la vida social de las personas (Strang, 2014). La 'junta de los ríos' es inseparable del pueblo, aunque no esté en el pueblo.

De una forma bastante grafica es posible apreciar como el Valle se trata de un lugar, entendido como un nudo en términos de Ingold (2012), donde se entremezclas múltiples trayectorias, e incluyendo las trayectorias del río. El Valle no está separado de las otras localidades, se va armando por sus flujos. Es por esto que la vista desde arriba del Cristo es relevante para ver el Valle, como me comentaron durante la entrevista en la casa de Celso:

"(...) este es el camino de la calle, desde el puente que llega acá al Valle. Llega hasta aquí y ahí se reparte, el que está el letrero para arriba (a Alto el Puerto y Los Briones) y este sería el que va por el bajo, que sin salida ese camino, no tiene salida por allá. Entonces, este sería el sector del valle.

-Sería si ella sube arriba del Cristo, y mira pa' allá y pa' acá.

-Sabe que, si usted se sube arriba del Cristo y se para, va a ver altiro donde viene el Pedernal y va a ver un pueblo que es calle Larga, después cae Chalaco que es por el otro lado, y después cae aquí"

Les respondo que si he subido varias veces al Cristo, pero no puedo bien distinguir lo que ellos y ellas me indican. Una mujer me responde -a raíz de mi mapa fallido- que ella mirando el mapa no sirve, pero si sube sabe ver perfecto '*que es cada lugar*'. Es posible identificar una doble cualidad del cerro El Cristo. Es mirado y sus formas son notorias, lo atraviesan caminos, pasajes y está cubierto de casas, pero, además, es desde donde se mira; hay un observatorio en abandono y un espacio de mirador donde se ve todo el Valle, sus caminos, sus cursos de agua y las localidades vecinas.

Expresiones religiosas y otras creencias

En Guzmanes hay una cantidad significativa de descansos con cruces, grutas e imágenes religiosas en los cerros. Víctor, quien vive en el sector de la Peña, me comentó que esto podía tener que ver con que se sabía que el patrón de la antigua hacienda Lo Vicuña tenía un pacto con el diablo, hacienda aldeaña al pueblo. Es más, me contó que el patrón fue velado en uno de los cerros y el ataúd bajó vacío; sería el diablo quien habría recuperado el cuerpo. Independiente de la causa de esto, indica como los cerros están constreñidos socialmente (Miller, 2005) mostrando, a través de sus marcas, cierta moralidad y formas de actuar por sobre otras.

Agua, grutas y la virgen

Es posible notar que en varias grutas emergía agua de napas subterráneas. Esto sucedía con la gruta de Agua Santa y con la Veta del Agua, indicando lo importante que es este material. Nadie recuerda cuando ni cómo se crearon estos espacios de culto, pero son visitados siempre en semana santa. Actualmente, no hay agua en ninguna de la grutas. Al parecer luego del terremoto del 2010, algo sucedió que ya no corre agua. Varias personas me comentaron que era porque se había movido las napas subterráneas, aunque es posible que su causa sea también por los años consecutivos de sequía.

La gruta de Agua Santa queda arriba en el cerro, en un camino difícil pero accesible. De lejos es fácil ubicarlo, un gran sauce marca su ubicación a la distancia. Es una mancha verde en el árido cerro. Esta cercado probablemente por los animales que suelen transitar por ahí. Junto a la virgen hay un hoyo en la tierra con un par de peldaños. Ahora está seco, pero al parecer emergía el agua. La virgen de la gruta tiene un par de placas de agradecimiento que dicen “*virgen de agua santa*” (ver figura 1.3). Daniela, quien nos recibió en el cuartel de bomberos, me contó que antes era usual que la gente subiera ahí a sacar agua ‘bendita’. Desde el pequeño santuario se aprecia Guzmanes en su totalidad y sobre todo el sector aldeaño que es la Calle de la Cancha, que se extiende y ensancha hacia los cerros.



Figura 1.3 De izquierda a derecha: el santuario de Agua Santa de lejos, la virgen junto al lugar donde emergía agua y abajo, vistas desde el santuario (Guzmanes).

La Veta del Agua, es otro de los santuarios y grutas de Guzmanes, que a veces es referido como un sector que está algo más alejado hacia los cerros. Tuvimos la oportunidad de visitarla con la compañía de Antonio, quien es bombero de la compañía, y un amigo de él. Antonio tiene un profundo conocimiento de los cerros que rodean Guzmanes; desde pequeño que los recorre a pie, antes con sus amigos, ahora con sus hijos. Luego de unos 15 minutos en auto llegamos a la Veta del Agua. Tiene una mina pequeña en abandono que le da el nombre. Se trata de un caserío (no más de 5 casas) y una gran figura de sagrado corazón, de 2 metros de altura, bien pintada, sobre una roca custodiando una serie de grutas incrustadas en la piedra. Son 6 grutas de vírgenes que estaban quebradas. En algunos casos ya no había figuras, en otros sólo quedaban partes quebradas, y en un caso estaba la virgen sin cabeza. Hay bancas de madera y cruces en las paredes, y todo esto cercado con una rejilla pequeña (posiblemente para que los animales no entren) creando un espacio de santuario. La figura del Sagrado Corazón está ubicada de tal manera que mira hacia una quebrada por donde antes bajaba el agua, delante de las grutas. Antonio nos contó que antes se armaba un pequeño arroyo por ahí y que las personas podían sacar agua de ahí mismo (*ver figura 1.4*).



Figura 1.4 Partes del santuario de la Veta del Agua (Guzmanes).

El paisaje extendido que se da en el Valle y sector centro -ya mencionado- no es un paisaje neutral, el mapa del Valle también se arma por la religión, pero de una forma diferente a lo que sucede en Guzmanes. Entre otras cosas, cierta parte de lo que se experimenta de Chincolco como cuenca tiene un carácter religioso católico y esto se hace evidente con la peregrinación que realiza la figura de la Virgen Peregrina de la Merced de Chincolco. Al parecer, se trata de una tradición colonial –nadie sabe con exactitud cuándo comenzó- que consiste en que la virgen recorre la cuenca de Chincolco, por

todas las localidades y casa por casa la reciben, a veces una tarde y a veces toda la noche, y a veces más de una noche, dependiendo de la disponibilidad de los dueños de casa. Todas las personas se vinculan con la virgen, manteniendo a las localidades conectadas, en relación con Chincolco centro, que es de donde comienza el recorrido a mitad de agosto. Reciben a la virgen por tradición, por mandas, por devoción y cada hogar tiene sus propias maneras de hacerlo.

El agua pareciera en estos contextos estar vinculada a la religión y es que la agricultura no puede prosperar sin agua. Es así como cuando trasladan a la virgen de una localidad a otra en Chincolco, hacen altares y carros con aquello que es la cosecha de la localidad, para que la virgen traiga mejores cosechas. El rogarle a la virgen por las cosechas, o la lluvia para estas es algo común a través del tiempo en el mundo rural y popular, en la medida en que se dependen de estos factores climáticos para la subsistencias, mostrándose una

analogía de la virgen con la Pachamama (Goicovic, 2005). Jorge me contó una vivida historia sucedida en La Canela cuando él era pequeño:

“Pasó una cosa antes. La religión... cuando uno tiene fe, la fe mueve montañas. Cuando empezó la sequía acá, no llovía. Se sembraban arvejas, y las arvejas habían crecido muy poco por falta del agua, pero empezaban a florecer como ya para dar el fruto, la gente desesperada. No solo arvejas, se había sembrado trigo también... ¿Qué hacemos? Una rogativa le llamaban, rogaban, le sacaban la virgen para que viera la sequía y todo. Y unos soles que llegaba a dar no sé qué salir a asolearse poh'. Se hizo la fiesta, con chinos, con alférez, con todo. (...) Yo estaba cabro, joven... la Chabe se tiene que acordar también. Con un sol tremendo la sacamos ahí, a la virgen para arriba. Llegamos a la gruta allá, un sol tremendo y al fondo, al lado de la laguna [la laguna de Maitencillo] aparecen unas nubecitas chicas. Esta el mar y toda la cuestión, casi se distingue de allá. Oiga y llegamos mojados, empapados enteros. Oiga, en minutos se cubre el cielo, empieza un viento -porque aquí llueve con viento norte, el norte viene de allá- Oiga y no va a creer, llegamos, pero felices nosotros. Una lluvia torrencialmente. Y había un sol... ¡quien iba a creer que iba a llover! Un milagro. Lo que es la fe, llegamos empapados, pero no importa, con la virgen.”

No hay duda de que la fe en la virgen hace llover, como dice Jorge “la fe mueve montañas”. Genera un efecto en el paisaje -y a la vez lo crea- y ese año pudieron cosechar con ese impulso, para Jorge sin duda existe una estrecha relación al respecto. La fe moldea también aquello que es ‘natural’ y hay un dialogo constante que se ve reflejado en las grutas ubicadas donde emerge agua. La religiosidad popular exalta aquellas características de los entornos, dotándolas también de un orden jerárquico. El paisaje pareciera dictar cómo comportarse a sus habitantes en este aspecto, exigiendo acciones específicas como rogativas. En el relato de Jorge además se ve reflejado la relación con La Quebrada, una localidad aledaña quienes también participaron:

“Y la llevamos con tanta fe toda la gente. Y harta gente se juntó porque viven también -aquí hay un pueblito que se llama la Quebrada- y de eso también vino gente. Venían de arriba... ¡se juntó toda la gente! Toda la gente quería que lloviera en la zona. Y ha llovido de una manera... ¿qué le parece? Qué bueno que me acorde de esa historia. (...) Una devoción que va a durar siempre yo creo. Siempre. Porque va pasando de generación en generación.”

En el Valle Los Olmos la religiosidad pone a las localidades cercanas a conversar, al igual que sucede entre La Canela y la Quebrada, concurren personas de diferentes zonas a manifestar devoción, así como a divertirse, comer y beber (Goicovic, 2005). A la vez, esto sucede a través de ciertos nudos religiosos que se generan en los cerros. Se trata de encontrar rincones apartados del pueblo y su ajeteo, para encomendarse a lo divino. Esos rincones a veces tienen límites espaciales como las grutas, y a veces límites temporales, como las alojadas de la virgen. La peregrinación cuesta arriba a la gruta es costosa y estar en concreta altura es significativo. Inés (Guzmanes) quien ha vivido siempre en el Patagual

me explicó por qué la cruz del Calvario, que está ubicada en un cerro en el sector, es un lugar especial:

“Usted sigue caminando por allá y va a ver un cerrito y hay una bandera, y ahí tiene subida. Cuesta sí, pero se sube. (...) Y es bonito porque de ahí usted puede apreciar pueblos vecinos como el Tártaro, Piguchen, Putaendo y sobre todo Guzmanes. Si es super lindo. Debería subir. (...) yo encuentro que esta cruz tiene algo especial porque usted tiene más vista. Por ejemplo, allá donde usted se queda hay otra cruz, pero usted ve ahí no más, acá usted ve hasta Putaendo si quiere, entonces como es un cerrito... es más abajo de las antenas, para que se ubique. Yo siento que tiene algo especial estar ahí. Ojalá que usted lo sienta.”

El lugar es claro constitutivo del paisaje, por su privilegiada potencia visual. Como sucede con el Cristo del Valle, es lo que le da jerarquía a ese lugar en relación a otros. Es en ese espacio donde se reúnen vecinos y vecinas en ciertas fechas para realizar fiestas religiosas que, por lo general, incluyen comida, canto a lo divino y baile de chinos al igual que sucede en el Valle. Así mismo, este espacio tiene un marcado carácter comunitario, en tanto es donde habitantes del Patagual se reúnen, más que en ningún otro lugar.

Sin embargo, si bien son de carácter comunitario, cada persona a lo largo de su vida puede tener relaciones más o menos íntimas con cada uno de estos puntos. Una historia interesante que da lugar a pensar en la relación íntima entre las creencias religiosas en los cerros es la de Venera, una mujer que conocí en La Peña, que creció en Guzmanes y ya adulta migró a Santiago. Luego de una experiencia personal, Venera paso de ser católica a evangélica, y como los evangélicos no creen en la virgen, Venera fue a dejar a su virgen a la cruz de Agua Santa. Este es un gesto significativo, en tanto reconoció ese espacio de cerro como lugar de lo sagrado, a pesar de que ella había abandonado esa creencia. En el marianismo que en este contexto interactúa con las piedras, el agua y otras creencias, se puede apreciar el sincretismo religioso cultural latinoamericano donde el rito, la procesión o el gesto, es más importante que la palabra, mostrándose así la trayectoria mestiza (Goicovic, 2005). La conversión pasaba por ir a dejar a la virgen al cerro.

Así mismo, en La Canela y de modo comunitario hay una relación especial con la Virgen del Carmen. Hay una gruta en el camino entre Canela Baja y Media que es donde usualmente llega la procesión para la celebración de la virgen del Carmen. La gruta fue cambiada de lugar hace unos años; de estar incrustada en el cerro, al costado derecho del camino, utilizaron el lado opuesto y ensancharon el espacio pensando en que fuera más cómodo para la fiesta. Actualmente es un espacio cercado al costado izquierdo del camino, con una gran vista a la Canela Baja y a todo lo que es la quebrada por donde baja el estero La Canela, apenas visible.

En algunos casos, como era en La Canela, o como es en las grutas de la Veta de Agua, hay una interacción con las mismas formas de la piedra, y estas deciden donde se instalan las vírgenes o figuras religiosas. Cabe cuestionarse cómo es esta interacción entre la fe, las formas de las piedras, la resistencia del material y las energías puestas en moldearlas de parte de quienes, en el pasado, decidieron instalar las imágenes ahí, y además, las actividades en torno a la gruta.

Brujos y diablos

De forma no tan localizada o evidente como una gruta, en los cerros hay muchas otras historias y muchas de estas tienen lugares donde sucedieron, existiendo marcas materiales que las reafirman y recrean (Tilley, 1994). A veces son de conocimiento de todos, a veces de algunos, a veces son historias de carácter más familiar, pero los personajes de estas historias son recurrentes. Así como hay cruces, santuarios y grutas pertenecientes a una religiosidad popular católica, existen una serie de historias que se oponen de cierta forma ya que se tratan de fuerzas oscuras y de temer, ya sea el diablo, demonios o brujos. En muchos casos son fuerzas que responden las unas a las otras, como la explicación sobre las cruces del cerro de parte de Víctor (por pacto que hizo el patrón de la hacienda aledaña), o como la cruz que está en la entrada del pueblo La Canela, donde por ese callejón cuenta Isabel que su abuela decía que bajaba el diablo a caballo por el pueblo.

En Guzmanes, en el camino hacia la Veta del Agua nos detuvimos en medio de muchas piedras y matorrales, porque Antonio y su amigo nos querían mostrar algo en los cerros: se trataba de la puerta de los brujos. A lo lejos, en una de las paredes rocosas y a cierta altura del suelo se veía un agujero rectangular bastante perfecto, oscuro, que parecía un portal. Nos contaron que ahí los brujos se iban a esconder de día, que era muy difícil acceder a ese punto y que, si nos fijábamos bien, parecía como si efectivamente hubiera alguien mirando desde adentro. Fue costoso divisarlo para nosotras, pero después de varias instrucciones lo logramos. Es posible en este caso ver cierta interacción dialéctica entre una forma rocosa y la historia de los brujos. La forma era verdaderamente extraña y escalofriante, una vez que sabíamos el relato. Si hubiéramos pasado por ahí y ellos no nos hubieran incentivado a mirar con detalle, probablemente sólo habríamos visto un continuo en la pared rocosa de lado derecho; sin duda la historia de los brujos crea el portal y el portal confirma la presencia de los brujos (ver *figura 1.5*).



Figura 1.5 Portal de los brujos (Guzmanes).

Las historias de diablos abundan en los márgenes de los cerros con el pueblo, como los ejemplos ya mencionados de Guzmanes, o en el caso del Valle, ubicado a la salida del el pueblo, camino a Chalaco y Calle Larga, hay un algarrobo torcido a un lado del camino. En ese algarrobo nos comentaron que se aparecían duendes o el diablo (*ver figura 1.6*). Tanto así es su particular presencia que incluso antes de notarlo, habíamos visto cuadros de niños y niñas donde lo retrataban, en el taller de la pintora Juana Cadiú, quien les hacía clases a niños y el tema era mitos de Chicolco. Una vez más, la representación del paisaje moldea su forma en la experiencia. También existen muchas otras historias al interior y en la profundidad de los cerros y cada persona sabe sus propias versiones o a experimentado por su cuenta, que luego transmiten y toman un carácter más familiar. Este es el caso de



Figura 1.6 Algarrobo torcido, a la entrada del Valle Los Olmos.

Gabriela y Tito (Valle Los Olmos) quienes suelen salir de paseo y pernoctan en los cerros seguido y en familia, por lo tanto, hay un conocimiento profundo de estos. Una noche contó que se quedaron junto a un pimiento y los niños salieron solos a cazar, volvieron asustados porque una sombra -el diablo- les perseguía. Historias de este tipo abundan en todos los pueblos, probando que los paisajes son habitados por múltiples seres, de incluso diferentes naturalezas.

El espacio de los animales

En los tres pueblos hay o hubo derecho a serranía. En el caso de Guzmanes, la mayoría de las personas tienen derechos de serranía o están emparentados con alguien que los tiene; lo que de manera concreta implica propiedad colectiva de los cerros, con acceso gratuito para talaje. Se hizo una reinscripción oficial en los 90' y se trata de más de 3000 hectáreas³ las que administran, muchos de quienes hacen uso de estas con sus animales actualmente, o lo han hecho en el pasado. Con el tiempo quienes tienen derechos en las tierras comunes han ido reclamando su parte, pues la ley permite la segregación de una parte del total para fines de residencia. Se les asigna un terreno a los pies del cerro que cierran y de esta manera pueden construir viviendas o vender. En La Canela, en los cerros que la rodean hay tierras comunes. La comunidad de la Canela Baja se llama Vergara Arancibia, nombre de los españoles que llegaron. Son dos familias extendidas y la mayoría (sino la totalidad) están emparentados con estos grupos familiares. En la Canela Alta, por otra parte, sucede lo mismo con la ascendencia, el nombre de la comunidad es Ojedas Castro. Edith, dueña de un negocio en la Canela Alta me explicó cómo funcionaba:

“Por ejemplo, nosotros echábamos animales, el otro vecino echaba que tenía derecho, echaba. El que no tenía derecho, no echa porque no tenía ninguna raíz de

³ Según los datos manejados por Paola y Jinet del comité de agua potable rural.

ese antepasado que perteneció a ese común, a ese bien común. (...) Claro, eran los comunes que tenían comunes antes, entonces usted si es hija de ese señor que tenía comunes, tiene derecho, eso así.”

En el Valle Los Olmos antes existían tierras comunes, pero con el tiempo se vendieron por motivos que no están claros. Sin embargo, aún hay muchas personas que tienen animales y que arriendan en tierras vecinas, en las serranías de El Sobrante. Cuando logré ubicar a Celso para pedirle una entrevista, venía llegando de pasar una semana en la cordillera para bajar a los animales. En verano o meses cercanos, por la falta de lluvia, los cerros y lomas cercanas al pueblo se secan y no hay suficiente alimento para los animales, así que es común que en verano suban con los animales a la cordillera y los dejen ahí, y luego en invierno los bajan para protegerlos del frío, aprovechando que las lomas cercanas al pueblo se llenan de pasto verde para alimentarlos. Celso venía cansado de una semana arriba viviendo en refugios y camas improvisadas, pero cuando le pregunto cómo está, me comenta: *“Bien sacrificado, un poco trabajado (se ríe) pero es el trabajo que me gusta a mí. Me mandan a hacer otro trabajo, ahí sí que no voy, porque no me gusta.”*

Los corrales son un aspecto interesante en los cerros. Dependiendo de su ubicación se utilizan en diferentes épocas del año. En las tierras comunes de Guzmanes es posible encontrar unos corrales de pircas de gran magnitud. Al parecer les habían hecho mantención hace poco (*ver figura 1.7*). Los corrales estaban junto a una pequeña colina, donde subí para apreciarlos en su totalidad, sin saber que esa misma colina se utilizaba antes en los rodeos como galería. Era posible notar tránsito sobre esa colina, huellas, senderos que había dejado el paso humano. Las pircas son muros de baja estatura, de construcción en base de piedras. Se utiliza usualmente como cierre, ya sea para los terrenos o para corrales de animales.



Figura 1.7 Corrales en los cerros de Guzmanes.

La técnica de pircar tiene una antigua tradición, con raíces preincaicas. Cuando visitamos la Veta del Agua con Antonio continuamos caminando por los cerros alejándonos del poblado. Me querían mostrar la casa de la señora Venera, que había sido abandonada hace 10 años porque ella se había ido a vivir al pueblo por su avanzada edad. Mientras caminábamos se abrió el sendero a una planicie donde había una serie de pircas que estimaron como muy antiguas. Se notaba que estaban hechas de piedras de cerro, diferentes entre ellas, angulosas, y de tonos distintos, cafés, grises y moradas. En el cerro, a lo lejos, se divisaban más pircas, que después descubrimos, era algo parecido a un gran sistema de corrales (*ver figura 1.8*). Muchos corrales conectados entre sí que a ratos eran interrumpidas por espinos. En realidad, es difícil saber si estos se tratan realmente de corrales, o son construcciones más antiguas, quizás prehispánicas, considerando que estaban situadas en una posición particular donde se apreciaba el valle y sobre una tierra arcillosa y rojiza. Lo que sí se sabe es que la señora Venera y quienes vivieron con ella convivieron con esas construcciones de pirca, y quizás las utilizaron de corrales o le dieron

otro uso. El conocimiento respecto a la construcción de pircas es sumamente antiguo, y son construcciones que -si bien se tienen que mantener- tienen larga duración en el tiempo, aunque sea perdurando cómo rumbos de piedras.



Figura 1.8 Sistema de corrales de temporalidad incierta, junto a la abandonada casa de Venera (Guzmanes).

Luis, actual tombero de Guzmanes, tenía muchos animales con su familia y en sus tránsitos con ellos, diferenciaban los campos de los cerros, así como estos de la cordillera, siendo esta otra dimensión del paisaje, al menos para quienes son arrieros. Esta no fue explorada en profundidad.

El aumento de ganado caprino a través del tiempo es notorio en los cerros para Antonio, el bombero. Sergio, dueño de un almacén, coincidía y me comentó acerca de la disminución del ganado bovino. Actualmente es frecuente ver grupos de cabras en el cerro y es posible que esto se deba a la disminución del agua en el tiempo, haciendo que haya que buscar el alimento disponible en lugares más lejanos hacia la cordillera, a diferencia de las cabras que requieren menos exigencias. Ruth y Llito viven de las cabras actualmente. El arrierismo plantea escalas amplias, y un uso de suelo marcado por hitos y circuitos acordes a las dimensiones de los animales (Skewes, Trujillo y Guerra, 2017), por eso la dimensión cordillera que se diferencia de la de cerro, sobre todo en la comparación de vacas y cabras en tamaño.

Así cómo es posible establecer el movimiento de los cerros a la cordillera de los animales, también hay un movimiento, de los cerros a los corrales en espacios domésticos, que varían enormemente en tamaño, dependiendo del tipo de ganado y formas de construcción, y que conviven con otros animales de corte directamente doméstico, como lo son los cerdos, las gallinas, aves, perros y gatos. Como me contó Sergio *“los tienen la mayoría al cerro y tienen sus corrales también en las casas. Aquí, mis vecinos de acá, la casa que sigue de acá tienen hartos animales, y tienen corrales ahí mismo y tienen en el cerro también.”*

Si bien todo esto sucede en Guzmanes, en el Valle y en La Canela suceden situaciones similares. En La Canela ya no existe el ganado de vacuno, pero si ovino en el caso de Lindor, y en pequeñas escala la crianza de caballos, como sucedía con Gastón y Isabel, o con Lalo en la Canela Media.

La no presencia de cercos o tierras privadas en los cerros, entregaba al pueblo un gran espacio de todos, para hacer usos comunes como cazar, sacar leña, hacer carbón o simplemente pasear. Y es que también habitan otros animales en los cerros aparte del ganado. Salir a cazar codornices o libres al cerro era una actividad común, y de vez en cuando actualmente se realiza. Cuando fuimos a los cerros en Guzmanes, un amigo de Antonio iba con una escopeta. No vimos ni un solo animal, con excepción de aves y es que, al parecer, el crecimiento de los pueblos a la par con la disminución de agua disponible ha ido alejando a los animales silvestres.

Huellas y rastros de animales en los cerros

La crianza de caballos, en La Canela es tan a pequeña escala que tiene lugar en los espacios domésticos. En casa de Isabel y Gastón crían caballos, no más de dos o tres, para luego venderlos. De forma bastante grafica es posible observar cómo se conecta tal espacio domestico con los cerros a través del corral. El corral tiene dos entradas, una que por la cual Gastón entra para dejarles comida y agua, sobre todo en verano donde los cerros están más secos, y otra salida por atrás que da al cerro La Majada, parte de las tierras comunes (ver figura 1.9).



Figura 1.9 Espacios domésticos de Isabel y Gastón donde está el corral que conecta con La Majada, desde donde se tomó la foto (La Canela).

Un día Gastón me llamó para mostrarme como alimentaba a los caballos. Hizo un silbido y comenzó a ubicar la comida. De los caballos no había rastro. Mientras llevaba el pasto a sus respectivos contenedores hizo otro silbido y me dijo “*ahí vienen*”. Yo no veía nada al principio y luego de un rato, en el cerro, divisé al más pequeño de los tres caballos bajando al trote seguido de los otros dos. Gastón me contó que todos los días hacían el mismo camino cuando iban a comer, en fila los tres, y respondiendo a mis preguntas, me dijo que el camino que conecta el corral con la punta del cerro, lo habían ido armando ellos mismos. Con los caballos, así como las cabras sucede lo mismo: van trazando sus caminos en los cerros, pero en el caso de las cabras transitan agrupadas y no en línea, dejando otro tipo de sendero. Estas marcas en los cerros podrían pensarse como parte de los animales; hacen emerger sus ambientes en el movimiento que recrean todos los días. Así mismo queda claro en como el zorro va creando marcas de olores a través de su orina, que sirve a los perros para buscarlo.

Hay rastros más evidentes que dejan los caballos, asnos y mulas en sus pasos por los cerros. Encontrar herraduras tiradas en los cerros es común, tan común que muchísimas casas a las cuales tuve la oportunidad de entrar en las tres localidades había al menos una herradura colgando, cerca de la entrada de la casa o en el corredor. Este gesto -colgar las herraduras- fue rápidamente identificado, lo que me permitió recolectar varios motivos de por qué lo hacían. Celso tenía a un costado de la puerta varias herraduras colgadas de un clavo. Me explicó que se las encontraba en los cerros y que, dependiendo de su posición, podía saber si iba por buen camino o mal camino. Si se las encontraba ‘*vueltas para arriba*’ no era buen augurio, o si estaban tiradas apuntando hacia una dirección y él iba en la contraria tampoco lo era. Tenía colgadas de distintos tamaños y solo por la forma y el tamaño podía decir de que animal era y si era macho o hembra. Así, en sus andares se las ha ido trayendo del cerro. En otra versión, la pareja de Luis, el tomero de Guzmanes, comentó que las herraduras había que ponerlas en la casa tal cual como se encontraban en el cerro, en la misma posición. Ellos también tenían una clavada al costado de la puerta. Otras personas me contaron que ahuyentaba los malos espíritus. Juan y Fresia de Alto El Puerto, tienen varias colgando de la reja de entrada. Juan me contó que las ponían por la buena suerte, que ambos trabajaban en agrícolas y las habían ido encontrando por los campos. Mario, mueblista de Guzmanes, también me comentó que servían para la suerte. Pero no todos lo hacen por esos motivos. Sonia, una coleccionista innata de Guzmanes tiene, además de otras colecciones, muchas herraduras colgadas en varios clavos que había ido recolectando en sus caminatas, de distintos tamaños, así como lo hace con otros objetos en el cerro. Para Sonia las herraduras son un objeto coleccionable y registro de sus caminatas, ya que cuando sale, siempre trae de vuelta. Este sentido se asemeja más al de María de La Canela, quien en su casa tenía algunas colgadas, para ‘decorar’, en sus palabras (ver figura 1.10).

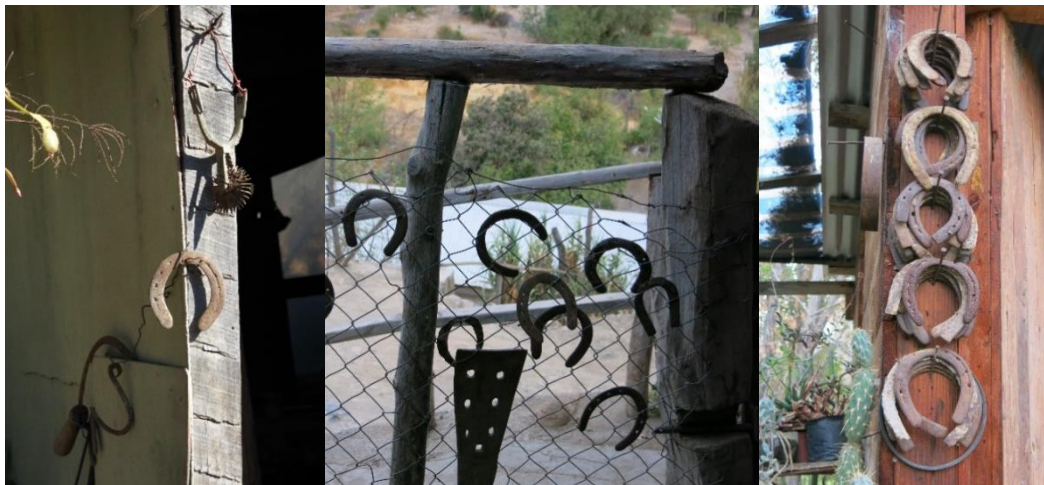


Figura 1.10 Herraduras en las casas. De izquierda a derecha: María (La Canela), Fresia y Juan (Valle Los Olmos) y Sonia (Guzmanes).

En resumen, los animales hacen caminos, senderos que tienden a repetir, sobre todo animales ganaderos como cabras o caballos. Además, dejan rastro en su movimiento que es recogido y apropiado por quienes lo encuentran. La herradura, como una cosa que es parte del sendero que constituye al animal, es apropiado y pasa a ser un *objeto* en las

casas, construyendo junto con otros objetos, materiales y respectivos ordenes, el paisaje íntimo de las casas. La herradura no sólo tiene valor para quienes han trabajado con animales, sino que es mucho más amplio, pareciera que como objeto es resignificada al cambiar de contexto, ahí ya no tiene que ver con animales, sino que es un objeto del cerro que adquiere nuevos sentidos.

Leña, carbón, minería: otras actividades

Dentro de otras actividades que se suelen realizar en las tierras comunes, está ir a buscar leña y hacer carbón. Dependiendo del pueblo, se recogen distintos tipos de leña. Antes era usual que se utilizara un burro o mula para cargar la leña que se recogía. Rolando me contó que se recogía (y actualmente recoge) leña de quebracho, de espino, peumo y litre. El boldo y el eucaliptus, en cambio, son leñas que no funcionan tan bien para hacer brasas. El ir a buscar leña era una tarea simple que encargaban a niños o niñas para hacerla, como el caso de Israel quien recuerda vívidamente que él era el de los '*mandaos*' y lo solían enviar al cerro a hacer esos deberes. Rolando me contó que él cuando pequeño no podía ir a buscar leña ni ir a hacer carbón porque siempre le daba alergia el litre cuando lo intentaba. La alergia le duraba tres días. Su abuela tomaba mate y la hierba de mate fría le calmaba la picazón en el cuerpo. Después trabajaba con guantes y se fue acostumbrando. De forma evidente, el paisaje va generando efectos en su cuerpo, trastocándolo.

La producción de carbón en La Canela era significativa, tanto así que existe un verso sobre los carboneros. Me lo relató Lindor, payador de La Canela. Comienza con "*Pena y alegría al divisar la humareda...*" por las columnas de humo que se solían divisar. Para Jorge, quien trabaja en la mantención de los espacios comunes en la Canela Baja, la alta producción de carbón en los cerros fue disminuyendo la vegetación, 'devorándose' los árboles más añosos, en palabras de Lindor, y sólo en este último tiempo había comenzado a recuperarse los cerros. Por esto la '*pena*' con la que parte el verso. La conciencia ambiental progresiva, sobre todo en el contexto comunal de Puchuncaví, fue poniendo freno a estas actividades en las últimas décadas (Skewes, Trujillo y Guerra, 2017) en tanto los impactos de estas actividades se hacen evidentes en los cerros (ver figura 1.11). A la vez, la producción de carbón permitía obtener dinero de forma relativamente fácil ya que era requerido en Nogales y Calera, como me comenta Jorge: "*Si, es que antes lo usaban mucho el carbón acá. Era como un sostén para hacer plata (...). Era para tener un billete extra los viejos, para chupar, esas cosas*". Por eso la '*alegría*' del verso.

El carbón, por tratarse del '*trabajo sucio*', en algunos casos era utilizado en casos de necesidad, y ser carbonero indicaba que no tenían más opciones. Isabel recuerda que antes en La Canela, los carboneros eran los '*humildes*', venían de lugares alejados y se armaban ranchas improvisadas en los cerros. La precariedad de la vivienda popular muchas veces tenía que ver con esto, la inestabilidad de los asentamientos vinculados a este tipo de trabajos, y también a la minería artesanal (Goicovic, 2005). Augusto distingue dos formas de hacer carbón. En sus palabras:

"El carbón se hace... hay dos cosas. Se hacen, se llaman hornos de barro, se hace un hoyo y ahí se le pone leña parada y después se rellena con barro y se deja una

puertecita, un cuadradito ahí, pa' después cuando ya eso se seca se le hace hoyitos, por todo el alrededor y ahí, de ahí se le prende fuego arriba y se van tapando los hoyitos, se va cosiendo y se va apagando. (...) Y cuando ya no humea nada se tapa todo y se deja unos días. y Ahí sale el carbón y hay otro que se hace en el suelo, se llaman pila. Se pone la leña así atravesada y le ponen rama por el lado. Esa se deja sola, se quema sola, se quema la leña y queda el carbón. Pero es cochina esa pega, es sacrificado.”



Figura 1.11 Ejemplo de cómo queda el terreno luego de la producción de carbón en un patio (La Canela).

Además, él agrega “no es ninguna ciencia” aunque evidentemente hay un conocimiento, que probablemente se trata de cierta habilidad, en términos de Ingold (2012) que se desarrolla con la leña, las instrucciones -la representación del proceso- aunque Augusto lo intenta, no bastan para hacer carbón. Como es un trabajo sacrificado pero simple, no se necesitan más recursos, cuenta que a veces el todavía hace: “No, de repente hago pal gasto, pa' tener, para hacer asaditos, cosas así. Pero ya no es mi rubro ese, el carbón.”

Otra actividad de los cerros es la minería. Guzmanes está en una zona particularmente minera; existen familias de tradición minera, es decir, que todos sus miembros se dedican a esto, desde pirquineros a mineros en grandes empresas. Mirando hacia los cerros de Guzmanes y el interior, se pueden ver a lo lejos lo que alguna vez fueron piques mineros. Se ven manchas grises, donde no crece vegetación y contrasta con el ocre amarillento del cerro en verano (ver figura 1.12). Los pirquineros prueban suerte en los cerros, y no siempre se hayan vetas grandes, es por este ensayo y error que es posible identificar muchas manchas grises en las laderas de los cerros. La actividad deja marcas que no se borran por muchísimo tiempo. La tónica de la vida del pirquinero era la búsqueda de un gran hallazgo.

El trabajo de minería requiere ciertos conocimientos y maneras de hacer. Muchos de quienes trabajaban al 'pirquén' se pasaron a mineras más grandes, destacando la Minera Andina (de Codelco) entre ellas. Juan, tomero de Guzmanes, viene de una familia minera y el mismo trabajo en varias minas, pequeñas y más grandes. Me describió particularmente sacrificado el trabajo en el pirquén, donde se cargaban las carretillas y los camiones a "puro pulso, a puro ñeque no más, a pura pala". El oficio del pirquinero requiere cierta maestría y conocimientos particulares, que tienen que ver con la formas y colores de la piedra. En palabras de Luis:



Figura 1.12 Marcas en los cerros de antiguos pirquenes (Guzmanes).

"Es que los metales se conocen poh'. Sí, porque el metal que sirve, por ejemplo, este metal, este es el metal y este es piedra, por ejemplo. Por ejemplo, yo conozco este porque tiene pintas y tiene morado, tiene de esto, "esto es metal" dice uno. Y esto que es blanco así, usted mira a una piedra así y no tiene nada, nada, ni pintas, nada, esa es la piedra. Pero por eso que cuando uno está en las mineras, usted sabe lo que tiene que perforar poh', esa es una veta... y los metales van por veta, así una veta, o manto, con manto usted no tiene problema porque el manto lo perfora por... por donde lo perfora le va a sacar metal y así se conocen los metales, y el maestro que está trabajando sabe lo que tiene que botar y lo que no tiene que botar poh' o de repente cuando.... hay patrones que ponen a una persona a escoger, "oigan, sáqueme toda la piedra del metal y si hay mucha piedra, bótemela" Y así la iban tirando los maestros (...) yo fui aprendiendo de los demás, de las personas más antiguas que iban diciéndole a uno: "oiga, este es metal, este, la cuestión" y de ahí, ya después ahí me fui a la mina"

El conocimiento respecto a las piedras y sus valores van pasando de persona a persona que con el tiempo se va volviendo más evidente su manejo. El criterio se va generando a través de las experiencias y se aprende a ver cuál tiene mayor 'ley', como porcentaje de mineral en la piedra o de qué forma hay que explotarla. En este caso, es aún más claro que en el del carbón, la habilidad se va construyendo en el quehacer, guiado por quienes tienen más experiencia.

Toda esta conversación comienza por una piedra que tiene en su corredor. Los colores de las piedras indican tipo de mineral y valor, pero también pueden adquirir otros valores. En algunos casos, el llevar piedras a la casa puede tener que ver con una admiración a sus formas coloridas, y no es extraño hallar piedras decorando los patios o casas. Sin embargo, en estos casos, como el de Luis o Antonio, de Guzmanes, o de Juan de Alto El Puerto, las piedras están ahí por cierta cualidad, forma o color, que las hace especiales entre otras, convirtiéndose en marcadores mnemotécnicos (González, 2018) de sus contextos como cierto pirquén o mina. Son recuerdos materializados de aquella época de trabajo. Juan, en

su casa en Alto El Puerto tenía varias piedras que él había ido obteniendo por diferentes minas, de tonos verdes, brillantes dorados y azules, incluso unas medias rosadas, de diferentes formas. Me contó que tenía muchas pero que los había ido regalando. Tenían algunas en el corredor y otras adentro en el living. En el caso de Antonio, las piedras de venían de la mina Cerro Negro (cerca de Los Andes) donde él había trabajado, y estaban en el living de la casa junto a la colección de objetos y artefactos de diversas épocas que Daniela, su pareja, consideraba antiguos. En este contexto, la piedra entra en la misma categoría de objetos 'antiguos' en tanto objetifica memorias.

En ese sentido, también los objetos o artefactos de minería artesanal muchas veces son entendidos como objetos 'antiguos', ya que obviamente las herramientas han ido cambiando, independiente que estos coexistan en algunos espacios. Sonia la coleccionista ya mencionada, me cuenta que Guzmanes es una zona minera a partir de mi pregunta por una lámpara de carburo de los mineros. Es para Sonia una antigüedad y por eso participa en su colección de objetos de bronce, sin tener que ver ella directamente con la minería. La minería artesanal pasa a ser parte del paisaje, incluso más allá de la experiencia en primera persona; circulan objetos e historias además de los pirquines abandonados y las manchas grises de los cerros, que se convierten en el paisaje local (Miller, 2001).

En La Canela, por su geografía, los cerros no sólo eran espacios de ganadería o carboneo (no había minas), sino que también se sembraba en los cerros que no eran tierras comunes. Mireya, dueña de un almacén de la Canela Alta, me cuenta que en un momento en el pueblo vivieron 850 personas, y como es un estrecho valle, era común que se sembraran los cerros para arriba. Se trata de una agricultura de secano, que popularmente se le llama 'de rulo' donde se depende de las lluvias. La imagen de los cerros sembrados fue múltiples veces repetida, indicándome desde la posición en que estuvieran, las siembras que recordaban en la ladera del cerro. Yo no veía nada especial en aquellos cerros y sin los relatos probablemente jamás hubiera podido imaginarlo. Edith, hermana de Mireya mencionó los cerros sembrados al final de la entrevista, cuando le pregunté por el futuro de La Canela: *"Que fuera con siembra igual que antes pero no va a ser, porque antes estaba sembrado todo. Usted salía arriba y se veía todo el valle sembrado hasta la punta de los cerros, todo, todo, sembrado. Arvejas, lentejas, trigo."* Así mismo, Rolando me comentó sobre los cerros sembrados haciendo una particular referencia al movimiento del trabajo agrícola diciendo que se veían *"2 o 3 juntas de bueyes sembrando"* a la vez y que muchas familias tenían bueyes.

Sumado a que visualmente es un cambio notable, probablemente a muchos les tocó trabajar ahí y por eso lo recuerdan vívidamente. Hoy con puro 'monte', vegetación silvestre, como lo mencionó Israel, continúan sembrados -o con la posibilidad de serlo- para los habitantes del pueblo y aun algunos lo hacen: Edith me comento de alguien que estaba quemando para sembrar mientras estaba allá.

Dentro de estos cerros sembrados que me describieron, en la Canela Alta se refieren además al fundo de La Canela. Era un fundo agrícola y ganadero que transitó, por cambios de dueños, a ser un fundo forestal. Esto fue más o menos en el 88'. Luego esto fue cedido a MININCO que eran los mismos dueños para finalmente ser vendidos a la sociedad

maderera de Con Con, los actuales dueños. Rolando, quien vive junto al fundo, fue a los 14 años a trabajar por primera vez, era común trabajar ahí cuando era agrícola, sembrando, arando, haciendo cierros. *“Uno de chico aprendió a los trabajadores del campo”* me decía Rolando. En los meses de mayo y junio sembraban en sus terrenos y cuando quedaban desocupados iban a pedir trabajo al fundo. También sembraban a medias, es decir, de lo que sacaban se llevaban la mitad. En ese sentido, cuando cambió el rubro del fundo todo cambió; *“Acá se puso malo cuando plantaron el bosque. Hubo trabajo con la plantación y después ya no”*. El cambio de rubro del fundo impactó en los canelinos, ya que para la explotación forestal se necesitaban personas que supieran hacerlo y como ellos no sabían, dejaron de trabajar ahí.

Paseos y recolecciones

Los cerros además de ser espacios comunes de trabajo y de donde se obtienen materiales varios, son también espacios de esparcimiento. A veces parecen ser el patio del pueblo en los relatos de sus habitantes, sobre todo porque mis entrevistados/as son en general adultos y adultos mayores; sus memorias íntimas de la infancia y juventud quedan latentes en estos paisajes, en su constante re-experimentación y construcción. Lalo de la Canela del Medio cuenta que era usual que luego de trabajar toda la mañana iban a bañarse a unos pozones, *‘El Chorrón’* entre otros, que se armaban por el estero La Canela. Así mismo, Antonio, el bombero de Guzmanes, cuando pequeño iba con sus amigos a unos pozones donde se bañaban. Pasamos por ahí caminando y era un gran cañón donde se notaba que antes corría gran cantidad de agua por ahí. En ambos casos, ya no se hacen esos paseos porque ya no corre agua por esos sectores, por diversos motivos.

Venera, a quien conocí junto a su familia en La Peña, me contaba que cuando ella era pequeña iban de paseo con su familia y llevaban tetera, queso de cabra, un tarro de salmón y tortillas para tomar once en el cerro, sacando agua de una vertiente. Víctor, la pareja de una de sus sobrinas, lo suele hacer actualmente con su familia; van para el sector de El Manzano, también llevan tetera y hacen fuego con hornilla. Van al Quillay, a la Veta del Agua, al Agua del Chorro y a la piedra Muela, entre otros. Como mencionó Paola del comité de agua potable, todos estos son *‘rinconcitos’*, rincones entre o en los cerros que le van poniendo nombre. En el Valle y el sector centro sucede lo mismo; Omar cuando pequeño solía ir a tomar once a un lugar llamado Agua de los Pajaritos, en grupos grandes entre familia y amigos. Al parecer aun los grupos de familias o amigos van a ese lugar a pasar la tarde. Gabriela y Tito, vecinos, suelen acampar en lugares más alejados. Llevan pan, queso y lo justo, además de choqueros para el té, unos tarros de durazno con alambre que pudo mostrármelos porque los tenía guardados en una repisa atrás de la casa.

Ema, de Alto El Puerto, recuerda que cuando pequeña iban a tomar once a un lugar que se llama Los Colorados. Cuando le pregunto si lo siguen haciendo, me responde que no:

“Ya no, estamos más flojas ahora. Es que antes como niña uno le diga.... bueno ¡Que ahora están todos los cerros cerrados poh! pa’ ir aquí al frente, hay que pedirle permiso a Los Prado, pa’ ir allá, hay una agrícola, no se puede pasar pa’ Los Colorados. Están todos cerrados, sí, con plantaciones y cosas así que no.... ya no

es lo mismo ya, como antes. Antes no, uno se iba por un camino, entraba por ahí, por el callejón, por allá, y ahora no poh', ahora hay que estar pidiendo permiso para entrar”

La pérdida de las tierras comunes y las formalizaciones de las propiedades privadas en los cerros aledaños han limitado cierta parte de la vida social, en tanto no permite el paso a los lugares de encuentro. No permite los movimientos históricos de los habitantes de los pueblos, reduciendo el espacio habitado, o en otras palabras, la escala de la vida. Hay rastros, senderos, que no responden a vehículos, sino que tienen mayor antigüedad que se han cortado sin cuidado.

Por las caminatas y paseos a los cerros las colecciones en las casas crecen, como otra forma de conocer o de relacionarse con los cerros. Así como con las herraduras, Sonia (Guzmanes) posee una extensa colección de piedras que esta cuidadosamente montada en su patio delantero que da a la Calle Nueva, armando un jardín de piedras (*ver figura 1.13*). Ella distingue entre piedras de río y piedras de cerro, y las ordena en relación a eso y otros criterios cómo formas, tamaños, texturas y colores. Ha cultivado su colección con mucho tiempo y a partir de la propia experiencia ha desarrollado conocimiento respecto a las piedras; sus piedras en particular. Recoge de todas partes durante sus caminatas y paseos, por el motivo cual sea le llamen la atención, es parte del panorama:

“Voy recogiendo piedras a donde voy y después cuando me pongo a hacer algo las voy ocupando, estas alargaditas las pongo así. Claro, después las ordeno ya cuando tengo más o menos la medida así, que vayan de mayor a menor. Los huevitos que me encantan también, los huevitos de piedras, que me llaman mucho la atención”



Figura 1.13 Jardín de piedras de Sonia y uno de sus perros (Guzmanes).

Podría parecer excéntrico, pero es bastante más común de lo que parece. Sergio es otro coleccionista que vive en Alto El Puerto. Las piedras que él tiende a coleccionar son piedras ‘de indio’, es decir, piedras que el cómo autodidacta ha aprendido a identificar por su valor arqueológico, como piedras horadadas, puntas de flecha y otros, junto a alguna piedra que le llamó la atención por su forma o color, además de objetos obsoletos, considerados

'antiguos' relacionados en particular con la agricultura (ver figura 1.14). Sergio me cuenta cómo va encontrando las piedras:

“Muchas personas no me creían, yo iba caminando y se me ocurría a veces por allí puede haber una y ahí estaba, encontraba. Como que alguien me decía, en tal parte hay. Y una vez iba con mi hija que ahora es mujer ya, tiene un hijo de 20 años, y íbamos por estos potreros para allá y me dice... ella chiquita ¿Papi, como encuentra las piedras? yo todas las piedras las miro pues mijita, así como esta por ejemplo, y había una ahí, así como esta [indica una cercana] y la quedo mirando, y no era (punta de flecha) las que están en los cuadros, y así poh' oiga.”

Sergio ve un sentido más profundo al encontrar las piedras precisas en su caminar, él lo atribuye a una suerte de poder, algo más allá. Sonia, al igual que Sergio, también posee diversos objetos 'antiguos'. Tiene su propia explicación de porque en el cerro a veces encuentra de estos: “Antiguamente la gente iba a botar basura al cerro cuando no pasaban recogiendo” me comentó cuando le pregunté por el origen de una vieja cerradura que colgaba en su corredor. Estaban en contexto de descarte. En sus caminatas además ha encontrado otras cosas como chicharras y puntas de arado, entre otras cosas que ella entiende como 'antiguas'.



Figura 1.14 Piedras y herramientas de la colección de Sergio (Alto El Puerto)

El paseo o la caminata al cerro era y es común, ahí se recogen objetos descartados que llaman la atención, los que terminan en casas y patios, participando en la creación del espacio íntimo. Se trata de otra forma de conocer el cerro. Los paseos son caminar, pero también llegar a ciertos lugares, de sombra y agua, ya sea ríos o vertientes. Con las sequías y el cierre de los sitios, muchos de estos lugares ya no se visitan como antes porque ya no se constituyen como lugar en tanto se cortan de sus flujos de materiales (agua) y personas.

Cambios graduales, sequías y plantaciones

La falta de agua ha sido problema en las tres localidades, pero ha sido ligado a diferentes causas. Esto impide la agricultura y ganadería, forzosamente haciendo que deban migrar en busca de trabajo, o deban salir del rubro de las pequeñas producciones, y por ende cambiando sus vidas y las de sus familias, en relación a la de sus padres y abuelos.

En Rinconada de Guzmanes a partir de 1989 se identifica una sequía⁴ que es probable que, aunque haya pasado por ciclos, continua hasta la actualidad, a juzgar por lo comentado en relación al agua en los cerros, como la vegetación había ido cambiando y como, luego del terremoto del 2010, se secaron ciertos puntos donde antes emergía agua. Antonio cuenta cómo en el cerro se pasó de árboles grandes a matorrales, y como la fauna silvestre se había ido retrayendo a los cerros más lejanos; ya no se veían fácilmente pájaros y animales como cuando él era pequeño.

En La Canela también hubo una sequía significativa. Ocurrió a la par de su despoblamiento generado por la llegada de ENAMI a la zona con ofertas de trabajo y por su impacto ambiental. Pasaron de 480 a 20 familias, como máximo, según Augusto que creció en el pueblo. Se detuvo la agricultura por completo y paradójicamente pudieron continuar subsistiendo un tiempo más por la demanda de carbón de las industrias.

Por otra parte, en el Valle Los Olmos, y en toda la cuenca de Chicolco y Petorca se ha registrado grandes sequías desde hace al menos 15 años aproximadamente y aun se recuerda con nostalgia los buenos años. Tito, quien vive en el Valle me cuenta como el río tenía agua todo el verano y como toda la gente sembraba en sus predios. La sequía se constata en lo amarillo de los cerros y en los patios de las casas, en tanto cambian muchas especies vegetales que lo habitan. El paisaje muta en todas sus escalas. Charola, del callejón Los Briones, me muestra en su patio como tuvo que cortar una parra porque dejó de dar uvas, por la falta de agua, y así mismo me indica los cambios de los potreros del otro lado de la calle y los cerros cercanos, mientras conversamos en el corredor.

Independiente de que ha aumentado las lluvias en relación a 3 años atrás, la situación no ha cambiado sustancialmente. Rita del callejón Los Pérez, me explica que no es suficiente las plantaciones drenan a través de pozos la poca agua que existe, haciendo imposible la existencia de las pequeñas producciones:

“Entonces que es lo que pasa, pequeños agricultores, personas como nosotros que yo quisiera tener un... ¡yo tengo un pedazo de terreno! y no puedo plantar, si no tengo agua. Ahora, podría haber hecho unas naves, y decía ¡pucha! con un poquito de agua que me vaya en la acequia, ahora hay bombas y cuanta cosa, uno tiene para hacer algo... y pueden ser unas naves de flores, pueden ser de verduras, pero no puede porque si no hay agua. Y a ustedes si no hace pozos, ahora le prohíben hacer pozos. Lo estan prohibiendo porque, por lo mismo, porque el agua se está...”

⁴ Según la línea de tiempo del taller de Desarrollo comunitario realizado en 1997 en Rinconada de Guzmanes.

Entonces hay ciertas personas que tienen sus pozos, pero no todas. Entonces, eso es lo triste aquí.”

Rita se ve imposibilitada de hacer producir su terreno por la falta de agua y lo vincula a las plantaciones agrícolas, que son quienes tienen pozos. No es la única. Jorge, profesor del Valle Los Olmos, me cuenta como él ha visto como en los cerros las plantaciones de las grandes empresas están verdes, mientras los valles están cada vez más secos.

Por otro lado, en La Canela, parte de la sequía se atribuye a la falta de lluvias, pero otra parte se atribuye a la plantación de eucaliptus que se instaló en el fundo La Canela (*ver figura C, pág. 23*). La alta demanda de agua de los eucaliptus fue secando progresivamente el pueblo, según sus habitantes, y estos se plantaron cuando el fundo cambió de dueños, con quienes los vecinos de la Canela Alta tenían relaciones estrechas ya que trabajaban ahí, haciendo más significativo el cambio, que además trajo personas desconocidas como trabajadores forestales.

La vista, desde las casas, sus patios y corredores.

La dimensión ‘cerros’ se define por posiciones, es decir, cuando se está en el pueblo, se indica a los cerros, como todo lo que está fuera del pueblo. Visualmente son espacios que se distinguen, los cerros son en parte un telón de fondo del pueblo, pero a la vez, lejos de ser inertes, son parte del pueblo ya que hay una correspondencia de las actividades en ambos espacios y para muchos, en particular quienes trabajan con animales, hay una continuidad cotidiana entre el cerro y sus casas. Aun así, los cerros y el pueblo son espacios diferentes en tanto corporalmente se experimentan distinto; la subida, los sonidos diferentes, la vista en altura que generan algo distinto, como sucede en las grutas y como sucede con los paseos, como casos fuera de la rutina.

A pesar de que este estudio se enfoca en el paisaje cotidiano de los pueblos rurales, los cerros emergieron como una dimensión significativa para conocer el pueblo, aunque pocas veces visitara directamente los cerros, y es que los pueblos se crean, construyen y reconstruyen en y con los cerros, en tanto son los espacios de lo colectivo. Para entender el pueblo, me vi obligada a subir a algunas partes por sugerencia de quienes me ayudaron en la investigación, ya que la vista del pueblo era fundamental para la comprensión de sus relatos. Así mismo, durante las entrevistas surgieron muchos comentarios respecto a las vistas a los cerros desde el pueblo, y muchas memorias se iban apoyando en esta vista, desde sus casas, desde sus corredores. Por ejemplo, esto sucedió con Sergio, coleccionista de Alto El Puerto, quien desde su terraza me indicaba los predios en donde él trabajó, y la loma donde estaba el fundo Los Prado, donde creció y de donde provenían los objetos de su colección. Así también los relatos de animales de Celso, donde el hecho de ver los animales de los cerros, identificarlos de lejos también habla de un conocimiento profundo de estas ‘vistas’ o cuando Antonio me mostró la puerta de los brujos y yo no lo podía identificar. Comentarios sobre lo verde de los cerros cuando recién había llovido, o sobre la molestia de las plantaciones me indica que esta vista es importante, porque son indicios de otras cosas (la falta de agua, por ejemplo) pero también por un sentido visual en sí mismo. Y cómo no serlo, si esos cerros son también parte de sus hogares. Como me

contó Tito, proveniente de una familia del Valle, de la herencia que le tocaba él quería quedarse con el pedazo que daba al cerro:

“Si poh', yo toda la vida aquí, aquí, esta es mi casa. Esta es mi casa y como las tías, la abuelita lo conversó con todos los hermanos, cuando estaba bien, viva, que ella le iba a dejar la casa a la persona que la cuidara hasta el último día que estuviera viva, y esa fue la tía Charo. (...) era yo el único que podía hacerme cargo así que hizo testamento ella. Y ahí yo le di un pedazo a cada tío, de esos dos tíos. Pero ellos nunca vivieron acá, van a quedar pa' los hijos de ellos, pa' los nietos. Y yo lo único que pedía era que me dejaran de la calle pal cerro.

-¿Y por qué quería quedarse con eso?

Por la vista, por la vista. Yo ya no tengo fuerza para sembrar y a pesar de que también el terreno, la mitad es mío y la mitad es de ellos dos, pero yo ya no, no estoy para trabajar. (...) Claro. Yo siempre quería hacer una casa en la parte alta para tener una vista preciosa de todo el Valle. Eso es más que nada”

Esa es la casa de Tito, pero no se refiere a la construcción donde el creció, ni siquiera al terreno. Encuentra su casa en la vista a los cerros, y fue lo que él reclamó para sí. La experiencia del habitar al paisaje también incluye el acto de observar aquello que habitamos (Cano, 2011) haciéndolo constitutivo de las identidades de cada persona y grupalidad.

III. EL PUEBLO RURAL

Cada pueblo tiene formas propias que se han ido modelado a lo largo de las trayectorias vitales de los grupos quienes lo habitan. Las formas tienen mucho que ver con la topografía de los valles centrales; el movimiento o flujo de las personas y animales está mediado por los valles, sus lomas y ríos. A la vez, a pesar de su aparente solidez, el pueblo es una experiencia cotidiana, en términos de Ingold (2010) un gran entramado de senderos generados por movimientos de habitantes, que van repitiendo o modificando, día a día y generación tras generación. Como se trata de valles, rincones entre cerros, las calles de los pueblos son curvas (*ver figuras A, B y C*). Inés, dueña de un almacén en el Patagual (Guzmanes) relaciona esta característica con que no existen muchos problemas entre vecinos:

“Como que eso acá se respeta y cada cual vive su vida, pero con respeto, me entiende. A mí me gusta eso, no sé si es porque hay curvas, no hay una calle recta, porque mi vieja era de El Tártaro y es una calle [hace gesto de línea recta] y de repente yo veo allá que es mucho pelambrerío, que si tiene este vecino el otro compite. A mí me da lo mismo tener esta pared, o sea, encuentro yo que es como que acá se valoran otras cosas. Puede también que como allá eso era fundo, entonces esta como todavía esa mente del fundo, no es que yo sea... son como más estrechos de mente, los encuentro yo (...). Claro que, si uno mira, no ve más allá poh', en cambio si uno sale afuera, ve que el vecino está afuera, el otro está afuera, entonces... [se ríe] yo me lo imagino que va por ahí, entonces como que se corta la vista.”

La mente de fundo se presenta como algo distinto a la de Guzmanes y se relaciona con sus formas. La observación de Inés tiene sentido en cuanto a la mantención de la privacidad de las casas, aspecto importante en la costumbre campesina criolla (Bengoa, 1987) ya que lo curvo de las calles mantiene de forma natural la privacidad de los grupos familiares.

Daniela, cuartelera de la Calle la Cancha, me lo explicó de otra manera: *“El Tártaro también es fome, es una calle larga y las casas están a los lados y no hay metidas como acá que tienes para todos lados”* complementándose con Inés y luego lo asoció con la falta de juventud, a diferencia de Guzmanes donde residen muchos niños y niñas. Es interesante que Daniela vincule esta situación con la forma de los múltiples pasajes. En la medida en que crece la población podría pensarse que nuevas personas, niños o niñas, van creando nuevas formas en interacción a las ya existentes, construidos por generaciones anteriores en la búsqueda de nuevos espacios habitables para situar viviendas. Nelson, a quien conocí barriendo uno de estos pasajes, me contó que se habían ido armando en la medida en que iban a pareciendo las casas, por eso tenían esas formas.

La forma del pueblo tiene que ver con la realidad de sus ubicaciones en valles y entre cerros de la zona central y sus crecimientos demográficos al no ser planificados en general, establecen formas orgánicas que avanzan en la medida en que la topografía y las posibilidades materiales lo permiten, generando construcciones que formalizan el movimiento. La presencia de nuevas generaciones es materialmente notoria.

Cuando le pedí a Jorge, profesor y oriundo del Valle, que me hiciera un pequeño mapa del Valle, Jorge comenzó por el puente que une ambas orillas del río El Sobrante, conectando el camino de Chincolco al Valle Los Olmos. “*El inicio está aquí, en el puente*” me comentó refiriéndose al inicio del pueblo, donde cambia la temperatura uno o dos grados, una vez cruzándolo. Originalmente llamado ‘El Pretil’, hasta 1966 era de madera y luego se cambió a concreto, ya que el río ese año ‘*bajo muy grande*’ y lo dejó en mal estado. Por este se concentra todo el tránsito hacia todas las localidades que están hacia la cordillera. El río se modificó en tanto se hicieron pretiles para dirigir su cauce (de ahí su nombre) que luego se transformaron en contenciones. Muchas cosas que bajan por el río quedan atoradas en ese sector. Es una convergencia de movimientos, tanto de las personas como del río, donde todos los materiales que le rodean participan y se hace parte de la superficie terrestre (Ingold, 2010). La madera de la que estaba construido, el cemento en su forma actual, las piedras para los pretiles, y así. El corte de ciertos pasos y puentes, interrumpen radicalmente la cotidianidad. En Guzmanes, me contaron como cuando subían los esteros, en Calle Nueva se quedaban atrapados por días.

Como este puente, existen otras cosas (Ingold, 2010) que se configuran como nudos de movimientos de seres humanos y no humanos, inseparables al contexto terrestre donde se sitúa. Ítalo de la Canela Alta, en su pequeño recorrido que me hizo en los alrededores de la casa de María -la que alguna vez fue su casa- me indicó dos eucaliptus que sobresalen del perfil de los árboles en los cerros. Esos eucaliptus marcaban (y marcan) el paso para todos quienes alguna vez fueron caminando o a caballo a Nogales a vender sus producciones agrícolas y carbón (ver figura 2). La importancia de estos tiene que ver con los tránsitos que los ponen en relación con otros lugares (Tilley, 1994). Los árboles permanecen, por eso sirven como marcadores y a la vez, cambian a lo largo de toda la vida.



Figura 2. Eucaliptus que indican la ruta a Nogales (La Canela).

Omar (Valle Los Olmos) siempre utiliza un pimiento para indicar la dirección de su casa. Además, con el pimiento establece cierto vínculo íntimo. Me cuenta que pone un sillón en su corredor y escucha al viejo árbol; “*lo que más echo de menos*” me comenta en relación a la estación del año “*es el sonido que hace ese pimiento cuando viene la brisa, es como una melodía*”. Me cuenta que siempre ha estado ahí y que, junto a este, antes ubicaban la cocina en su patio. El pimiento es una compañía cotidiana, un marcador de la época del año, una referencia, todo a la vez.

Otra historia interesante que muestra lo complejo de estas relaciones es la de Venera, tía de Dalila de La Peña (Guzmanes). Me contó que ella creció con quien se convirtió en su marido en el sector del Quillay y que cuando eran pequeños escribieron sus iniciales en uno de los quillay del caserío. Me contó que luego de la separación, volvió al Quillay y vio

las incisiones más grandes -por el mismo crecimiento del árbol- que permanecían ahí. Casi se desmayó del impacto y desde ese entonces no había vuelto al sector.

Los árboles en el pueblo tienen sentidos personales, estrechamente relacionados a historias o cotidianidades. A la vez, sus formas no son desapercibidas en tanto se ven de lejos y ofrecen sombra. Es como el gran algarrobo que estaba ubicado en la unión del Valle Los Olmos, el callejón Los Briones y Alto El Puerto. Muchas veces me lo señalaban como referencia para indicar cierta dirección o camino (*ver figura 2.1*). Por su privilegiada



Figura 2.1 Algarrobo en la unión de los caminos entre Valle Los Olmos, callejón Los Briones y Alto El Puerto.

ubicación, y la sombra que proyectaba, yo misma pase mucho tiempo sentada ahí, mirando y escribiendo. Mi propio tránsito convergió y se anudo con las referencias de las y los habitantes. Como estas historias sobre los árboles son tan dispersas, a veces comunes y a veces personales, vale decir que no estructuran de forma única un paisaje, no son puntos de una red, sino que existen en la medida en que convergen trayectorias cotidianas.

Además, los árboles tienen un sentido ornamental. En La Canela hay una particular preocupación por el ornato de las calles que proviene de sus habitantes. Esto en parte se debe a que luego de la masiva migración quedaron pocas personas viviendo ahí y todo lo que era espacios comunes se descuidó por la misma falta de habitantes. En palabras de Mila -quien migró tempranamente a Venezuela- cuando volvió vio que “*se había terminado La Canela*”. Me cuenta que había “*poquito alumbrado, puros viejos, enfermos... ya no estaban (sus papás) entonces las casas estaban todo abierto, ningún terreno (...) Los terrenos de las casas, no había cierros... todo abierto, todo lleno de pasto; era un desastre, y yo empecé a conquistar, a conquistar*” y por conquistar se refiere a que junto a Isabel y otras mujeres de la Canela Baja fueron cortando malezas, pintando las piedras y barriendo las calles. Actualmente, muchas de las mujeres quienes trabajan por el pueblo son mayores y desde la municipalidad asignaron a Jorge para limpiar las calles y cuidar la vegetación junto al camino. Jorge por su parte, tiene su propia historia: el también creció en La Canela, pero salió a trabajar -entre otros lugares- a un campo de golf y ahí fue donde aprendió de jardinería. Por lo tanto, hoy en la Canela Baja, en sus árboles bien arreglados con formas redondas converge aquella historia de Isabel y Mila, como fueron ‘*tirando para arriba*’ el pueblo, y a la vez, las formas aprendidas de Jorge de acuerdo a como debía lucir una planta, estableciendo además un vínculo afectivo en este quehacer (*ver figura 2.2*). Las formas de los árboles en ese tramo emergen con ellos y no son atributos ‘naturales’ pero tampoco ‘artificiales’ ya que cada especie requiere cierto trabajo y técnicas distintas. En realidad, se trata de historias (Ingold, 2011).



Figura 2.2 Árboles de la Canela Baja.

Caminos, senderos y tránsitos

El acto de moverse es tan importante como el acto de llegar en tanto este movimiento hace emerger los lugares o hitos descritos anteriormente (Tilley, 1994). El pueblo es la zona de interpenetración de todos estos movimientos, una especie de *meshwork* (Ingold, 2012). Por eso los caminos existentes en el pueblo son un aspecto fundamental de su cotidianeidad; es en las calles donde se ve el pulso del pueblo y se generan y negocian los encuentros cotidianos de sus habitantes (Bender, 2002). El pueblo va cambiando por sus tránsitos diarios, en tanto se van formalizando ciertas tareas o situaciones que se incorporan al medio material.

Lorena, artista que vive en Guzmanes, me contó que antes la micro pasaba dos veces al día, a diferencia de ahora que pasa cada una hora todo el día. Por lo tanto, cuando antes esperaban visitas, el sonido de la micro les avisaba que habían llegado. Ella lo definió como paisaje sonoro, similar a lo que podría ser un *taskscape* (Ingold, 1993). Tiene un ritmo propio, permitiendo ciertas posibilidades -llegada y salida a ciertos horarios- que conlleva requerimientos materiales para que esto suceda como, por ejemplo, que el camino este apto. Aurora, vecina, al igual que Inés, quien tiene un almacén familiar en el Patagual, me cuentan siempre ha sido común que las personas salgan a trabajar a otras localidades, sobre todo en ese sector. El padre de Inés era maestro de construcción y trabajaba en Santiago, pero vivía en Guzmanes, y él le contaba que antes no había calle, la única calle que existía era la calle nueva, pero luego los vecinos cedieron pedazos para hacer una calle donde pasara la micro “*entonces por eso es como tan angostito*” me comenta Inés, sobre las formas actuales de la calle. En 1930 se abre camino al Patagual y entre 1947 y 1948 comenzaron a transitar los recorridos de la locomoción colectiva, siendo Guzmanes un caso excepcional en esta materia. Trabajar fuera demanda transporte público y por esto las calles se enanchan, incorporándose así el *taskscape* a la materialidad del paisaje.

La progresiva introducción de los vehículos a los pueblos implicó un cambio en el sonido cotidiano. Los primeros autos en cada pueblo, incluso particulares, se vuelven hitos móviles. Lucho y Lala (Valle Los Olmos) recuerdan cuando se casaron había sólo dos autos en el pueblo, y uno de ellos era de un profesor, quien fue quien llevó a Lala a la iglesia de Chicolco ese día. Así mismo hay relatos en La Canela sobre los pocos (o primeros) autos

como sucedía con el padre de Mireya y Edith, cuyo auto servía de ambulancia. Si bien el auto genera un ritmo particular y por ende un contacto mucho más efímero con quienes están en las calles, a diferencia de andar a caballo, en carreta, en bicicleta o a pie, hay un sentido comunitario que se transforma, volviéndose usual que los autos se detengan a saludar o el moverse a dedo dentro de ciertos márgenes donde es probable que te lleve algún conocido tuyo o de tu familia. En La Canela, la micro comenzó a funcionar hace dos años más o menos, y solo dos veces al día, por lo tanto, el compartir viajes en vehículos particulares a Puchuncaví es algo sumamente común.

La presencia cada vez mayor de vehículos motorizados coexiste con otras formas de transporte, que traen al cotidiano cierto pasado. Conversando con Omar en su corredor, sentimos el galope del caballo de Celso y me comenta, cambiando de tema:

“Mira, ese hombre que anda a caballo... es como el último. Don Fernando Flores que esta viejito allá, también anda a caballo. Y ese tipo de cosas observo, mira cómo van cambiando las cosas y después ‘¿te acorday cuando pasaban los viejos a caballo?’ porque yo me acuerdo cuando en el año 48’ el cura decía no van a haber este año problemas de abastecimiento de carne, porque llegaron los rebaños de allá de Chalaco, del Pedernal y vienen bien gordos (...) Esa imagen, la bajada del rebaño, ya no se ve.”

Omar se remonta a la imagen del ganado transitando con un sonido, hablando desde la nostalgia. Es un recuerdo, pero a la vez convive en el presente en tanto Celso diariamente va a caballo para trabajar en el potrero que está sembrando. Para él el animal es necesario en su quehacer y no tiene nada que ver con tiempos pasados.

Quienes han transitado y transitan construyen la experiencia pueblo. El tránsito de ganado, como mencionó Omar, antes era más común. Lucho del Callejón Los Briones, me cuenta que por ahí era el tránsito de estos animales y de ahí viene el nombre de la calle:

“(...) hacia el Sobrante y de Chalaco para el Sobrante, y del Sobrante para el Chalaco y hacia Ovalle, para todos lados. Entonces por aquí pasaban los toros briosos. Un toro brioso es un toro medio enojado, medio chúcaro. Y por eso se llamaba Los Briones, porque pasaban toros briosos.”

En aquel cotidiano era usual ver animales cargados para intercambiar o vender, provenientes de las haciendas cercanas en el Valle. Tito cuenta que venían a comprarle de la producción familiar de chicha y licor, con cueros cosidos para transportar el líquido. Más que compras, a veces eran intercambios; traían charqui, quesos y hacían las equivalencias correspondientes. Así mismo sucedía en La Canela, además de que ellos y ellas salían a vender a otras localidades. En estos encuentros en las calles, además de desarrollarse el comercio popular, las personas conversaban y se informaban (Goicovic, 2005).

Actualmente parte del comercio cotidiano es móvil. Pasan vendedores de otros pueblos, con frutas, verduras, huevos, escobas, gas, leña, pan y otros productos. Tienen días y horarios, formas de tocar la bocina que sus habitantes conocen y a los cuales responden. Caminando por la Calle de la Cancha (Guzmanes) una tarde me tope con mucha gente

fuera de sus casas con bolsas en las manos. Luego de un rato entendí que el auto que vendía pan se había atrasado. Un cambio en el itinerario cotidiano se hace notar.

Con el cambio de transportes, cambian los caminos o viceversa. En La Canela cambio el lugar de abastecimiento de Nogales a Puchuncaví cuando abrieron ese camino para autos, borrándose la huella de los caballos a Nogales progresivamente. Sucedió lo mismo con un callejón a la entrada de la Canela Baja. Antes era la calle que llevaba a la Quebrada y por ahí pasaban en caballos y con animales cargados. Como un camino para autos tiene otros requerimientos, hicieron el camino por otra parte, convirtiendo esta calle en un oculto callejón de tierra. Son calles que se vuelven callejones porque ya no se transita con la misma frecuencia, no permite el paso de los autos. Así mismo sucede con varios callejones en el bajo del Valle. Ahora son pasadas peatonales, los caminos a pie, en bici o en caballo, dentro del pueblo se continúan utilizando con la cotidianeidad, acortando caminos, como sucede con el callejón Viterbo Cadiú para ir a Alto El Puerto.

Se arma una malla de movimientos en senderos en otra frecuencia, que van en paralelo y que se combinan con los flujos de vehículos motorizados. Todos estos cambios en el tránsito del pueblo, que lo construyen y modelan materialmente, se relacionan con el contexto socio-político (Verdugo y Murray, 2014). Los procesos de modernización que influyeron en las transformaciones del mundo rural se manifestaron en diferentes pero claros cambios materiales que en el relato y las memorias de los y las habitantes no pasan desapercibidos.

Pavimento, luz y agua

Por 'el camino de las rosas' con Temo (Valle Los Olmos), calle que antes tenía rosales a ambos lados, nos contaba que eran terrenos pantanosos y antes de estar pavimentado, los niños se iban al colegio por ahí sin zapatos para que estos no fueran arruinados por el barro. Esto mismo me contó Jorge; el colegio que estaba en el Valle llegaba a segundo básico y luego se tenían que ir a estudiar al colegio parroquial en Chincolco. Pavimentar la calle que une el Valle con Chincolco significó un cambio para todos los y las estudiantes que vivían en sectores más alejados ya que permitió nuevos transportes.

La pavimentación de los caminos es un cambio en la experiencia, tanto visual como de posibilidades y ritmos. En La Canela, la pavimentación hacia Puchuncaví permitió el flujo y llegada de vehículos motorizados, cambiado el tránsito y los sonidos del pueblo. Lindor estima que esto fue hace 45 años, pero para ojos de Adriana quien creció en la ciudad, cuando ella llegó a vivir en el año 1987 (hace 32 años) aún no había camino, probablemente refiriéndose a un camino correctamente pavimentado. Esto tendría sentido con las historias de Cristina quien visitaba La Canela porque su marido tenía parientes ahí, y contaba que cuando comenzaba a llover tenían que partir de vuelta inmediatamente porque antes los caminos eran tan malos que se quedaban atrapados por días o semanas en el pueblo. En Guzmanes sucedía lo mismo: si bien existía un camino que tenía una carpeta de asfalto en la Calle Nueva, Sergio y Sonia lo describen como "*terriblemente malos*" con "*hoyos, hoyos, hoyos, por todos lados que los vehículos apenas pasaban*". Sergio me contó que los caminos, así como en La Canela, con las lluvias se cortaban y tenía que hacer caminos

alternativos, que eran aún más complicados. Si bien se asfaltaron en 1968⁵, Quena y Homero recuerdan que cuando ellos llegaron en el 80' casi no quedaba de este asfalto. Solo el 89' lo arreglaron. Sonia de Calle Nueva -quien ha vivido en varias áreas rurales de la zona central- pone al centro de los cambios de la ruralidad la pavimentación de los caminos:

“(...) y lo más notable de cambios ha sido el asfalto; todos los sectores rurales asfaltados, antes era pura tierra, ahora no poh', ahora está todo asfaltado. Ya casi no quedan sectores rurales que estén los caminos de tierra.”

Si bien en los caminos pavimentados se muestra cierta lógica modernizadora y desarrollista, fijando un antes y un después en las valoraciones del pueblo de sus propios habitantes, es en la experiencia donde se vuelve sustancial.

Así mismo sucede con la luz eléctrica. Paulina, mientras conversábamos en el corredor de su casa me contaba, indicando la calle, cómo cuando ella era pequeña no había luz y sólo le dejaban jugar hasta tarde en las noches de luna en ese tramo de la calle de la Orilla. Con luz el día se extiende. La luz eléctrica llegó por sectores, tanto en Guzmanes como en el sector centro del Valle Los Olmos. Lucho me contó que, de vivir en el Valle con Lala, se vinieron a vivir a Los Briones para cuidar a su papá, donde no había luz eléctrica ni agua potable. En Guzmanes, La Peña fue el último sector donde llegó la luz, recién en el 94' a diferencia del resto de Guzmanes que sucedió alrededor del 80'. Las experiencias son diferentes por sectores, el Valle y la Calle Nueva son espacios donde habita la oficialidad; colegios, juntas de vecinos, carabineros, capillas, tiene sentido que las presiones modernizadoras hayan llegado ahí antes, la presencia del Estado lo demanda. En La Canela, por otra parte, la llegada de la luz no fue hace más de veinte años.

Los sistemas de agua potable junto con la luz en la mayoría de los casos llegan antes del pavimento, cambiando de forma significativa el cotidiano. Ir a buscar agua a la acequia define una serie de maneras de hacer en el cotidiano de las casas, que implicaban esfuerzos que desde la perspectiva actual son adicionales. Trasladar agua para lavar ropa y cocinar, para la higiene personal, son algunos de los ítems que se ven trastocados en cuanto a movimientos y a tiempos. Como relata Rita, ella se tenía que levantar antes de que saliera el sol para ir a buscar agua limpia a la acequia ya que, en el transcurso del día, las personas iban echando sus desechos al agua. Parte del motivo de la apertura de la casa al patio tiene sentido en el contexto donde el agua se saca de la acequia. Hay objetos como los chonchones, otros artefactos para iluminar, las bateas o tinajas para acumular agua que hablan de este momento en el pasado y que hoy se encuentran en desuso en los patios (*ver figura 3.15, pág. 103*). El agua potable, el asfaltar o pavimentar las calles, junto con la luz eléctrica generan cambios en el cotidiano que se pueden ver de forma transversal en los relatos, mencionados sobre todo como cambios significativos que ocurrieron en torno a la niñez.

⁵ Según la línea de tiempo del taller de Desarrollo comunitario realizado en 1997 en Rinconada de Guzmanes.

Diferentes sectores del pueblo

Es posible notar que, con los diferentes movimientos en los altos y bajos de cerros y valles, se generan diversos sectores dentro del pueblo, que tiene que ver con distintas trayectorias vitales de los y las habitantes. Esto depende de varios factores como la forma del terreno, si tiene agua disponible para sembrar o no y la cantidad de tiempo habitando ahí de los grupos familiares. En Guzmanes es bastante claro como la presencia de agua para riego, acequias determina los usos de los terrenos; Ruth y Urbana me comentaron sobre sus terrenos en la Calle La Orilla: Ruth tiene animales y su casa da para el cerro, en cambio la casa de Urbana da para el 'bajo', es decir, hacia el valle y eso le permitía plantar. Dependiendo de la ubicación, hay diferentes formas de habitar, diferentes formas de los espacios domésticos.

Así mismo, hay sectores con trayectorias más largas y otros con historias recientes. En el caso del Valle Los Olmos, se trata de familias con producciones más grandes que han estado en esos terrenos por muchos años, y es donde se instala con el tiempo la institucionalidad: capilla, juntas de vecinos y carabineros. Las casas más antiguas a grandes rasgos se sitúan en la calle principal y dan hacia el bajo del valle. Son grandes, de dos pisos por el desnivel del terreno y de adobe, con corredores y puertas anchas. Totalmente diferente es el Alto El Puerto. Se trata de casas y jardines de cerro, es decir, con mucho trabajo y maceteros de todo tipo logran hacer crecer verde entre las piedras y hacer habitable el cerro. Sus corredores-terrazas tienen vista a los cerros de El Sobrante. Las casas están hechas de múltiples materiales y no tienen una trayectoria tan larga en el sector; algunos provienen de la hacienda Los Prado, entre otras localidades. Combinan técnicas de auto construcción con casas prefabricadas, a veces de subsidios, que son modificadas, para ampliarlas o agregarles corredores. Se distribuyen de forma dispar en el cerro, ya que ellos han hecho sus caminos, como me contó Sergio, coleccionista y cantor, fueron moldeando el cerro en este habitar:

“Yo conocí este barrio con unas puras tres casas que había abajo no más, una que esta allá, otra por el medio, y otra al final, y resulta que esto después se fue poblando, de a poco se fue poblando. Esto tendrá 30 años, y nosotros que llegamos como hace 25 años. Cuando yo llegué aquí, este era un puro cerro no más, aquí no había camino, ni ninguna cosa. Estaba el camino de abajo sí, para peatón, para caminar a pie, no para vehículo, para caballos (...) era un puro cerro nomás, entonces nosotros para empezar, para hacer este rancho, yo tuve que hacer una excavación para emparejar, hacer un muro, hacer la tierra... y así sucesivamente, los vecinos también porque este era un puro faldeo de cerro.”

El Valle Los Olmos y sus relaciones con los otros sectores del centro es similar a lo que sucede en Guzmanes con el sector de la Calle Nueva. Ahí está ubicada la institucionalidad, que, quizás por coincidencia, pareciera reflejarse en la rectitud de la calle. A pesar de que las casas son diversas, las veredas le dan notable uniformidad al sector.

Es así como cada sector tiene particularidades. Hay sectores que están en proceso de crecimiento, como se mencionó, en el caso de la Calle la Cancha. Se trata de sitios que

han sido cedidos por personas que tenían derechos a serranía. Nelson, quien vive ahí, me comentó que se trata en general de personas que vivieron fuera un tiempo y volvieron a Guzmanes porque tenían raíces familiares. En estas migraciones traen nuevas formas, aspiraciones e ideas para construir, con casas más cerradas al entorno, trayendo patrones ciudadanos (Muñoz Ebersperger, 2018). Además, sucede que en muchos casos se trata de personas que trabajan ligadas a la minería, por lo tanto, pasan periodos significativos fuera de sus casas y esto también se nota. Así como estos sectores han crecido orgánica y desordenadamente, también hay sectores que han sido planificados a raíz de eventos excepcionales como los terremotos.

El terremoto del 71' impactó fuertemente en la zona central. En el Valle Los Olmos provocó la creación de una nueva calle. Luego del evento, Celso junto a muchas otras personas que habían perdido total o parcialmente sus casas se inscribieron para recibir una mediagua o 'mejora' de parte de una empresa (INSA) de neumáticos, según Lucho, quien también se inscribió y vivió un tiempo en una de esas casas con Laura. La casa de Lucho donde creció se desarmó en gran parte por lo que tuvieron que dejarla. Lucho me cuenta que en general el pueblo *"se vino todo abajo. Todo se vino abajo."* Las mediaguas las situaron hacia la salida del Valle hacia la cordillera, en la parte baja de este, en unas tierras que fueron donadas por su propietario. Se creó una nueva calle, recta y uniforme con esas mejoras que perdura hasta el día de hoy. María, quien vive actualmente en esa calle desde un tiempo posterior a ese terremoto, me comentó que cuando ella llegó a esa calle todo era cerro, no estaba construido. Con el tiempo fueron habitando; restaurando y ampliando las viviendas y ahora, me comentó, *'casi ni se nota que eran mejoras'*. Actualmente, sólo la uniformidad de los terrenos da cuenta de esta planificación previa ya que las casas han cambiado significativamente.

El terremoto en 1971 afectó desde Antofagasta a Valdivia. Curiosamente, aunque el terremoto de 1965 tuvo como epicentro las cercanías de la Ligua (Memoria chilena, 2019) no fue mencionado tantas veces en el Valle Los Olmos como el siguiente terremoto y podría tener que ver con este cambio que se produjo en el pueblo en la creación de una nueva calle. Los terremotos, dependiendo de sus impactos y cómo se viven, se vuelven eventos significativos en las memorias del habitar al dejar marcas en el pueblo y en las casas. Dejan en evidencia la precariedad y fragilidad de las viviendas en base de barro, exigiendo un cambio de materialidad que se traduce en la propagación de subsidios de viviendas rurales, modificando al pueblo en su totalidad en tanto se transita a nuevos materiales.

El pasado en el presente a través de los materiales

Como ya se mencionó, hubo un proceso de modelar el cerro en Alto El Puerto. Sergio fue de las personas que llegaron cuando aún no estaba todo construido y tuvo que construir caminos. Trazó caminos, veredas, armó la junta de vecinos ya que *"a los antiguos no les gustaba hacer camino, y los indios tampoco, caminaban por arriba de las piedras"*. Estas formas que Sergio ha ido generando, modelando en el cerro y los caminos, sobre las formas que ya existían, están en una lógica de modernización que responden a su experiencia en Santiago donde conoció otros órdenes y la experiencia diferencial que conllevan nuevos

materiales. Tiene una intencionalidad política clara que viene de otras partes, pero no por eso es menos propia ni afectiva. Sergio mira con orgullo cuanto ha trabajado por ‘mejorar’ el pueblo. Los cambios que él propone no siempre han sido bien recibidos, por distancia a esta lógica:

“Oiga, pero cuando estábamos haciendo esa escala para el bajo, sabe que decían los vecinos, esa veredita que puse ahí para el bajo, desde la Margarita para atrás, los vecinos decían, el Sergio está haciendo un resbalín, por eso le hice esas zanjitas. Cosa que a mí se me ocurrió. Y ¿pa' qué? ¿Por qué no lo deja natural? y ahora todos caminan por la vereda, y después que no querían, que hallaban malo lo que estaba haciendo. Entonces yo por eso hice eso y el que no quería caminar por la vereda, camina por el lado [risas] y para los caballos, porque de vez en cuando pasan personas a caballos por ahí, porque no les gusta andar, se resbalan. Entonces... así, se han hecho hartas cosas. Y yo como que tengo metido en la cabeza hacer cosas, y a los antiguos no se les daba por hacer ni una cosa, si hacían un ruka ahí, caminaban por las piedras, se echaban y se acostaban no más.”

Sergio, por las reacciones tranza y deja un costado del camino sin cemento, y es en particular para los caballos. La lógica de modernización no tapa las formas anteriores y los habitantes del pueblo no planean o aspiran en convertirlo en ciudad. Sitúa en el mismo momento en el tiempo y lo asimila en sus formas ‘lo indio’ como ‘lo antiguo’. Esto es una situación común. Lo ‘indio’ se utiliza la mayoría de las veces como una categoría despectiva, responde a un punto cero, un estadio inicial en la historia lineal del pueblo, que tiene que ver con el punto de vista del ‘desorden’ en oposición a la ‘sociedad moderna’ (Ingold, 2010) o en términos concretos a las ciudades. En La Canela esta idea la comentaron varias veces; entrevistando a Lidia me comentó que antes el pueblo era distinto y bajando la voz me confesó que vivían como indios. Isabel me comentó algo similar respecto al pueblo de su infancia. Aunque se podría insertar este dilema en el binomio tradición-modernidad, si se mira con detención en términos experienciales e identitarios, todo esto no se vive como una oposición, sino que son transformaciones a través del tiempo que no están exentas de contradicciones (Rebolledo y Valdés, 1994).

El mismo Sergio colecciona piedras ‘de indios’ con orgullo, que las mezcla en la exposición, con objetos de trabajo agrícola antiguos. Y así también sucede que muchas personas tienen en sus patios piedras de moler, morteros y me indican que las utilizaban los ‘indios’ pero también que las utilizaban sus familias indistintamente y sin mayor problema. El estigma aparece de vez en cuando y probablemente tiene que ver con los aprendizajes propios, la experiencia en la educación formal y las trayectorias personales. De todas formas, hay personas que siempre mirarán con nostalgia a los pueblos de su infancia. Cómo me comentó Neco (La Canela): *“Para mí era más linda La Canela. (...) Si, es que ahora hay casas más modernas, todo eso, pero antes eran todas de barro y techo, de barro, techo de paja.”* La belleza responde a algo afectivo, y tiene que ver con la trayectoria de Neco en el pueblo. El habitar conlleva cierto apego al lugar de origen, con sus olores y materiales, que permite la coherencia de las identidades en contextos donde ha sido transformado significativamente (Skewes, Trujillo y Guerra, 2017). El reconocimiento que Neco hace en su relato a las casas de barro, tiene que ver con este apego necesario para la conformación

de una identidad colectiva que se expresa a nivel íntimo y que no tiene que ver con situarlo como algo atrasado en relación a la 'modernidad'. Al mismo tiempo, la estimación de parte de sus habitantes por lo 'moderno' no es algo externo o impuesto y es que, para algunas personas, el aumento de canales de intercambio entre el campo y la ciudad y el desdibujamiento de estas fronteras a partir de los 60' (Muñoz Ebersperger, 2018) fue un vuelco significativo en sus biografías, en particular para las mujeres (Valdés y Rebolledo, 1994) en lo que era -y en parte sigue siendo- un contexto en muchas ocasiones machista.

De todas formas, lo indio, lo antiguo tiene su presencia en ciertos materiales por sobre otros, como mencionó Neco, el barro como sinónimo de La Canela de antes. La continuidad transformada de estos materiales es notable. Los materiales son entes activos, están en constante movimiento y sus formas son historias que han ido construyendo el pueblo dialécticamente (Ingold, 2011). El barro, así como las piedras y la madera, son y han sido, a través de sus historias, profundamente constituyente de los pueblos; en gran parte es en ello donde toma existencia el mundo rural de la zona central.

Pircas y cercos varios

Los pueblos parecen ser un caleidoscopio de materiales variados, con aun más variadas formas. Sin embargo, en la medida en que se van conociendo las historias detrás del pueblo, se dirige la atención (Ingold, 1993) a ciertos materiales por sobre otros, por el énfasis que se les da en los relatos, al darle una mirada retrospectiva a las conversaciones. En ese sentido, los cercos de pirca, las paredes de barro, de una paleta definida de colores, parecieran ocupar un lugar central en la experiencia del pueblo; en la construcción de su identidad y en las representaciones del mundo rural en general.

Las pircas, así como en el cerro, en el pueblo se encuentran armando cercos y corrales. Traen al presente un pasado, pero es un pasado que se actualiza. Íbamos con Temo (Valle Los Olmos) por un camino en una localidad vecina, y había una pared de pirca a ambos lados. Lo que a mí me parecía bien, a Temo le parecía indignante; me decía que antes esta pirca era '*bien mantenida*' contándonos que ahora al parecer no la mantenían con la misma regularidad que antes. Las pircas se mantienen; no sólo tienen un valor de antigüedad, sino que el valor (y su utilidad) reside en la actualización de la pirca. Ese mismo día, al pasar por unos corrales de pirca me los señaló como un ejemplo de pircas bien mantenidas. En algunas partes incluso tenían cemento para dejar firmes las piedras, a mis ojos se veían algo más artificiales, pero Temo las valoraba. En ese contexto, comencé a fijarme en las pircas en los pueblos y darme cuenta de que sólo algunas las mantenían y que su apariencia dependía en gran parte de la naturaleza del material, las piedras que podían ser más angulosas o redondeadas dependiendo de la procedencia. Así es como una pirca de cerro no tenía la misma apariencia que una en el pueblo, sobre todo si las piedras eran sacadas del río.

Pircar implica una maestría particular. Charola (Valle Los Olmos) lo utilizó como verbo, "*mi taita nos llevaba a pircar a nosotros*". Se necesita un conocimiento particular sobre las piedras que tiene que ver con la práctica. En la Orilla (Guzmanes) hay muchos corrales de pirca que no supe si están actualmente en uso. Conversé con dos hombres que me contaron que esas pircas tenían al menos 100 años. Pircar era lento, me dijeron, porque se

iba seleccionando piedra por piedra y que la idea era que la parte más pesada quedara al centro para darle mayor estabilidad. Las piedras más grandes iban abajo y las más pequeñas iban arriba, haciéndolas calzar de acuerdo a la forma, similar a lo que me comentó Charola en el Valle: “*tiene que ir buscando la piedra*”. La persona entendida en pircar no planea previo al ejercicio cómo será el resultado, sino que se une a las fuerzas del material, las piedras, para construir un muro y a través del hacer, va pensando (Ingold, 2010, 2013). Y para que quedara más firme, me dijeron los hombres, era posible incluirle barro entre las piedras, lo que se conoce técnicamente en el campo como mortero. Yo les comenté que había visto pircas con barro y otras sin, y ellos me confirmaron que podía ser. Tienen diferentes combinaciones y soluciones (ver figura 2.3). Por ejemplo, cuando se utiliza como cerco le dan a veces una terminación distinta. En la parte superior arman un ‘cajón’ con madera relleno de piedras y barro, llamado barda, dándole una forma redondeada que al parecer la hace más duradera. En la casa de Charola, habían hecho una combinación de pircas hasta cierta altura con tapial. El tapial, así como el adobe y la quincha es otra forma de construcción a partir de barro que se puede ver en las construcciones del tipo vivienda.



Figura 2.3 Detalles de pircas diversas (con barro y piedras de orígenes diferentes).

Las pircas van transformándose con el tiempo en otros cierros. María (Valle Los Olmos) quien vive en la calle que se construyó después del terremoto, me mostró amablemente su casa y me llevó a la parte de atrás que da al cerro para mostrarme donde tenía las cabras. Tenía un muro de contención muy alto, que era un entramado de piedras con cemento. Me contó que antes había una pircas ahí, pero con el ir y venir de las cabras, se desarmaba seguido y tenía que estar constantemente recogiendo piedras. Cambió por esto el muro, por la solución con cemento utilizando las mismas piedras que pertenecían a esa pircas. Con eso en mente, comencé a fijarme en los muros de ese estilo y encontré muchísimos. En

esa misma calle actualmente hay tramos con pirca y hay tramos con otros tipos de cierres, pero todos al mismo nivel y posición que tiene que ver con el que esa calle fue planificada. Se podría suponer que originalmente había un cerco de pirca continuo ya que, en varias casas, se reemplazó ese cerco con otras soluciones como la de María creándose una visualidad continua con las otras pircas, además de aprovechar el mismo material disponible (ver figura 2.4).



Figura 2.4 Casas y cercos de pircas de la calle que se construyó luego del terremoto. Se ven algunas 'mejoras' (Valle Los Olmos).

El barro, la madera o las piedras son materiales que están a mano y que, a la vez, las formas que se arman son fácilmente modificadas en el tiempo por el ambiente. El mayor ejemplo es en La Canela, considerando que en un momento vivieron 800 personas ahí -y ahora no más de 60- y no hay rastros de tantas casas.

De todas formas, no se puede ni se debe esencializar esos materiales. Para personas entendidas en la materia, no todas las maderas son iguales, no toda la tierra sirve para construir y no todas las piedras actúan de la misma manera. Por lo tanto, la diversidad de materiales también existía antes, con la atención de los conocimientos de quienes saben construir. Así como ahora hay casas que son combinaciones de cemento, barro, madera, casas de subsidio ampliadas o modificadas, materiales prefabricados, antes también había categorías de maderas, entre adobe, distintos tipos de adobe, en contraste con la quincha o el tapial. Rolando (La Canela) me explica que la tierra para construir se obtiene de lugares particulares del cerro, y que las maderas sirven para distintas partes de las estructuras, por ejemplo, el Eucalipto no debe ponerse con contacto con el suelo porque se echaba a perder rápidamente, el horcón⁶ de la casa era lo único que podía ser de ese tipo de árbol para las casas de quincha, y en el resto se utilizaba quebracho y corazones de litre.

⁶ Definido por la Real Academia Española como: "Madero vertical que en las casas rústicas sirve, a modo de columna, para sostener las vigas o los aleros del tejado".

Vestigios y ruinas

Por los mismos terremotos, las migraciones y el simple paso del tiempo, muchas de las viviendas de barro, donde crecieron los adultos de hoy, se han ido desarmando y envejeciendo, cambiando su uso o quedando en el abandono, participando de la vida social del pueblo como vestigios o ruinas. Como me comenta Mireya de las casas de La Canela: “Se fueron cayendo, solitas se empezaban a caer. Porque una casa que no se habite, que no esté habitable se envejece, se envejece.” El flujo vital del barro es tender a desarmarse, si es que no se actualiza a través de su uso cotidiano.



Figura 2.5 Casa abandonada en la Calle Nueva con la Calle de la Cancha (Guzmanes).

Las casas de barro, ya sea quincha, tapia o adobe, se utilizan como referencia a cierto pasado en el pueblo. Encapsulan cierta historia que al no desaparecer estas, la historia construye activamente el presente. Era usual que cuando notaban mi interés por las casas me indicaran alguna casa de barro, muchas veces abandonada, que encarnaba ese recuerdo de las casas de sus infancias o de las historias de sus padres y madres. Como una casa en la esquina de la Calle de la Cancha con la Calle Nueva, a la que hacían referencia para contarme de la casa donde crecieron (ver figura 2.5). Incluso, en el Valle de Los Olmos y en La Canela me sucedió en diferentes contextos que me recomendaron visitar casas que estaban vacías, solo para que pudiera ver cómo eran las casas ‘antes’. Ambas casas las visite con otras personas, no con los verdaderos dueños/as y en ambos casos, las visitas eran usuales, yo no era la primera visitaba a raíz de trabajos de investigación.



Figura 2.6 Portal que ya no se ocupa (Valle Los Olmos).

La función de estas casas es de marcadores mnemotécnicos (González, 2018) que guardan memoria y a la vez construyen identidad, utilizadas como elementos educativos para las nuevas generaciones no es solo exclusiva de las casas, a veces se trata de otros elementos vistosos como carretas. Aunque muchas veces no han sido mantenidos ahí de forma consiente como a lo mejor si sucedía con las casas que visité, nadie decide moverles desde el momento del abandono, siendo en el presente, vestigios de un pasado evidente.

En el patio delantero de una casa en el Valle, hay una casa en ruinas, en el patio y un poco más adelante, junto a la casa de Jorge, profesor del Valle, dejaron intencionalmente un portal viejo, con puertas de madera cerradas con candado (ver figura 2.6). Cuando le pregunto a Jorge por estas, me dice que están ahí por ‘recuerdo’. En Guzmanes, hay una casa nueva que están construyendo, y decidieron dejar el portal de barro de la casa anterior.

Cabe preguntarse los efectos de estas ruinas, vestigios de pasado en el presente cotidiano del pueblo. La actitud *conservativa* (González-Ruibal, 2003) se nota en tanto se establecen una relación afectiva con aquellos vestigios, en tanto son productos de una habitabilidad (Skewes, Trujillo y Guerra, 2017) sumado a la circunstancia que fueron construidos por ellos o ellas mismas, o alguien cercano. No se desecha porque puede servir eventualmente para otra cosa. Esto tendría sentido además en el caso de que materiales de este estilo que son reutilizados, como piedras de la pirca como el nuevo muro con cemento y como en algunas pircas era posible hallar partes de lo que alguna vez fue una piedra de molino. O, por ejemplo, en la reutilización de habitaciones que ya no están en buen estado como bodega, gallinero o pajero.

A la vez, sobre el portal que habían mantenido en Guzmanes (*ver figura 2.7*) donde atrás hay una casa nueva, me contaron que al parecer los dueños eran de Santiago. Es probable que no haya un vínculo afectivo histórico y se establezca una relación *conservadora*, donde se trata de un vínculo simbólico con este vestigio, en relación a lo típicamente rural. Se produce una *singularización* (Kopytoff, 1991) de esta clase de construcciones; como lo rural está cambiando, lo que queda de esta ruralidad de antaño se vuelve particular y obtiene un valor agregado que conviene conservar. En ese sentido, la valoración por las cosas 'antiguas', vestigios o formas de construir también podría tener que ver con esto, con su menor disponibilidad en el mercado en el amplio sentido, folclorizándolos.



Figura 2.7 Vestigios del frontis de una casa antigua, delante de una nueva (Guzmanes).

Lugares de encuentro

En los pueblos se produce la vida en común. Sucede en los encuentros cotidianos en las calles y en sus movimientos, así como en lugares específicos. Las escuelas ocupan lugares centrales en las narrativas colectivas de los tres pueblos. En las trayectorias de varias personas que residen en el Valle Los Olmos destaca la escuela parroquial, ya que la escuela pública que estaba en el Valle en un principio cubría pocos cursos. Esta se instaló la escuela en 1943 hasta 6to de humanidades y desde ahí hasta ahora han pasado muchas generaciones que se han educado ahí, abuelos/as, hijos/as, nietos/as y bisnietos/as, como en la familia de Aida de Alto El Puerto. Aida tiene en la sala de estar todos los diplomas de la escuela colgados, de hijos y nietos.

En la escuela parroquial se reunían personas de diferentes localidades, generando lazos en toda la cuenca, más allá que sólo en el pueblo. Actualmente en el mismo Valle no hay escuelas y la escuela parroquial es una de las varias opciones disponibles en localidades cercanas.



Figura 2.8 Escuela antigua en la Calle de la Orilla, donde comenzó las clases el abuelo de Homero (Guzmanes).

continúa en pie (ver figura 2.8). Su abuela Rosa, por otra parte, formó una escuela de mujeres ubicada en la Calle Nueva, donde actualmente está el colegio. Tiempo después se fusionaron y normalizaron la escuela. Venera, quien vivía en el Quillay, contaba como tenía que caminar mucho a la escuela en la Calle Nueva, así como Dalila y como actualmente sucede con sus hijos, que ahora solo caminan a un paradero donde pasa una micro. De todo Guzmanes caminan y caminaban a la escuela, ubicada casualmente justo al centro de este. A diferencia del Valle, esta escuela continúa y por generaciones han asistido, creando comunidad en tanto vecinos y vecinas fueron en varios casos compañeros de curso en la básica, incluso cuando en la media se van a otros colegios a Putaendo o San Felipe. Daniela, cuartelera de bomberos, me hablaba de las 'generaciones' de sus hijos en el pueblo, es decir, conocen a niños/as de cada generación, en tanto asisten la mayoría asiste a la misma escuela.

En La Canela, hubo un momento en que la población era de tal magnitud que coexistieron dos escuelas, una en la Canela Alta y otra en la Canela Baja. La escuela de la Canela Baja se vino abajo por un terremoto y continuó un tiempo en una sede con mucho menos niños hasta que se cerró. La otra escuela, si bien en los 70' contaba con 72 alumnos, según María del sector, para el 87' quedaban sólo cuatro y tuvo el mismo final, solo que duró pocos años más. Las gradas de cemento -o pisaderas como me las nombraron- todavía están a pesar de que el terreno fue cerrado con una pandereta y convertido en un templo evangélico. Las pisaderas no llevan a ninguna parte, son tres escalones que terminan en la pared; sin embargo, a vista de todos, es como si la escuela siguiera ahí por las incontables veces que me las mencionaron para indicarme que ahí estaba la escuela. Su relevancia se aprecia en el hecho de que cuando decoran el pueblo para las fiestas, pintando de blanco piedras, maceteros y árboles, pintan así mismo los escalones (ver figura 2.9).



Figura 2.9 Peldaños de la escuela de la Canela Baja.

En todas las sociedades existen monumentos, cosas que se protegen de la mercantilización sobre todo de parte del Estado, reafirmando su poder de esta forma (Kopytoff, 1991). Se podría pensar que las pisaderas de la escuela -sin escuela- es un monumento a la infancia y quienes se reafirman como soberanos en ese caso son quienes estudiaron ahí y por lo tanto conocieron aquella Canela anterior, agrícola y poblada, en un contexto donde las formas de los materiales son frágiles -las casas de barro se desarman- y no hay memorias oficiales, más que los recuerdos.

La escuela impacta en la vida familiar y los diplomas de la escuela y estudios en general se sitúan en un lugar privilegiado de exposición en la casa. Esto sucede en los tres pueblos, pero más en Guzmanes y el Valle, ya que hay muchos más jóvenes y niños a diferencia de la Canela, donde hay muchos más adultos mayores. Los diplomas de hijos/as se exponen porque significan orgullo, y en muchos casos se trata de aquello que sus padres, madres o abuelos no alcanzaron por diversos motivos. Como la escuela ya no existe en La Canela, es fácil reflexionar en torno al lugar que ocupaban antes esos espacios. Como me comentó Edith:

“Entonces ¿qué pasó? los niños se empezaron a ir para estudiar y el que se va a estudiar no vuelve, porque ya estudia una carrera y después trabaja por allá, viene a dar una vuelta, pero se va. Se forma en otro lado, se casa, se forma su familia... Antiguamente no poh, como los papás no podían darles estudios los hijos se quedaban todos al lado de ellos. El que se casaba emigraba y el que no, se quedaba con los papás.”

En resumen, la escuela cumple un lugar significativo en la composición de los pueblos ya que las escuelas permiten la continuidad de los pueblos, sino la migración es inevitable. Mucha gente me contó que se vino de localidades más apartadas al Valle en busca de escuelas. No querían que sus hijos caminaran todo lo que ellos y ellas caminaron. A la vez, las escuelas han cumplido un rol fundamental en las transformaciones sociales, haciéndose visible el impacto de parte del Estado a través de las reformas educativas sobre estas en los años 60' y comienzos de los 70', y el posterior acceso a establecimientos de educación media y superior (Valdés y Rebolledo, 2015).

Hay otros lugares de encuentro significativos y evidentes que están formalizados, con narrativas propias sobre su historia y la del pueblo, como son los clubes deportivos, las sedes vecinales y las capillas o iglesias. En La Canela había clubes deportivos, que por falta de jugadores se cerraron, pero tanto en el Valle Los Olmos y sus sectores aledaños, como en Guzmanes, hay varios clubes de futbol activos con trayectorias históricas rastreables. En la casa de Charola es fácil encontrar elementos de los clubes locales donde ha jugado. La canchas no sólo conglomeran a jugadores, sino también a sus familias y amigos/as que alientan al equipo. En La Canela, aunque no hay club deportivo, todos los años a fin del verano se hace un gran campeonato de futbol y asisten personas de muchas localidades distintas. Esto se realiza en la cancha del fundo La Canela que siempre ha sido la cancha del pueblo.

Las sedes vecinales también son lugares actuales de encuentro, son el espacio de las actividades comunitarias. En La Canela la sede cumple un rol significativo, y es que además

de estar junto a una posta, todas las celebraciones, ya sean religiosas, aniversarios, reuniones con autoridades municipales o eventos a beneficencia como bailes o platos únicos, ocurren ahí. La sede genera y a la vez es una expresión de todo lo comunitario.

Es importante considerar que las sedes vecinales y los clubes deportivos agrupan a distintas personas de diferentes rangos etarios. Los y las jóvenes tienen otros lugares además de estos; en Guzmanes, el cuartel de bomberos agrupa a quienes participan en las brigadas juveniles de bomberos que organiza Antonio o amigos de él y Daniela. En el cuartel conversan, juegan pool, ven películas. En el Valle, es común ver jóvenes en grupos pequeños en el mirador del cerro El Cristo.

Las iglesias y capillas también son punto de encuentro en determinadas ocasiones. Isabel me contó sobre la capilla de la Canela Baja que hicieron una primera construcción de quincha, la segunda a modo de arreglar la primera, se hizo de adobe y esta se cayó con el terremoto del 65', y ahí fue cuando se construyó la actual. Las trayectorias de las capillas e iglesias suelen ser rastreables si se conversa con la persona indicada. Muchas celebraciones que marcan las edades de la vida, como bautizos, nacimientos, matrimonios y defunciones (Valdés y Rebolledo, 2015) trascurren en parte en la capilla o iglesia y en parte fuera de los espacios propiamente comunitarios, adentrándose en los espacios domésticos.

Otro lugar de índole religiosa que genera encuentro son los descansos de cruces, donde usualmente hay espacios para sentarse. Como santuarios inmersos en los pueblos, es común ver a alguna persona de vez en cuando poniendo flores o velas. Esto sucede en Guzmanes y en La Canela. En la cruz de la Calle de la Orilla conocí a Ruth y Urbana, quienes me contaron de estas y los velorios que se realizan. Junto a la cruz principal hay una serie de piedras con minerales, que dejaron mineros, que las suelen dejar '*para que les cuide en el trabajo*' me contó Urbana. Una porción de cerro se encuentra en ese espacio, notándose el transito vital de las personas (*ver figura 2.10*).



Figura 2.10 Cruz de la Orilla y abajo, detalle de las piedras a los pies de la cruz principal (Guzmanes).

La comunidad y estos lugares son en la práctica lo mismo (Ingold, 2012) ya que ahí es donde esta se evidencia. Los cerros, de cierta forma, también lo son, solo que, por los procesos actuales de mercantilización de las tierras, han ido progresivamente limitando los movimientos por estos. En el pueblo, la comunidad pareciera hacerse evidente en tanto en estos lugares convergen trayectorias de personas que se interceptan y se anudan. La escuela, la capilla y posteriormente la cancha del club deportivo, son lugares que históricamente han convocado los miembros de la comunidad campesina a encuentros esporádicos (Valdés, y Rebolledo, 2015). La comunidad se objetifica en ciertas construcciones, personas y objetos como él o la profesora, el cura, una bandera, la polera del club.

No todos los puntos de encuentro están normados por alguna institución u organización ni tampoco están necesariamente limitados por construcciones que norman el movimiento. Los lugares no se pueden pensar como contenedores de personas (Ingold, 2012) y esto queda más claro con la existencia de espacios en la calle que por razones misteriosas se constituyen como centro sociales. Por ejemplo, en la Canela Baja hay un punto donde la calle se ensancha, hay una cancha de rayuela y una banca. Ahí ponen los anuncios para reuniones en un pequeño mural. No es raro ver a personas conversando en ese punto. En la Canela Alta, por otro lado, justo al costado de la capilla hay dos bancas. La micro se estaciona ahí todos los días. Me contaba Rolando que cuando él era pequeño en ese punto -incluso cuando no estaban las bancas- se juntaban a contar historias y conversar en las noches de verano. Hacían fuego y ahí se reunían. También se hacían pequeñas pichangas. Son puntos sutiles en el pueblo que, al ser La Canela tan pequeña, se vuelven más identificables.

En el proceso de objetificación que sucede en estos lugares, sean establecidos con organizaciones e instituciones o no, surge la conciencia y autoconciencia (Miller, 2005) del pueblo como colectivo que, como paisajes, tienen su propia memoria que deriva en identidades (Skewes et al., 2011). En la sede de la Canela Baja, esto es bastante claro: hay diplomas y reconocimientos en sus paredes, y fotos de personas fallecidas parte de la comunidad. También hay fotos de un evento cuando se celebró para el aniversario de los 60 años de la comuna de Puchuncaví y todos se vistieron como se vestían antiguamente: mujeres de negro y los hombres con gorro y poncho, con ojotas y pantalón arremangado. Varias fotos que están en la sede son de aquel día (ver figura 2.11). La construcción de memoria es constante a través de objetos y en particular este tipo de representaciones, de contacto diario.



Figura 2.11 Imágenes presentes en la sede vecinal de la Canela Baja.

Engalanar el pueblo: paisajes estacionales

Los encuentros también suceden por ciertas fiestas y en la Canela Baja esto queda muy claro. Hay una particular preocupación por el ornato del pueblo, que fue mencionada antes a raíz de los árboles, donde vecinas se organizan para pintar las piedras y los postes a modo de darle una estética unificada. Se ponen de acuerdo en el color para salir un día todas a pintar. Al parecer la mayoría de las veces eligen el color blanco. Además, para todas las navidades, fiestas patrias y semana santa decoran la calle principal (*ver figura 2.12*). Cristina quien conoció La Canela ya casada, recuerda vívidamente como, incluso



Figura 2.12 Decoraciones navideñas en la Canela Baja.

cuando se trataba de exclusivamente casas de barro, hacían guirnaldas y pintaban lo que podían dependiendo de la época. Caminando por el pueblo con Isabel, me mostró un árbol de un vecino suyo que había fallecido hace poco. El árbol estaba lleno de adornos; Isabel le había adornado su árbol como él solía hacerlo. Eso demuestra el carácter comunitario del asunto y la importancia de estos gestos en el cotidiano del pueblo y su identidad comunitaria.

Así como ciertas eventualidades generan paisajes estacionales, con las fiestas religiosas los pueblos se transforman temporalmente. Muchas veces son eventos de un día como sucede con la virgen del Carmen, o 'las cármenes'. Los encuentros, al tratarse de procesiones son dislocados en el pueblo, no tiene un lugar, pero están anclados físicamente a través del cuerpo (Bender, 2002). Se celebra el 16 de julio, pero el día puede variar para que caiga un sábado. Hacen una procesión donde sacan a la virgen de la Iglesia y la llevan a una gruta que queda a la subida entre Canela Baja y Alta, acompañados de bailes chinos y cantores a lo divino que son invitados de forma especial para la fecha. Luego, se van todos a la sede donde se sirve comida a los chinos en modo de agradecimiento y comienza la fiesta. Por ese día, el pueblo crece porque llegan familiares de otras localidades. Para preparar ese día, pintan todas las piedras y postes blancos, y cuelgan banderas de lado a lado de la calle (*ver figura 2.13*). Antes las banderas se hacían de papel y ahora son de género. Si bien la celebración es un día, las decoraciones permanecen más tiempo. Esta es la fiesta más significativa de la Canela Baja y su continuidad para Mila o Isabel no se pone en duda: *"Eso, ya eso yo creo que va a ser eterno hasta que haiga gente aquí poh - Hasta que nosotros vivamos, ojalá después sigan."*



Figura 2.13 La Canela Baja decorada con banderines para la fiesta de la Virgen del Carmen.

Así mismo sucede con la virgen de Andacollo el 25 de diciembre, la fiesta más importante de la Canela Alta. Se hace una procesión con la virgen acompañada de bailes chinos, alférez y cantores a lo divino desde la capilla hasta un altar que se arma en una casa esquina, hacia la Canela del Medio. María de la Canela Alta, me comentó que los últimos años no habían invitado bailes chinos de otras localidades porque después la fiesta era muy caótica y se tendía a asociar con alcohol. Muchas fiestas religiosas históricamente eran ámbitos de sociabilidad etílica, y el mismo consumo llevaba a riñas y desencuentros (Goicovic, 2005). Antes había bailes chinos propios de la Canela Alta y Baja, y aunque no hay alférez ni tamborileros, hay chinos parches, es decir, personas que ya no viven ahí, hijos de quienes conformaban el baile antes, que igual bailan en las fiestas con las flautas y los trajes que están guardados. María me contaba que antes tenían incluso hasta 10 chinos por lado en la formación, indicado que eso era una cantidad significativa.

Rolando, de la Canela Alta también me contó que el 'chinea', "*todavía*" me dijo "*cuando no me sienta bien, entrego la flauta y no chineo más*", y es que hay personas que tienen mandas o compromisos y chinean hasta el final. Rolando aprendió cuando era pequeño, en las tardes entrenaban chineando para poder durar más en las fiestas y ahí comenzó a mirar y aprender, luego saltaba entre medio "*hasta que uno pillaba como era la mudanza*". En su casa siempre debía haber un chino al menos, por obligación, tenía un tío tamborilero, y después continuó la labor un hermano de Rolando, y le dijeron que él tenía que ir aprendiendo para cuando le tocara.

Los bailes chinos, con su estética particular, sirven para manifestar devoción a la virgen y los santos y expresan la fe mediante la música y la danza (Goicovic, 2005). En Guzmanes también hay bailes chinos, pero es curioso: fue Don Benito, oriundo de Chincolco quien trajo las bailes a esa parte del Aconcagua. Cuando él llegó, los más antiguos recordaban que hace mucho tiempo había bailes chinos y luego se acabaron. Actualmente existen dos bailes chinos en Guzmanes: Baile chino San Isidro de Guzmanes, que comenzó Don Benito y su familia, donde participan en distintos eventos del pueblo (la virgen de Carmen, la cruz de mayo y velorios en general) y Baile Chino Aconcagua Salmón que comenzó a partir de la familia de la artista Lorena Veliz, que se desmarca de lo católico acentuando los aspectos

indígenas del mismo. Los velorios a la cruz son comunes y estos incluyen bailes chinos, alférez, cantores a lo divino y comida comunitaria. Según Ruth, al igual que Benito, hay muchos cantores a lo divino en Guzmanes. Estas formas de celebración en los pueblos sería un ejemplo de taskscape (Ingold, 1993) en tanto son paisajes temporales que se experimentan mientras son performados.

A diferencia de estas fiestas que duran un día, la tradición de la Virgen Peregrina de la Merced de Chincolco dura varios meses. La llegada de la virgen a cada pueblo genera cambios: las personas decoran las entradas de sus casas para recibirla y arman altares dependiendo del caso. Ema cuenta que con su madre decoran la calle con flores y la sede de la junta de vecinos de Alto El Puerto. Muchas veces las decoraciones dependen de la casa que la recibe o la localidad por donde se traslada. Como me comenta Rita:

“O sea, le hacen, a la virgen le arreglan las calles. Por donde va a pasar la virgen le arreglan las calles, con flores, con globos, con lo que quiera y a la virgen le arman un carro con distintas cosas. Por ejemplo, puede que venga de Chalaco, y le hacen un altar con arreglo, depende de lo que ellos plantan allá. El año pasado, o ante pasado, no sé qué año fue, la traían en una mitad de una naranja. Allá tienen naranjas. Depende de donde viene le hacen su carro.”

En el altar se decora con algo que identifica a la localidad, es decir, se arman representaciones de esta. La fiesta además exige ciertas actitudes y atuendos. En palabras de Omar (Valle Los Olmos): *“Pero siempre fue así, era tan importante la llegada de la virgen que yo me acuerdo de que cuando era chico mi papá que nunca nos compraba zapatos, para la virgen nos compraba zapatos poh’. Era un acontecimiento. La mejor ropa para recibir a la virgen.”* Si bien Omar habla del pasado, recalca que continúa siendo así, antes se recibía con once y cena para toda persona que asistiera, actualmente se comparte algo no tan elaborado para comer, como queques o bollo, ‘muestras de cariño’ que dependen de las costumbres propias. Las casas se abren al pueblo, cambiando los espacios de la vida familiar a un espacio abierto de uso comunitario (Soto, 2018) donde cualquiera puede ir a visitar a la virgen. Se abren corredores y salas de estar para recibirla, iluminándose una casa en particular dentro del pueblo en la oscuridad de la noche, mientras salen melodías de cantores a lo divino. Los cantores provienen de distintas localidades y alaban a la virgen haciendo un contrapunto con otro cantor, cantando versos *“rasgados de adentro”* en palabras de Omar.

La segunda vez que fui a la casa de Charola (Valle Los Olmos) fue durante una alojada de la virgen y la transformación era significativa. En el portal de entrada había puesto dos hojas de palmeras unidas por las puntas y cierto sector de su casa que correspondía a un dormitorio estaba abierto, había al fondo de la sala un altar donde estaba la virgen, velas, flores y otros santos, junto con una foto de sus difuntos padres. La sala parecía convertida en una pequeña capilla, con rosarios, cuadros y santos en las paredes. Junto a la virgen en las primeras filas, estaban los cantores a lo divino, cantándole en su ritmo particular. La habitación estaba llena y afuera, sentados en bancas y pisos había más personas, comiendo bollos y tomando té.



Figura 2.14 Altar en casa de Charola para alojada de la Virgen de la Merced. A los pies de la virgen, la foto de sus padres (Valle Los Olmos).

Para Charola, la foto de sus padres en el altar tiene que ver con que para su madre era muy importante recibir a la virgen y él continua con su legado (ver figura 2.14). Benito, quien llevó los bailes de Chalaco a Guzmanes, me contó que tenía una manda con la virgen de la Merced, y al migrar a la cuenca vecina, llevó con él la tradición. Hace velorio a la virgen tal cual como lo hacía en Chicolco, pero ahora con otra virgen, convirtiéndose en un espacio de certeza dentro del contexto del cambio (Skewes, Trujillo y Guerra, 2017). Esto pone en perspectiva esta tradición de

origen colonial: es comunitaria y a la vez de carácter muy íntimo, personal o familiar. Por lo mismo, hoy continua de forma muy viva, pero no exenta de transformaciones. Omar cuenta que han ido cambiando las circunstancias de la celebración, porque, por ejemplo, las alojadas no pueden ser toda la noche porque las personas trabajan al día siguiente. Como se demora más pasando de casa en casa, ahora el movimiento de la virgen continua hasta el verano. Comienza el 15 de agosto en Chicolco, pero la fecha de término siempre varía.

Paisajes familiares: “Ese era nuestro mundo”

Al tratarse de pueblos pequeños, donde existen grupos familiares que han continuado por generaciones habitando -cualidad propia de los pequeños propietarios tradicionales- muchas veces pareciera tratarse de *paisajes familiares*, al construirse el pueblo discursivamente como un mosaico de apellidos. Las personas se ubican en el paisaje dependiendo de las relaciones de parentesco. En La Canela, varias veces me preguntaron con quién estaba emparentada, para ubicarme en sus paisajes cotidianos. Cuando yo preguntaba por algo, una casa que tenía alguna particularidad, los puntos de referencia eran las familias de alrededor o la relación de esta con la familia de quien me estaba hablando. Así me sucedió con Rita a quien le pregunté por una casa con un chemamull, que siempre estaba vacía y me contó que era de unos parientes de una tía de ella.

Los grupos familiares no siempre están localizados en un lugar, a veces atraviesan sectores; de todas formas, van dejando marcas, huellas en las mismas calles. En el sector centro y en particular en el Valle Los Olmos esto es muy notorio: las calles tienen nombre de apellidos de familias. Un ejemplo de esto es el callejón Viterbo Cadiú, de la familia Cadiú. Viterbo fue quien cedió ese terreno para hacer ese callejón. Juana Cadiú, artista del Valle, me contó que antes se utilizaba normalmente ese callejón, pero hace poco se había formalizado y le habían puesto un cartel con el nombre. El callejón Los Pérez es otro ejemplo. Conversé con Rita Pérez y le pregunté por el nombre del callejón:

“O sea, prácticamente digamos que por mi familia también porque, por ejemplo, aquí el abuelito era Pérez. Tenía unas primas que eran Pérez, tenía otros primos que eran Pérez más allá. O sea, en realidad, eran la mayoría de los propietarios eran Pérez. Entonces le pusieron calle Los Pérez, porque tiene salida al río. El otro también le pusieron Pérez porque también había Pérez ahí, los primeros que llegaron a ese callejón eran Pérez entonces que pasó, que le pusieron Pérez y ese es callejón porque no tiene salida.”

El nombre del callejón, a veces llamado calle, responde a la familia que habitaba ahí, y que aun habita ahí de forma menos extendida. Hay dos callejones Los Pérez, al parecer en algún momento estuvieron conectados, pero no fue posible establecer la diferencia entre ambos. Hay uno que es mucho más ancho, donde los vehículos pueden llegar hasta la ribera del río, por eso este tiene un cartel y pareciera ser más ‘oficial’, el otro, aunque no tiene cartel, todos saben que se llama callejón Los Pérez también. Vemos que las calles no necesitan carteles indicativos porque los nombres hacen referencia a quienes habitan ahí, tanto personas como otros hitos o especies. Por ejemplo, el cerro El Cristo, ‘el camino de las rosas’, o como sucede en Guzmanes que es aún más notorio: la Calle de la Cancha y la Calle de la Orilla.

Esta familiaridad de los paisajes (tanto de los grupos familiares como de sus materialidades) es uno de los motivos por los cuales las personas vuelven a vivir a los pueblos, luego de haber migrado para estudiar o trabajar. Como conversaba con el mueblista Mario Parra, del Patagual cuando le pregunté por qué volvió:

“Porque aquí tengo toda mi familia casi. Tengo dos hijas, grandes ya, trabajan. (...) Antes vivía con mi mamá, se murió, los demás hermanos se fueron pa' distintas partes. Hay como 3... tengo otro hermano del puente hacia arriba y una hermana un poquito más arriba del puente, una casa. Y la otra... (...) Ahí vive la otra hermana.”

Sitúa, en referencia a su casa actual a sus parientes que viven cerca armando un paisaje conocido que le permite volver en cualquier momento. Así como Mario sitúa a sus parientes describiéndome su paisaje, muchos entienden el pueblo como una composición de grupos familiares, y aunque muchas veces están mezclados o relacionadas, los grupos familiares se sitúan en las posiciones que estos tenían en la propia infancia. El mapa de la niñez no se olvida fácilmente y está constantemente superponiéndose a las distribuciones de las casas y grupos familiares actuales. Celso, al contarme como era el Valle cuando era pequeño, comienza a indicarme el orden de ese momento:

“Sipoh', ahí para allá no había ninguna casa. Ahí pa' allá. La casa que había era una que se hizo tira, aquí en el bajo, frente acá había una casa. La otra estaba más allá, la de los Villa, después estaba la de Doña María Fernández y los Orellana, después ahí siguieron unas casas más antiguas para allá. Y aquí para abajo, era esta casa (...) Y por aquí por la orilla para acá, por donde estoy yo, por este mismo lado de la calle había una casa alta, donde el Terremoto.”

El Terremoto es un local actual, y María Fernández ya no vive ahí, y al parecer los Orellana tampoco. Lo mismo me sucedió con Jorge, profesor oriundo del Valle. El mapa del Valle

que me dibujó terminó siendo un mapa de las familias que habitaban el pueblo, antes de los 70', durante la infancia y juventud de Jorge. Luego de terminar de relatarme sobre cada grupo familiar, además de ir actualizándolo, indicando quienes continúan ahí, me comentó:

“Esos eran mis recuerdos antes de los 70', como eran pocas casas, ese era el recorrido que hacía, de aquí para allá y de aquí para allá y ese era el mundo de uno (...) Ese era nuestro mundo. En la tarde jugar a la pelota, pero primero había que haberle dejado cegado pasto a los animales, todo eso previo. Había que ganarse el permiso para ir a jugar a la pelota.”

Jorge sitúa todo este mapa en la cotidianeidad del trabajo agrícola de aquel entonces en el Valle. Ese era su mundo, y en cierto sentido, continúa siéndolo porque el paisaje continúa siendo familiar. Incluso quienes llegan después, van entrando en este paisaje, como ya mencioné. Daniela me cuenta que las personas nuevas en Guzmanes en general corresponden a hijas o hijos de alguien que ya vivía ahí, y que son contados quienes vienen de afuera (quienes por lo general arriendan). Nelson, un vecino, me comentó lo mismo, siempre se trataba de familiares de personas antiguas o personas que habían vuelto. Paulina, del mismo sector, me comentó algo similar a Jorge, pero en relación al presente, que todos se conocían y se acompañaban *'como una gran familia'*. Sin duda que lo son, considerando que las familias no están exentas de conflictos.

Los primos, tíos y hermanos están repartidos en el pueblo, en distintos niveles de cercanía. En La Canela sucede así. Rolando, quien vive en la Canela Alta, es primo de Goyo. Son de la misma generación, y siempre han sido vecinos, así que siempre se han apoyado mutuamente: *“cualquier cosa, un chiflo”* me comentó, al segundo chiflo, él otro contesta. Ambos lo saben y siempre ha sido así.

En este paisaje caleidoscópico de grupos familiares donde se superponen sus transformaciones en el tiempo y nuevas personas que recomponen el mismo, no es extraño pensar que, si existe un límite difuso en los relatos entre la 'comunidad' o los habitantes del pueblo en general y lo que se entiende por familia, existan muchas situaciones de encuentro, muchas convergencias de trayectorias, que ocurren dentro de los espacios domésticos. Esto se expresa de formas muy concretas o en circunstancias particulares, ya sea por una modificación permanente del espacio doméstico para volverlo un almacén o fuente de soda, o en eventos específicos como fiestas religiosas como las ya mencionadas, trascurriendo la experiencia pueblo dentro de las casas. De esta forma se explica la imposibilidad de establecer un límite claro entre espacios comunitarios y espacios domésticos, característica que históricamente ha sido parte del mundo rural (Goicovic, 2005).

El pueblo dentro de las casas

Además de las reuniones del comité de agua, de los regantes, de la serranía o de la junta de vecinos, entre otros y las celebraciones religiosas, el encuentro entre personas ocurre en gran medida en las casas, como sucede en las celebraciones de la Virgen de la Merced. Los encuentros entre amigos -antes, cuando no había otros tipos de entretenimientos- surgen vívidamente en las historias de los adultos y adultos mayores. Charola, quien vive en el

callejón Los Pérez, me contó que era usual que su padre se reuniera con amigos en su casa a tomar. Como se producía en todas partes vino y chacolí, era barato. Jugaban al cacho, mataban un chanco y lo rifaban en el juego, participando hasta personas de otros pueblos. Su madre no jugaba, atendía (las mujeres no participaban de esos juegos, haciendo evidente lo machista del contexto) y ella fue quien le contó que una vez llegó el diablo a jugar. Llego a caballo, saltando las pircas desde el río hasta la casa del Charola, saludo y luego siguió su camino. Supieron que era el diablo por la ruta que había tomado y porque nadie lo conocía; era extraño que llegara alguien a jugar sin conocerlo. El paisaje conocido es también normativo y está constreñido socialmente, parte del sentido de este es la acción de acercarse y abordarlo de forma correcta (Tilley, 1994) y en estos paisajes familiares hay cierta rigidez en este aspecto, sobre todo para quienes no han crecido ahí.

Los encuentros con amistades son cotidianos y es difícil delimitarlos: cuando se camina por el pueblo los fin de semana es fácil ver grupos de personas reunidas en los corredores o terrazas de las casas, junto a un bracero. O en la Canela Baja que, al tratarse de una comunidad pequeña, almuerzan todas y todos juntos los sábados. Las conversaciones tras las rejas entre vecinos o vecinas, o desde el corredor a la calle, también son asuntos de todos los días en los tres pueblos.

Sin embargo, estas no son las únicas interacciones del pueblo en las casas. La vida en común aparece al margen del trabajo, como sucede en la plantación de limones de Lindor (La Canela), donde les ofrece trabajos a vecinos/as por temporadas, o como Tito (Valle Los Olmos) con otro vecino se organiza para hacer chacolí ya que él tiene los implementos y juntan la cantidad de uvas; o también como le sucede a Luis (Guzmanes) quien vende de su pequeña producción de porotos, cebolla, tomate y otros. En sus palabras:

"(...) siempre en la casa se usa eso, lo más y lo más que a la señora le gusta porque ella va a cortar y los vende. Ella siempre, aquí llegaba la gente a buscarlo aquí mismo en la casa: "¿cuándo va a cortar porotos?" "mañana le corto en la tarde, mañana" y cuando llegaba con los porotos aquí ya estaba la gente esperando, ya estaban vendidos, los clientes estaban aquí, la gente que compra siempre, que compra dos kilos, tres kilos, que deme un kilo y así. La gente... el grupo familia es lo que compra, así que esa es la vida del campo pos' mija."

Muchas veces el negocio familiar va mucho más allá. En la lógica de la subsistencia a partir de producciones familiares y múltiples trabajos, muchas casas se vuelven almacenes, restaurantes y quintas de recreo; por lo tanto, mucha de la vida social del pueblo ocurre en esos espacios. Los límites de lo doméstico mutan en relación a sus usos (Goicovic, 2005).

Omar vive en una gran casa de adobe, de gran altura, en la calle principal del Valle Los Olmos, que antes era un restaurant dirigido por su padre, Don Alfonso Castillo Tobar y luego por su hermano mayor. Era el restaurant más grande del Valle. Cuando le pregunté por ese pasado, frente a mis ojos Omar se comenzó a llenar de vida y de recuerdos, y comenzó a dibujarme en la medida que me cuenta, el espacio donde se ponían los caballos, donde se sentaba la gente, las actitudes de cada uno, a través de sus movimientos y gestos. Le conocían como el restaurant del Valle, donde además justo al frente terminaba su recorrido

las micros La Porteña y por eso era bien trascurrido. Asistían personas de toda la cuenca, y las distintas identidades competían:

“Después viene un periodo que aquí era restorán, el más importante restaurante de la zona, así que había harta gente, en las barras, con los caballos, donde los huasos del Chalaco, del Sobrante, venían y se tomaban sus maltas y después empezaban a topiar. Hacían una competencia de quien sacaba los caballos así... aquí mismo. [Me indica el patio justo donde termina su terraza que actualmente hay solo tierra] Y había una cierta rivalidad, entre el Sobrantino que lo encontraban más pituquito, que el Chalaquino, porque el Sobrante era más de fundo, Chalaco era como más al lote.”

El Valle era un espacio de encuentro y dispersión donde no había patrón. De la época del restaurant, solo quedaba una silla que me la mostró, junto con la casa y sus recuerdos. Un local contemporáneo al de la familia de Omar, es la fuente de soda de la familia de Celso. Ubicado en la actual casa de la familia de Celso (ver figura 2.15), se llamaba ‘La Última Luz’. Su nombre era porque estaba junto al último alumbrado público de la cuenca. Celso me cuenta sobre como partió el negocio, refiriéndose a su abuelo:

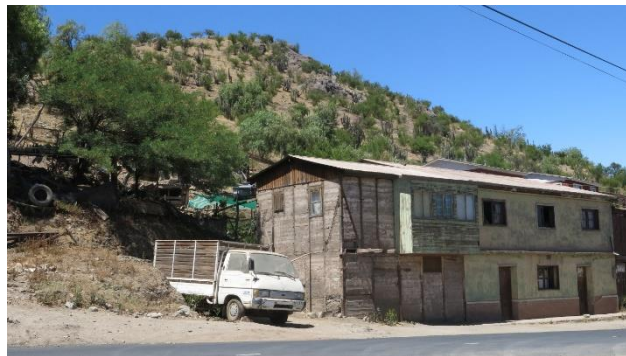


Figura 2.15 Actual casa de Celso, donde en el primer piso funcionaba la fuente de soda “La última Luz” (Valle Los Olmos).

“(...) trabajó harto e hizo una casita aquí, con caña de trigo y techo nomás. No había Singe. Y mi abuelo le dijo a mi mamá: "Oye Vitalia" le dijo "por qué no... ¿querís que te saque una patente pa' que vendai cervezas o buenas cositas aquí?" le dijo "Pa' que tenga pa' dar un dentro pa' que vivan" Como la pura agricultura, mi papá era agricultor y bueno pa'...[beber] (...) Ahí consiguió la patente de... fuente de soda. Fuente de soda. La fuente de soda que decía mi papá que hay pa' allá son bonitas, que aquí era una mesita en vez del mesón, una mesita y ahí la caja con bebidas, y la gente ahí y para allá era una ramada de monte, así como una ramada de... de puro... y ahí venían los viejos venían a tomar cerveza.”

Es posible ver como la necesidad les llevó a instalar una fuente de soda. La encargada era la madre de Celso con el apoyo de sus hijos y nueras. María, esposa de Celso, me cuenta que con el tiempo además tenían pensionistas, por lo que el movimiento en la casa comenzaba a eso de las 6 de la mañana para darles el desayuno y así con el resto de las comidas durante el día. La puertas del primer piso se abrían y ahí atendían. Dejaban sus caballos comiendo pasto y ellos -casi todos hombres- entraban a tomar. Celso me comenta que en un momento hubo cuatro restaurantes y dos fuentes de soda al mismo tiempo en el Valle.



Figura 2.16 Botellas en el patio de Celso que pertenecían a la fuente de soda "La última Luz" (Valle Los Olmos).

En ese sentido, la ingesta de alcohol, al menos en los relatos de Omar, Celso y muchas personas más es algo que siempre está presente, en encuentros entre hombres, de forma transversal en los tres pueblos. Lindor (La Canela) me contaba cómo 'los viejos' se juntaban y pasaban días tomando. Así mismo sucedía en el Valle, y sobre todo en estos lugares como fuentes de soda o restaurantes, hechos para esto.

Como me cuenta Celso: *"A los viejos que venían, vendían un buey, una vaca y se venían pa' acá pal valle, pa' Chincoloco y no se iban hasta que gastaban toda la plata"* que habían recién ganado. Jorge (La Canela) me contó que el marido de una mujer que antes vivía ahí se llevaba animales para venderlos en Nogales, pero como era bueno para tomar, se iba a tomar y volvía *'sin ni uno'*.

En el patio de Celso, en la ladera del cerro el Cristo, es posible ver muchos residuos de cuando era fuente de soda. Celso, sobre una parrilla tiene una colección de botellas que se ve desde la calle. Botellas de diferentes formas y tamaños, de licores que vendían que los traían de diferentes partes (*ver figura 2.16*). En el mismo espacio de cerro, patio de Celso, hay unos tambores de aceite. Me cuenta que su mamá compraba dos tambores de aceite y los utilizaba para todo. Estos objetos en el patio tienen que ver con una historia familiar pero también del pueblo, reflejan una cotidianeidad particular del Valle en el pasado.

Sucedía y sucede lo mismo con almacenes, en un trato más breve pero sumamente cotidiano se dan espacios de encuentro en las conversaciones casuales al estar atendido por sus dueñas/os. Este es el caso de Mireya y Edith (La Canela) quienes son dueñas del único almacén del pueblo; por lo tanto, ellas conocen a todos y todos las conocen a ellas. Además, las hermanas Ojeda han sido entrevistadas en programas de televisión que tocan temas folclóricos, sobre platos tradicionales y usualmente los vecinos y vecinas refieren a ellas en temas ligados a conocimiento e historia local. Al igual que la fuente de soda de Celso, el negocio lo comenzó su madre, mientras el padre salía a trabajar al campo, ella lo atendía con conjunto con sus hermanas. El negocio se encuentra a un costado de la casa y sigue funcionando, pero con menos intensidad; hay menos clientes que antes. Es una construcción de barro pintada blanca con marcos celestes y a la entrada una buganvilia que contrasta. Además, en su propia cocina las hermanas Ojeda tienen una especie de restaurant: hacen almuerzos con platos típicos, pero ahora ya mayores atienden a grupos pequeños que les avisan con anticipación porque o sino ya no dan abasto. A diferencia de la madre de Mireya y Edith, la madre de Inés, del Patagual (Guzmanes) tuvo un almacén sólo cuando falleció su marido, para subsistir. Enviudó en el 80' y comenzó a amasar pan

el 82' para vender, y luego armó el almacén en una habitación para finalmente construir una pieza exclusiva como local. Inés es la actual dueña del almacén y sigue amasando como su madre. En general, son las mujeres quienes, en un imperativo por sobrevivir, históricamente se hacen cargo de espacios festivos (Goicovic, 2005) como fuentes de soda o en este caso, almacenes.

Sergio es dueño de un antiguo almacén en la Calle Nueva. Era en un comienzo de su padre y una vez que él enfermó, comenzó a ayudarlo y finalmente se quedó con el negocio. Sergio, así como Margarita del Alto El Puerto, y en general todos y todas las dueñas de sus propios negocios, no tiene horarios predeterminados. Abren los días feriados y atienden hasta tarde, entrada la noche. Así como sucede con Celso y los objetos del negocio que persisten en el patio-cerro, en la casa de Sergio también hay objetos del almacén, destacando en particular las pesas y botellas de vidrio. Esto ocurre debido a que la esposa de Sergio, Sonia, coleccionista que ya mencioné, se ha preocupado de cuidarlas y mantenerlas; o en el caso de las botellas, hacer crecer la colección con botellas 'antiguas' de otras partes. La actitud de Sonia es muy distinta a la de Celso, ella las valora de forma consiente por ser 'antiguas', no así Celso que las ve como restos de su pasado, recuerdos.

Históricamente, la era corresponde (no exclusivamente) a espacios domésticos que por algunos días se vuelven comunes. Las trillas eran y son grandes eventos en los pueblos, y hay distintas formas de trillar, pero todas demandan muchas manos dispuestas. Para Ítalo, de la Canela Alta, las trillas son un ejemplo de cooperación entre las personas, tanto antes como ahora. En cierto lugares, me comentó Sergio (Alto El Puerto) continúan haciéndolo ya que las calles son extremadamente angostas para que una máquina vaya a hacerlo. La ayuda obtenida de las personas al dueño del trigo es pagada con un plato de comida y música en vivo, en resumen, se torna una fiesta. No siempre era así; Rita recuerda trillas con menos trabajadores y mucho menos fiesteras de la forma en que se hacen actualmente y es que cuando se realiza hoy, por lo general es en el marco de actividades folclóricas tradicionales, por eso la fiesta lo es todo. Lalo (Canela del medio) organiza una trilla todos los años. Me cuenta que esas son '*cosas de campo*' y que para él el campo es su 'hobbie' porque en realidad él trabaja en otra parte y no lo hace por necesidad. Me contó que tuvo entre 30 y 40 personas trabajando la última vez, incluyendo cocineros y cantores. Atienden a los turistas que vienen y en la noche hacen fogatas con 'guitarreos', ya que Lalo canta y toca guitarra.

Isabel me llevó un día para mostrarme donde estaba la era de su padre. Caminamos por el patio y atravesamos dos rejas para continuar caminando cerro arriba. A la derecha había una planicie, el lugar donde su papá realizaba las trillas con vecinos y trabajadores que ella recordaba con detalle. Me llamó la atención este espacio de trabajo (y fiesta) en sus terrenos, pero a la vez me di cuenta de que los límites de las propiedades que ahora parecen sólidos y definitivos, pero al parecer antes el tránsito por tierras de otros no era en absoluto extraño.

Así como hay espacios domésticos que en ocasiones o de forma definitiva se abren o se transforman en lugares de la vida en común, también hay espacios privados que dan a la calle donde el contacto diario de quienes pasan la tarde ahí con quienes transitan es crucial

para la vida común. Este es el caso de los corredores, ventanas y puertas de entradas, situándose en el límite de lo doméstico. Además, existen bancas justo fuera de las casas que se podrían ver como extensión del espacio doméstico. A veces son bancas, a veces asientos, unas piedras, troncos cortados, intermedios, pero todos responden al mismo gesto y fueron dejados de forma intencional en ese punto como soportes para sentarse. Cuando pregunté en Guzmanes me dijeron que era para *'tomar el fresco'* y muchos adultos mayores efectivamente se sentaban ahí cuando el sol empezaba a caer.

En los tres pueblos, la presencia de estas bancas es continua pero no homogénea, hay sectores donde es más común, como la Calle Nueva (Guzmanes) o la Canela Baja pero no son excluyentes de estos. En la Canela Alta, conversé con Rolando en un tronco de eucalipto cortado y puesto sobre unas piedras, a la sombra de un quebracho; me contó que siempre se sentaban ahí en verano con su primo a conversar porque había sombra, y en la noche, porque justo le llegaba la luz del último foco. Ya sea para tomar el fresco, conversar o esperar la micro, sentarse ahí (y tener un asiento para aquello) es una decisión, un gesto significativo que da paso al encuentro con vecinos/as (ver figura 2.17).



Figura 2.17 Bancas fuera de las casas.

IV. ESPACIOS DOMÉSTICOS

Cuando se hace la consideración de los espacios domésticos es necesario comenzar por los relatos de las casas 'antes' referidos a la pequeña propiedad rural como fue descrita en el primer capítulo. Son memorias colectivas que se vuelven el contrapunto cuando se trata de mirar las cotidianidades del presente a través de las reflexiones que las y los habitantes hacen de sus propias vidas. Este fue el motivo de la visita que hicimos con Antonio y su amigo a los cerros de Guzmanes donde estaba la casa de la señora Venera -abandonada hace unos 10 años- para que viera casas como 'las de antes'. Luego de pasar por la puerta de los brujos, la Veta del Agua y el santuario del Sagrado Corazón, continuamos caminando por los cerros, visualizamos el gran sistema de corrales atemporales en la loma adyacente y llegamos a destino: la casa de la señora de Venera. En realidad, no se trataba de una casa, sino que todo un sistema de espacios domésticos distintos, varias construcciones, corrales, árboles frutales y un pozo repartidos en todo el sitio en diferentes estados de



Figura 3. Partes de los espacios domésticos abandonados de Venera (Guzmanes).

abandono (ver figura 3). El paso de la vida, seguramente de más de una generación, se hacía evidente en tanto las marcas y construcciones, producto del habitar, habían quedado a su paso. Estas formaciones a su vez interactúan con otras características a través del tiempo, como asuntos climáticos, sismos, migraciones y sequías. Es decir, en la medida en que sus habitantes y sus contextos se transforman, el sitio en tanto hábitat íntimo cambia a la par.

El terreno donde se asentó la familia de Sonia y Sergio en Guzmanes era de los padres de Sergio, quienes eran dueños de un almacén en la misma calle. Era un terreno que sembraban. Vemos cómo los pequeños propietarios muchas veces tenían más de un terreno y se distribuían para diferentes usos. En este caso, uno para asuntos domésticos, que derivaron en un almacén y otro para sembrar. Luego ese terreno se lo vendieron a los hijos quienes a través de un subsidio construyeron su casa. Uno de los hijos de Sergio y Sonia construyó, a su vez, su casa en el patio de atrás por un subsidio también. El proceso de desagrarización se hace evidente, en tanto se van subdividiendo los predios agrícolas convirtiéndolos en terrenos para construir viviendas, generándose hogares rurales sin tierras (Valdés & Rebolledo, 2015). Sumado a esto, al construirse más viviendas se van ampliando los márgenes del pueblo, y así es como muchos grupos familiares llegaron a habitar terrenos que antes no habían sido utilizados de esa forma. Como le sucede a Juan y a Fresia de Alto El Puerto, cuando llegaron su terreno era un basural que tuvieron que limpiar.

Aun así, existen muchas personas que continúan viviendo en los predios y casas donde crecieron. Augusto de la Canela Baja, vive en una casa de quincha que debe tener al menos

150 años y declara que a esta “no le hacen nada los temblores”. Esta es la misma casa donde creció y donde vivieron sus padres y su abuela, que con tiempo la ha ido transformando para que sea posible su continuidad, a través de arreglos y mantenciones. Así mismo es el caso de las hermanas Ojeda (La Canela) quienes tienen el negocio. Cuando comentamos sobre la casa donde actualmente viven, Edith me cuenta que es antigua, pero la casa de su abuelo lo era más, y por error la echaron abajo pensando que luego de un terremoto se iba a caer. A pesar de arrepentirse de haber botado la casa del abuelo, me indica las puertas pintadas turquesa de la cocina donde estábamos conversando pertenecían a la casa caída.

Como las hermanas Ojeda valoran y guardan parte de la historia del pueblo y son validadas por los habitantes del pueblo por esto, el dilema de conservar o cambiar algo se les presenta seguido. Mireya me cuenta que uno de los vecinos murió hace poco, vivía en una casa de barro y techo de paja que su sobrina decidió demoler. Mireya se preguntaba, por qué no en vez de demoler la restauraban: “... y ellos fíjese que no, que ella quería una cabaña nueva, más cómoda. No le llaman la atención las cosas antiguas”. Ella tiene otra forma de ver la situación: “Yo no, a mí me gustan las cosas. Yo tengo todo lo de mis abuelos. Tengo los recuerdos de ellos, son cosas antiguas”. Los objetos y las cosas que tienen de sus abuelos para ella son recuerdos; sin embargo, esta actitud conservativa (González-Ruibal, 2003) que toma Mireya frente a la materialidad no está exenta de contradicciones:

“La hemos ido reparando, pero todavía está todo el corredor, todo eso es de ellos, de la construcción de él. Porque nosotros, eh, como antes uno, como le diría yo, se sacrificaba mucho para poder lograr las cosas, entonces después nosotros nos daba cosa demoler lo que él construyó. Pero de repente uno se siente como arrepentida porque se quedó en una casa antigua poh, entonces que pasa, que también es rico la modernidad, pero igual la queremos igual. La restauramos si poh, esa parte de allá mis hermanos la repararon, trajeron un maestro y se reparó, pero esto no. Eso lo construyó todo mi papá.”

Ellas viven en la casa que construyó su padre (ver figura 3.1) donde ellas crecieron y se han preocupado de mantener. El trabajo del padre y su valor está objetificado en esta casa y cuidarla es cuidar la memoria del padre, incluso si es necesario ceder comodidad asociado a lo que sería una vivienda ‘moderna’. Como los materiales, barro y madera, tienden a perder su forma en el tiempo, la mantención es crucial para continuar haciéndola habitable; en otras palabras, parte de habitarla es continuar modelándola. Así es como me cuentan que “si se pone un poquito fea, uno se hace igual una mezcla de barrito y de paja y tiene que ponerle sus parchecitos y después la pinturita encima” pero me recalcan que “es muy firme, porque con los terremotos no le pasa nada de nada. No se cae nada, ni un



Figura 3.1 Corredor de la casa que construyó el padre de Mireya y Edith (La Canela).

terron, nada” honrando así el trabajo del padre. Tanto Augusto como Mireya mencionan el terremoto como el punto de inflexión en las trayectorias de las viviendas, reconociendo cierto valor en eso, sumado al valor que tiene el trabajo de construirla. La relación que se establece por las cosas construidas por uno mismo o alguien cercano es particular. La casa de Mario, mueblista del Patagual, fue construida por él y aún tiene una parte en proyecto, está constantemente arreglándola (*ver figura 3.2*). La construcción de las viviendas es continua, incluso cuando no se trata de autoconstrucción, en el proceso de habitar se continúa construyendo.



Figura 3.2 Casa de Mario, mueblista que vive en el Patagual, con un cartel que dice “Por favor no tocar la muralla” (Guzmanes).

En el dilema de conservar o cambiar, también es lógico que quieran cambiar. Una señora me sorprendió un día sacándole fotos a unos tunales junto a una casa de adobe. Ella estaba regando el patio. Comentamos sobre la casa y me comentó que, aunque ambas la encontrábamos linda, no le gustaba verla así y que la quería botar ‘*para dejarla como las otras casas, arreglada*’. La ruinas o vestigios encarnan el pasado, pero no ocultan el paso del tiempo, ni el cambio del contexto.

Independiente de las posiciones de sus habitantes frente a las casas nuevas o viejas, las casas de barro están intercaladas en el pueblo, con casas de otros materiales que generalmente corresponden a tiempos posteriores. Conversando con Celso y otros integrantes de su familia, me contaban que Celso no nació en el mismo terreno donde actualmente viven, sino que, en un espacio a pocos pasos de ahí, “*donde está el algarrobocito*” que me indicaron desde el corredor de su casa inserta en una ladera en el cerro:

“- ¿Y está la casa todavía o ya no?

(Hija) No, la desarmaron... queda la pura...

(Celso) No, la casa en que nació yo lo... no lo conocí yo. Porque mi papá ahí hizo un ruquito que le cabía la pura cama no más y nada más, con mi mamá ahí. Y de ahí...

- ¿Queda la pura... que cosa?

(Hija) Ah no, que donde vivíamos nosotros quedó a pura... un agregado que hizo mi papá así de... un cocinita. Una cocina, lo único que quedó de ahora, del tiempo que yo estuve ahí.

(Celso) Eso fue ahora que yo me casé.

- Ah ya, tiempos distintos.

(Hija) Tiempos distintos pero el mismo terreno."

Celso se crio desde los 5 o 6 años en el terreno en donde viven ahora, pero nació y pasó sus primeros años en el otro espacio que me indicaron. Luego de ese periodo, vino el periodo de sus hijos e hijas quienes se criaron ahí donde nació su padre y vivió su abuelo. Las diferentes respuestas sobre los terrenos donde crecieron evidencian los diferentes tiempos que coexisten en las materialidades. Como comenta la hija de Celso, se trata de tiempos distintos en un mismo terreno, es decir, múltiples temporalidades que permanecen a través de los vestigios.

Tiempos distintos en el proceso continuo de habitar

En los espacios domésticos donde vivió la señora Venera se podía apreciar varias casas en diferentes estados de abandono, de diferentes épocas. Una de adobe y techo de zinc que estaba cerrada con candado, frente a la parra y el terreno que supuse era para plantar. Esta parecía la última en ser habitada, la más nueva. Al lado de esta casa había otra casa de adobe también, aunque algo más destartada. Tenía una esquina rota que había sido reparada por tablas, por la cual entramos. Encontramos paredes blancas y todo vacío con excepción de algunos objetos azarosamente dejados, restos de existencias. El suelo había sido emparejado con barro y el techo era con caña de trigo. Ahí pude apreciar cómo se construía el techo, partiendo desde los costados y luego hacia el centro (*ver figura 3.3*). Fue



Figura 3.3 Detalle del techo de una de las construcciones en desuso de Venera (Guzmanes).

la única casa que pude conocer por dentro de esas características; la caña de trigo pareciera ser más frágil que el barro o la madera, o quizás, en la ocupación continua, es lo primero que fue progresivamente reemplazándose por lo costoso de su elaboración y la merma de la producción familiar de trigo. Una de las construcciones de barro tenía corredor, con varias herramientas que había sido descartadas. Además, había una especie de pajero que tenía una pared de pirca

construida íntegramente, lo demás estaba destruido. Más atrás había otra casa, aún más desarmada, donde era una combinación de pirca con barro.

Por los diferentes niveles de abandono de las construcciones en los espacios de la señora Venera, es posible suponer que fueron construidas diferencialmente en el tiempo, y a la vez se podría pensar en base a las experiencias de habitar actuales que no se fueron abandonando, sino que sus funciones fueron variando en la medida en que construían otros espacios, que se veían más cuidadosamente elaborados. Coexisten así casas de diferentes temporalidades que probablemente fueron para distintos usos (*ver figura 3.4*).



Figura 3.4 Una de las construcciones que parecían ser descartadas hace más tiempo (Guzmanes).

En el terreno de Luis, el tomero de Guzmanes, se ven dos casas contiguas. Una es nueva, obtenida a través de subsidio, de ladrillo pintado rosado y la otra, a menos de un metro de separación, es de adobe revestida en cemento con techo bajo y ventanas pequeñas que con el terremoto había comenzado a desarmarse por atrás. En vez de desarmarla, construyeron otra casa al lado y viven en ambas. A Ema del Alto El Puerto le sucede muy similar. Hay dos casas casi pegadas, pero son de materiales distintos. Una pertenece a un subsidio que postuló su madre, y la otra estaba desde antes. La familia, hermanos, hijos y nietos se distribuyen en ambas casas, y la cocina se concentra en una.

Volviendo a Luis, él me cuenta que no nació en aquella casa de adobe, pero sí en ese terreno, en otra casa con techo de zinc, que tuvieron que dejar porque en el terremoto del 65' se vino abajo y se vieron obligados a migrar a La Peña. Cuando creció, volvió a vivir en el terreno de su infancia. Los terremotos, a diferencia de las hermanas Ojeda y Augusto de la Canela, marcaron las viviendas de Luis, obligándolo en primera instancia a migrar y en la segunda, a adquirir una nueva casa.

Si bien en el segundo momento no fue drástico como en el primero, el ir mejorando las casas es siempre un aspecto relevante, y marca hitos -así como los terremotos- en sus relatos. La casa de la infancia, o la casa de los padres o abuelos, siempre detallada como algo simple, '*rustico*' como describió Lucho del Valle su casa de la infancia, '*antiguo*' como

lo mencionó Mireya, o incluso como 'los indios' en palabras de Lidia de La Canela es siempre un punto de partida referencial para los arreglos que llevan a la vivienda actual.

Aida, quien vive en Alto El Puerto, me cuenta como fue la construcción de su casa. La construyeron entre ella y su marido una casa pequeña y un espacio para hacer fuego y fue su hijo quien dio el puntapié inicial para remodelarla:

“Era un pedacito no más así, la puerta estaba pa' acá antes, no pa' allá. Y hacíamos fuego. Y mi hijo me dice "mamá, cuando me salga un trabajo, lo primero que vamos a hacer viejo, vamos a arreglar la casa" y no le tocó, le llamaron para un trabajo y el primer sueldo... "ya mamá" me dijo, y desarmamos con mi marido aquí todo, y llegó con todos los materiales. Y como a él le gustaba, y hizo casas con maestros, así que sabía todas las cuestiones, dejó el piso, todo listito y nosotros hicimos todas las murallas.”

Aida se transporta a las formas de la casa anterior mientras me la describe indicándome con su cuerpo. Después de esa casa, con el apoyo del hijo construyeron una más grande con más dormitorios. Es una combinación entre tapial y cemento, en dos sectores diferentes, por una ampliación que hicieron más reciente. Curiosamente, es común que los hijos son quienes toman la iniciativa de cambiar la casa. Lindor me contó algo similar, que su hija le planteó la idea de mejorar la casa y ahí él comenzó a juntar la plata. Así como con Aida, también Lindor trabajó él mismo, junto a sus amistades, quienes le ayudaron a voluntad o le cobraron barato.

Los hijos o hijas, al ir a estudiar a otras partes, vuelven con ideas distintas de lo que debería ser una casa. A la vez que el mejoramiento de la casa para padres o madres también es un hito, algo bueno que hacen por sí mismos, por hacer el espacio más habitable y facilitar la vida cotidiana, sobre todo en el contexto donde la demanda de la vivienda digna es de las más antiguas y explícitas en el campo (Bengoa, 1987). Hablar de las casas lleva a hablar de las historias de vida ya que el ciclo individual y familiar están íntimamente relacionados con sus modificaciones o los cambios de casa. Mejorar la casa es casi siempre un trabajo en proceso, un proyecto de toda una vida que le da sentido (Gullestad, 1992), siempre hay nuevas ampliaciones o mantenciones por hacer.

En el habitar convergen tiempos diferentes en tanto hay construcciones de distintas épocas en un mismo terreno, hay diferentes ideas de cómo debería ser una casa y se combinan múltiples técnicas y posibilidades para construir. Las técnicas que involucran barro -adobe, tapial o quincha- como se mencionó, suelen hacer referencia a un pasado que está constantemente reinventándose en la medida que estas técnicas se continúan utilizando en el cotidiano.

Formas para construir, culturas constructivas

La quincha es una técnica de construcción que se remonta a épocas prehispánicas (CIEM Aconcagua, 2006). Rolando (La Canela) me cuenta lo que aprendió mirando a su padre: primero, se iba a buscar al cerro tierra especial, sin piedras. Luego la traía, se mojaba y se le echaba paja de trigo, pisándola y revolviéndola para hacer la mezcla; la paja es lo que

hace que todo se pegue. Se deja reposar dos días para que la mezcla se vuelva 'ligosa' y luego se tira sobre la estructura de madera, de quebracho o de corazones de litre o molle idealmente, para hacer la quincha. Hace énfasis en la cantidad de trabajo que todo esto implica. La estructura de la quincha me cuenta Mireya, se hace sin clavos, solo tarugos de madera. "*Eran bien habilidosos*" me recalca, su abuelo construía de esa manera, todo "*con el material que había aquí, en La Canela*".

Otra forma de construcción bastante común en los pueblos rurales es la tapia o el tapial. Charola (Valle Los Olmos) me explicó como era mientras mirábamos parte de su cerco. A grandes rasgos, se arman moldes con tablas de dos metros y un metro de alto, que se rellenan con barro revuelto con paja, que se golpea y presiona fuertemente con un pisón. Se afirman con cruceñas que luego se retiran junto con las tablas cuando el barro está más seco, generando un muro grueso y sólido. Charola me cuenta que un primo trabaja en eso, no mucha gente lo hace y cobra bastante caro a su parecer. Para hacer tapia, así como quincha y pircas, se requiere cierto conocimiento. Si bien los materiales están a la mano, hay una serie de matices en el proceso que se aprenden en la práctica.

Se podría decir que existe una pérdida de saberes locales relacionados con la construcción y conservación de la gran tradición constructiva de Chile central, provocándose un desconocimiento de esto de parte de las instituciones que intervienen sin cuidado (Jorquera, 2014). Sin embargo, si lo que se transmite de generación en generación son habilidades en tanto son redescubiertas a través de la experimentación dados los contextos necesarios (Ingold, 2012), lo que se pierde no son saberes, si no las condiciones para permitir que las habilidades se forjen. Para Jorquera (2014) al tratarse de una *cultura constructiva en tierra* la cultura de Chile Central, habría una estrecha relación entre los conocimientos ambientales y la forma de construcción. Así es como muchas personas, Paulina de Guzmanes, o Mireya y Rolando de La Canela, me comentaron de lo eficiente térmicamente que resultaban las viviendas de barro. En invierno guardaban adecuadamente el calor y en verano, eran frescas. En cambio, como me comentó Ítalo (La Canela), '*ahora la gente se asa en las casas de cemento*'. Ese fue uno de los motivos por los cuales decidieron que la nueva cocina de su madre, María, iba a estar revestida en barro que además era, él recalcó: '*para no perder la tradición*'.

Sin embargo, Jorquera (2014) reconoce principalmente el adobe como forma de construcción de Chile central, y no menciona las otras técnicas como quincha o tapial, y es que probablemente, las construcciones típicamente consideradas patrimoniales como el adobe de tradición criolla, no siempre son la misma forma de construir del bajo pueblo, o las clases popular que son las más numerosas. Hacia 1770, en cinco de las fundaciones (pueblos de españoles) más importantes, 3 de cada 4 casas construidas eran ranchos con techo de paja y esta situación varió poco hasta comienzos del siglo XIX (Goicovic, 2005). Paulina (Guzmanes) me cuenta que las casas en su mayoría eran de tapia y que "*después llegó el adobe*" haciendo una diferencia entre las temporalidades de las formas de construir. El cuidado de la arquitectura patrimonial, como representaciones, sin el reconocimiento de las diversas técnicas de construcción -las habilidades en términos de Ingold (2012)- es poco probable que sea exitoso en el tiempo, porque la mantención o el continuo modelar se hace imposible.

Además de la construcción de barro, ya sea adobe, quincha o tapial, está el techo de caña de trigo. Estos eran necesarios de cambiar cada cierto tiempo, para que el agua no llegara nunca a las paredes, ya que eso las degasta. Cuando merma la pequeña producción de trigo en las casas, se vuelve imposible cambiar el techo, viéndose obligados a incluir zinc ejerciendo un peso diferente sobre las paredes siendo un factor para su deterioro, además de una experiencia distinta dentro de las casas. Paulina (Guzmanes) mientras caminábamos luego de la entrevista, al ver que estaba comenzando a llover, me comentó que en su casa cuando llovía era terrible por el sonido de la lluvia en el zinc, que quedaba resonando en la cabeza incluso después que se detenía. Actualmente es improbable ver viviendas con techo de trigo, sobre todo que continúen en uso.

Así como la cocina de María esta revestida en barro, la casa de ahora donde vive Paulina en la Calle de la Cancha es de adobe revestida en cemento. Es esta una solución muy común para las viviendas que se fracturaron por terremotos como les sucedió a Mireya y Edith de La Canela y a Luis de Guzmanes, o para prevenir que esto suceda, como María del Valle Los Olmos. Con el revestimiento de cemento, se ahorran en parte la mantención de estas casas, aunque el habitar en sus interiores implica de todas formas continuar construyéndolo, a través de las decoraciones y los usos.

Hay personas que actualmente deciden construir con técnicas de barro en parte porque estos materiales están a disposición y simplemente saben hacerlo, sobre todo para sectores de la casa que no implican dormitorios. Probablemente son pocos quienes construyen íntegramente su casa de barro actualmente, y dentro de este grupo se encuentran varias iniciativas de jóvenes, que en muchos casos provienen de ciudades y en perspectivas más sustentables utilizan el adobe.

Esa es la posición de Boris y Johana, quienes construyeron su nueva casa en la Canela Alta. Su casa es notoriamente diferente al resto de las casas en La Canela: de techo alto y con un bello mural de un colibrí pintado que se ve desde la calle, a través de una reja construida con restos de otros metales; tuercas, ruedas de carretilla. Ellos me comentaron lo costoso que fue la construcción con barro -la hicieron con sus propias manos- sobre todo el invierno cuando el material se ponía muy frío y duro, y les era más difícil manipularlo. Por sus formas y sus decisiones de colores y formas era posible saber que la pareja no era del pueblo y que había llegado hace poco (ver figura 3.5).

Sin embargo, hay veces que las casas lucen distintas, llaman la atención y se trata de personas que crecieron en La Canela, pero que traen consigo nuevas estéticas, entendidas como formas y preferencias, cuando migran. Las casas de estas personas se ven modificadas y se notan las idas y vueltas a la ciudad en tanto que son arregladas de manera distinta. Como me



Figura 3.5 Casa de Boris y Johana (La Canela).

comenta Sonia (Guzmanes): “*Es la gente que viene llegando de afuera con otros estilos de vidas.*” Y es que, así como en la ciudad es posible identificar formas de habitar similares a las formas campesinas, por ejemplo, la apertura de los espacios domésticos o las formas de construcción, en el campo, las casas y los modos de vida se fueron transformando a su vez, asimilándose a ciertos aspectos de la urbanidad. Se trata entonces de un proceso de influencia recíproco (Muñoz Ebensperger, 2018).

Así mismo, estas migraciones y nuevas disposiciones son identificables al interior de las casas. En general, los movimientos en lo largo de la vida y sus hitos más importantes pueden ser constatados en las decoraciones.

Dentro de las casas: en el living comedor

Hay una habitación que suele estar cerrada en la casa de Lucho y Lala en el callejón Los Briones. Durante el primer terreno, la abrieron porque Lucho se dedicó a pintar esa parte, el living comedor de color verde y durazno jaspeado, junto con la fachada de la casa que la pintó color rojo ladrillo, ‘*es que así no se ve la tierra*’ me comentó Lala. Solo en el segundo terreno pudimos conocer aquel espacio y entendimos que el que estuviera cerrado era parte del duelo por un hijo. Ese espacio es el de las fotos familiares y de los recuerdos, de varias generaciones. Fotos de él, sus hermanos y hermana, de sus hijos y nietos/as. Luego de un tiempo, Lucho nos explicó que le apenaba estar ahí y por eso nunca ocupaban ese espacio. Junto con las fotos hay un par de imágenes religiosas y en algunos floreros, varias plumas de los pavos reales que habitan su patio. A un costado se encuentran los libros. Lucho me cuenta que su papá le daba mucha importancia a los libros y a la educación en general. Antes venían niños y niñas de otras partes a consultar los libros para hacer tareas. Esa pequeña biblioteca es legado de su padre (*ver figura 3.6*).



Figura 3.6 Living de Lucho y Lala, al costado derecho se aprecian las fotos familiares y las plumas de pavo real, y al costado izquierdo se ve un poco de la biblioteca del padre de Lucho (Valle Los Olmos).

En los muros destaca una guitarra y preguntando por esa guitarra pude conocer la historia de Lucho. Aprendió a tocar la guitarra desde pequeño, y era tan habilidoso que a veces lo llevaban a otros colegios a tocar (él estudiaba en el colegio parroquial), ahí fue donde por primera vez vio a Lala. Cuando le pregunté como aprendió me respondió:

“En las veladas. Solo, de repente venía gente para acá y me daban las nociones, como se afinaba una guitarra. y yo también canté a lo divino, a la virgen. Yo todos los años tengo ganas de cantar, pero después...”



Figura 3.7 Guitarra de Lucho en la pared del living (Valle Los Olmos).

Este es otro ejemplo, así como el pircar o el construir con barro, de conocimientos locales que van de la mano con la experimentación. La participación de Lucho cuando niño en las veladas de la virgen instaura un contexto que junto con las ‘nociones’ que le daban sobre como tocar guitarra fueron suficientes para que él aprendiera a tocar; y en este ejercicio, fue creciendo su conocimiento al respecto (Ingold, 2012). Lucho ya no se anima a tocar, en parte por el duelo que están viviendo y la guitarra colgada refuerza esto (ver figura 3.7). En muchas casas este espacio de living y comedor es un sector privilegiado de exposición y fácilmente se encuentra ahí parte de trayectoria familiar. Se trata de un construir consciente de la memoria. Jorge, profesor del Valle Los Olmos cuando advirtió a donde iba la entrevista me llevo inmediatamente a una sala de estar que parecía cerrada antes de nuestra visita. Era más bien una sala de recuerdos:

me mostró las fotos colgadas y las que guardaba, de cuando estaba en la escuela parroquial, en la liga de futbol, con amigos y familiares de distintas etapas.

En aquel espacio también van los diplomas educacionales. La finalización de los estudios es motivo de orgullo -en un contexto donde es usual encontrar a personas mayores que no finalizaron sus estudios- por eso se expone, y es interesante porque el diploma marca un hito temporal, pero a la vez un hito espacial, la escuela donde se estudió. De esta forma sucede también con los adornos que corresponden a recuerdos de viajes, que hicieron ellos o algún familiar, donde dice el lugar de origen. No así, por ejemplo, con las imágenes de santos, que, si bien no tienen un lugar físico específico, tienen un lugar común en las creencias católicas.

En general, las fotos familiares suelen tener un valor especial dentro de lo que se expone al interior de la casa. Ante la pregunta hipotética de que, si se tuviera que ir de su casa, Sonia de la Calle Nueva me responde que ella se llevaría las fotos en primer lugar, que tiene fotos *“desde que empezó a formarse esta familia”*. Así como para Mireya y Edith de La Canela la casa de su padre guarda cierta memoria, para Sonia son las fotos familiares. En la mayoría de las casas que tuve la oportunidad de conocer por dentro, las fotos ocupan un lugar privilegiado en los espacios comunes. Espacios donde se expone cierta historia familiar al visitante. Las fotos tienen mucho valor, por lo tanto, no pueden estar en el exterior, pero tampoco se sitúan en los dormitorios, punto de mayor intimidad (ver figura 3.8).

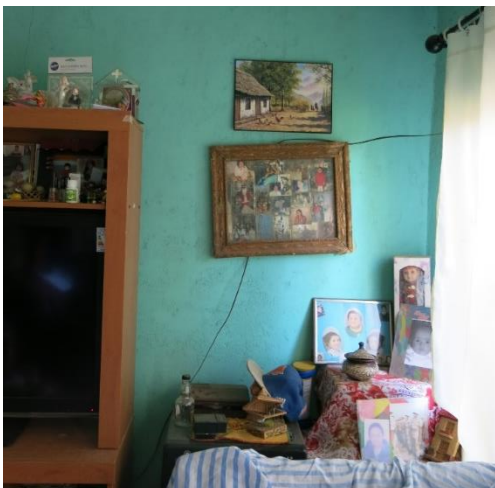


Figura 3.8 Rincón de fotos familiares en la casa de Aida de Alto El Puerto.

Todos estos objetos e imágenes se conjugan al interior de las casas de diferentes maneras. En el caso de Aida (Alto El Puerto) las fotos familiares están junto al altar en un rincón. Tiene ahí a su padre, su madre, a un primo, su suegro y a dos curas del pueblo, el padre Alexis y el padre Miguel, de la escuela parroquial. Pareciera que la trayectoria en el tiempo del pueblo está muy cercana a la trayectoria familiar desde el ordenamiento que hace Aida. Les prende velas al Padre Hurtado y a Santa Teresa, los curas y sus parientes para agradecer por todo lo que le dan. Curiosamente, en la casa de Fresia y Juan, vecinos de Aida, encontré un altar similar, pero sin fotos de familiares ni curas. En vez de eso, había

algunas piedras de colores llamativos que Juan había traído de cuando trabajaba en minas, junto a la figura de un gato negro como la actual mascota (*ver figura 3.9*). Es así como dependiendo de las trayectorias, se ordenan.

Estos espacios son lo que se trastocan en las alojadas de la Virgen Peregrina de la Merced. Aida, del Alto El Puerto, reordena el living para recibir a la virgen y los visitantes. En el mueble donde usualmente esta la tele, arma el altar que todos los años es distinto. Me cuenta que la primera vez que la recibió le hizo los ríos, “*el del Chalaco y del Sobrante, así pa’ abajo, compré animalitos y le pegué con... cuanto se llaman, hice cositas con la plasticina verde y las pegaba ahí y se las iba pegando por la orilla.*” Incluyó caballos, burros, ovejas, animales del sector. El altar refiere al paisaje de la cuenca, marcando los dos ríos que la atraviesan, eligiendo animales propios de su historia. Parte del paisaje de los cerros entra al living a través de esto o de piedras, como a través de diplomas del colegio o fotos entra parte del paisaje del pueblo o elementos del patio. Coincidentemente en ambos altares había ilustraciones que referían a imágenes rurales.



Figura 3.9 Altar al interior de la casa de Juan y Fresia en Alto El Puerto.

Imágenes de la ruralidad

Volviendo a la casa de Venera, en los cerros de Guzmanes, la mayoría de las habitaciones (o los restos de estas) estaban vacíos y había uno que otro objeto dejado atrás, descartados en la mudanza cuando Venera se fue a vivir al pueblo. Entre los objetos había un espejo, juguetes infantiles, una cajita con papeles, una ilustración enmarcada de la virgen, como las que se encuentran actualmente en las casas y curiosamente dos ilustraciones típicamente rurales, ‘de campo’. Por este último detalle, es fácil imaginarse esta casa en

uso ya que las imágenes de ruralidad, en formato de ilustraciones tiene a repetirse en las casas actualmente habitadas. No tienen tanta relevancia; fueron dejadas atrás en la mudanza. Nadie en las entrevistas me los comentó sin que yo preguntara ya que simplemente son para decorar. No tiene historia detrás, sin embargo, se repiten una y otra vez en diferentes casas, en el living, en el corredor, en el pasillo y no se pueden obviar.

Al fin y al cabo, se trata de representaciones de paisajes rurales que conviven y alimentan las memorias del pueblo y a la vez su experiencia. En el caso de Lorena, artista visual que vive en el Patagual es bastante obvio, quizás por ser pintora. Me contó que ella, antes de venir a vivir a Guzmanes, solo lo conocía a través de pinturas. Su pareja anterior, el padre de sus hijos, venía a pintar a Guzmanes con otros pintores mayores de Aconcagua. Lorena me dijo cuando llegó se sentía *'viviendo en una pintura'*. Por esta misma historia, me comentaba como le apenaría que estos paisajes cambiaran, a raíz de la presión minera.

La representación de paisajes típicamente rurales parece ser un continuo. A veces, era tanto así que hasta se repetía la misma ilustración en los diferentes partes (*ver figura 3.10*). En algunas ocasiones pude preguntar por estos. Paulina (Guzmanes) quien tenía 5 cuadros de ese estilo en el corredor, me contó que su hermano se los trajo de regalo, con *'cosas típicas campesinas'*, que en las casas antiguas había. Así también Víctor (Guzmanes) en la casa nueva que había amoblado hace poco para su suegra, había dos ilustraciones colgadas que yo había visto en otras casas. Víctor notó que los miraba y me explicó: *'es lo que vemos todos los días. Las vacas, una mujer dándole moreno a las gallinas'*. Les gustaban por eso: los encontraron lindos, familiares y los compraron. Así mismo, en la cocina de María (La Canela) había dos cuadros con casi las mismas ilustraciones. Le pregunté por estos a su hijo y me dijo: *"La cocina [la de antes] era igual a la casa que sale ahí, y esa [apuntando a la mujer de la ilustración que alimenta a las gallinas] hazte la idea, es como mi mamá"* simulando las memorias de ella.



Figura 3.10 Misma ilustración en diferentes casas: de izquierda a derecha. Aida (Alto El Puerto), Charola (Valle Los Olmos) y María (Canela Alta).

La tensión del paisaje entre ser habitado y ser observado se hace evidente en estas ilustraciones, que obviamente al ser producciones en masa, no son realmente los paisajes de los pueblos rurales, aunque los utilizan así. La falta de representación -y la ausencia de fotos de aquellas épocas- la entrega el poder de la memoria a estas imágenes de orígenes

desconocidos, volviéndolas representaciones pictóricas de lo que es la ruralidad, incluso para sus mismos habitantes con sus experiencias para contrastar. Cabe cuestionarse cómo, si desde la perspectiva de Maderuelo (2007) la representación en fotos y pinturas hace emerger el paisaje como tal, actúan estas imágenes en el cotidiano, uniendo este plano imaginario con la vida concreta, y su relación con la memoria rural particular, en tanto es usado como recordatorio a ese pasado del cual no hay mucho más registros que objetos y construcciones presentes de aquel pasado y las historias en torno a estos.

Exponer colecciones y objetos

Como se mencionó en el segundo capítulo, la presencia de objetos que se consideran 'antiguos' en las casas y exteriores es bastante usual. Estos objetos son 'antiguos' porque han participado en las trayectorias del pueblo, en relación a la agricultura, la ganadería, la minería artesanal o de usos domésticos y ahora están obsoletos por diversos motivos y ya no cumplen sus funciones originales. A veces se trata de objetos que pertenecieron a alguien que conocían, un familiar en muchos casos y a veces tienen trayectorias anónimas y fueron encontrados en contextos de descarte. La presencia y exposición de objetos 'antiguos' como decoraciones podrían pensarse como representaciones del paisaje allá afuera, en tanto traen al cotidiano ciertos aspectos de este por sobre otros, que a la vez son parte de una construcción activa del paisaje íntimo.

Daniela, en una esquina de su sala de estar, tiene un mueble repleto de objetos que ella ha ido coleccionando de a poco, provenientes de diferentes lugares. Son botellas de vidrio que ya no están en circulación, recipientes, planchas que funcionaban con brasas, monedas, cubiertos, lámparas, piedras de cuando Antonio trabajaba en minas, un chonchón y un juguete que pertenecía a su abuela. Cuando le pregunté por la colección, la sacó para que pudiera mirarla, aprovechó de limpiarlas y mostrárselas al resto de los chicos que frecuentan el cuartel (*ver figura 3.11*). La Dani me cuenta que quiere hacer una repisa exclusiva para la colección, para mostrarla porque observa que a las personas que visitan su casa les gusta. Pero, aclara, no planea venderlas:

“Un día me dijeron: ‘Te doy 100 lucas por la plancha’ ‘No’ le dije yo, ‘no pasa nah’. No quiero venderla. Son mías, esas cosas ya no se van a vender nunca más. Incluso ahora ya está costando ver una plancha, no la encuentras en cualquier lado... es muy difícil.”



Figura 3.11 Colección de Daniela de objetos 'antiguos' de múltiples orígenes (Guzmanes).

En la medida en que son objetos que fueron reemplazados por otros, la colección de la Dani tiene valor, por ser escasos. Viven un proceso de singularización por la relación que ella establece con estos que los saca de las esferas mercantiles, no son intercambiables. Pero a la vez, muchos de estos objetos no tenían valor por si solos (un cubierto gastado o una moneda de 5 pesos) pero al volverlos parte de la colección adquieren valor como objetos 'antiguos' y llegan las ofertas de compradores, volviéndose mercancías nuevamente (Kopytoff, 1991). Esto no se opone al vínculo afectivo que

muchas veces se pueden establecer con ciertos objetos, cualquiera sea su contexto. Como la guitarra de Lucho, o el juguete que era de la abuela de Daniela.

Los órdenes de los objetos, imágenes, muebles y decoraciones a veces calculadas y a veces aleatorias tienen mucho que ver con el cotidiano de las casas. Gastón, quien junto con Isabel me recibieron en La Canela, me comentó que siempre le había llamado la atención del pueblo (el creció en otra localidad) que ponían una cama en el comedor. Ahí Isabel complementa: *“era la mejor cama que uno tenía, en mi casa se usaba así”*. Conto que era una cama grande de fierro que la ponían en el comedor, con un terciopelo de cubrecama. Nos acordamos en ese momento que cuando visitamos a Lidia unos días atrás tenía una cama en el comedor que nos hizo notar comentando era muy cómoda. Independiente de que si era generalizado en La Canela o no -según Gastón que sí- de la misma manera como sucede con imágenes y objetos que están de cierta forma en exposición en el living, la cama también está siendo expuesta indicando hospitalidad al visitante, y esto tiene sentido; varias veces Isabel me comentó cuando ella era pequeña en su casa solían recibir visitas ilustres.

Las decoraciones están dentro de la casa y también por fuera, dependen en gran medida de la naturaleza de estas y hacia donde es su visibilidad. La casa de Tito y Gabriela queda en el Valle de Los Olmos, en la ladera del cerro del Cristo. La casa es de un piso y tiene una subida de autos. Se ve nueva, es de madera. Tiene una bugambilia rosada que contrasta con la aridez del cerro. La casa llama la atención porque tenía en la parte que da hacia la calle una serie de objetos de diversa índole colgando; domésticos, herramientas para arar, para ganadería, para minería, e incluso partes de máquinas más grandes. Todas están pintadas de un color rojo ladrillo, dándole cierto orden y uniformidad a la propuesta (ver figuras 3.12 y 3.13).



Figura 3.12 La casa de Tito y Gabriela desde la calle (Valle Los Olmos)



Figura 3.13 Detalle herramientas de la casa de Tito y Gabriela.

Por este gesto con los objetos colgados, me acerqué a preguntar. Ahí conocí a Gabriela quien inmediatamente me dijo que su pareja -a quien conocí después- Tito, era de toda la vida de ese lugar, y que el terreno de al frente (que daba hacia el Valle) era de una tía de Tito que había sido muy querida, y ahí se había criado él. La herramientas las fueron encontrando en el terreno de abajo, donde Tito se crió y para *'no dejarlas tiradas'* las habían puesto ahí; *"para que no se viera tan pelao' al Tito se le ocurrió"*. Varias cosas eran del tío Miguel, tío de Tito que había tenido varios oficios entre ellos minero. Dentro de las cosas que se encuentran colgadas es posible ver machetes, puntas de arado, lámpara de carburo que utilizaban los pirquineros, artefactos domésticos como una plancha a carbón e incluso algunas herramientas industriales, o partes de estas, como la parte del radiador de un tractor. Pareciera ser que si bien es casa *'nueva'* (la construyeron hace 3 años) y se ve de esta forma en tanto no se utiliza barro de ninguna forma en la construcción, las herramientas parecen querer probar lo contrario. Como dijo Gabriela, Tito es de toda la vida de ahí, pero eso todo el mundo lo sabe, todos/as lo conocen porque además de su trayectoria de vida en el pueblo, hace fletes y trabaja en el Comité de Agua Potable Rural, por lo tanto, la intervención fuera de la casa tiene que ver finalmente con la autoexpresión y la construcción dinámica de su identidad.

Cabe recordar que fue Tito quien comentó la relevancia de la vista desde su casa, al momento de decidir con que parte del terreno se quedaba para él, cuando se repartió la herencia. La vista es importante desde la posición de la casa hacia los cerros y también al revés, desde los cerros o la calle a la casa, ya que la intervención está construida de tal manera de que no se aprecia de cerca -como si sucede con las colecciones dentro de las casas- se trata de una sumatoria de todos los artefactos pintados y colgados que solo toma sentido con distancia.

En resumen, los objetos colgados fuera de la casa de Tito y Gabriela, así como la disposición de las decoraciones, en particular las imágenes que se tienen en los living y comedores parecen ser una expresión relevante del habitar, en tanto parte de habitar es observar y a la vez, un forma de construir memoria en un contexto cambiante, donde los terremotos van botando las construcciones viejas además de los procesos de modernización que traen la agroindustria y sus consecuencias como la sequía, dejando

obsoletas ciertas maneras de hacer asociadas a ciertas herramientas como las que colgaron en la casa.

Sin embargo, la casa es solo una parte de los espacios domésticos. La actual casa de Rita no es la misma en la que creció, pero sí está en el mismo sitio. La parte donde sus abuelos 'habitaban' en palabras de Rita eran dos dormitorios y un comedor. Rita acota: *"Siempre había comedor, no se usaba living en esos tiempos"* explicándome lo reducido del espacio de la casa en sí misma, y continúa: *"y ahí, para acá para afuera -ahora esta tan diferente- ellos tenían una cocinilla de fuego (...). Y eso es lo que había. Y uno para llevar brasas, hacía fuego y le sacaba las brasas y se las llevaba al bracero para que estuvieran abrigaditos ahí. Pero todo se hacía afuera, no allá."* Como la cocina era a fuego, estaba afuera y todas las actividades en torno a la alimentación y la vida social en general, se hacían afuera. Hablar de la casa por sí sola tiene márgenes difusos ya que el dormir, alimentarse e ir al baño estaban -y en algunos casos están- distribuidos en el patio.

El patio

Los patios se ven teñidos por la actividad productiva de quienes ahí viven, si es que se trata de oficios o producciones propias, ya sea ganadería, producción de vino, chicha o chacolí, huertas o siembra de mayor envergadura. En el patio de Mario del Patagual (Guzmanes) es posible encontrar parte de su taller bajo un gran árbol donde tenía las mesas y herramientas de trabajo, con varios muebles en procesos. Él es mueblista. Así mismo, el galpón que está en el patio de Lucho (Valle Los Olmos) donde dejan secar las nueces del nocedal que tienen atrás con Temo. Este galpón constituye un espacio específico de trabajo dentro del patio; ahí se guarda lo necesario para el tratamiento de las nueces junto con todo tipo de herramientas que han sido ocupadas a lo largo de la vida para diferentes producciones. Celso (Valle Los Olmos) en su patio de cerro, bajo un gran pimiento y otros árboles tiene un espacio de trabajo, donde le pone las herraduras a sus caballos y otros. Tiene una mesa con cajones, donde las guarda y varias herramientas colgando, entre objetos en desuso. Es como el galpón, una especie de taller. Actualmente, en los patios hay muchas personas que tienen sus pequeñas producciones agrícolas, sobre todo para el auto consumo, como en caso de Luis, el tomero de Guzmanes, o en el caso de Héctor de la Canela Baja o Rolando de la Canela Alta, que tiene una pequeña chacra donde plantan papas, cebollas u otras verduras.



Figura 3.14 Gallinas, gallos, faisanes, pavos reales, patos entre otros esperando ser alimentadas en el patio (Valle Los Olmos).

Independiente de si existe una pequeña producción agrícola o ganadera, en muchas casas hay animales domésticos, en particular, gatos, perros y gallinas que habitan el patio. Aida (Alto El Puerto) me comentó que había tenido cuatro perros y todos estaban enterrados en su patio, ese era su lugar. Dependiendo del caso, a veces es posible encontrar caballos, cabras y una variedad más amplia de aves. Cada especie animal tiene sus espacios correspondientes.

Caballos y cabras tienen sus propios corrales, no así gallinas, pavos y otras aves que dependiendo de las personas (y los otros usos del patio) si estos están enjaulados o en secciones particulares, o sueltos libremente. En el patio de atrás de María, quien vive en la calle que se hizo para el terremoto en el Valle, cruzando una reja está el espacio de los animales, así lo indicó. Había cabras, en un pequeño corral y varias aves, en particular pavos, algunos sueltos y otros en un gallinero. Los sueltos estaban subiéndose al techo del gallinero y otros a un pino torcido que estaba justo delante del gallinero. Me contó que todas las tardes subían ahí para pasar la noche; esos eran sus usos cotidianos. En la casa de Lucho y Lala todas las aves estaban libres, pero eran incompatibles con el jardín y como la mantención de este se dificultó por la sequía, las aves fueron ganando terreno. A cierta hora del día las aves se agrupaban frente a la casa porque sabían que les iban a alimentar, y luego volvían a dispersarse; algunas en una poza de agua, otras a la sombra, algunos sobre la parra y los techos (ver figura 3.14).

Además de animales, en los patios es posible encontrar marcas de la historia del pueblo. Dependiendo del sector, atraviesan acequias de las cuales algunas se utilizan. Antes la acequia era parte fundamental del espacio doméstico, por ahí se extraía el agua para todos los usos domésticos, cocina e higiene, además del agua que se utilizaba para la plantación y para regar el jardín. La acequia y las grandes tinajas para acumular agua guardan esta memoria. En la casa de Homero en Calle Nueva como en la casa de Mario en el Patagual, a partir de las tinajas en sus patios, hicieron memoria respecto a estos tiempos (ver figura 3.15).



Figura 3.15 Tinaja en el patio de Mario (Guzmanes).

Jardines, árboles y plantas

A lo lejos, los espacios domésticos de la señora Venera eran fáciles de identificar a distancia porque había árboles altos que eran diferentes al matorral del entorno rocoso. Era una

corrida de álamos grandes, un peral, varios membrillos, olivos y una higuera, entre lo que alcancé a distinguir. Los árboles indicaban hábitat. Se notaba que varias personas habían vivido en ese espacio en tanto habían construido ese patio con diversas especies de árboles que ahora se veían añosos. Los jardines se van armando a través de diferentes fuentes. Juan y Fresia, en su jardín de cerro en Alto El Puerto tienen muchas plantas diferentes, repartidos en maceteros de diversas formas y tamaños, de diversos orígenes (envases, ollas, lavatorios, jarros, teteras) junto con algunas cosas plantadas directamente a la tierra (ver figura 3.16), entre ellas un pino que decoran para la Navidad. Cuando les pregunto del origen de las plantas y árboles, Juan me responde “*ve que en invierno siempre salen duraznos en los basurales, yo los saco y los planto...*” y así de a poco van armando el jardín, a partir de cuescos y de patillas que se sacan, o de plantas de la calle.

Así mismo, Gabriela y Tito, de la casa con objetos colgando, han construido su patio con especies de cerro, espinos, pimientos, algarrobos, quillayes junto con algunos frutales que no demandan excesiva agua. Parte de estos árboles los han obtenido a través de la Conaf, pero otra parte corresponde a especies que han traído ellos mismos de sus paseos a acampar a los cerros, como quiscos y un asiento de suegra. A pesar de no verse un gran jardín desde la calle, es cosa de preguntar para entender que cada especie está ahí por algo o alguien y que están situados cuidadosamente para crear espacios en el patio.



Figura 3.16 Olla y lavatorio antiguo, ahora utilizados como maceteros en el jardín de Juan y Fresia, de Alto El Puerto.

Los árboles o plantas del patio marcan el paso del tiempo. Héctor (La Canela) me indicó que sus tunales siempre habían estado ahí, y me mostró a raíz de eso un Nogal contándome que era de su tía. En el patio de Mireya y Edith, del almacén, también hay árboles con nombre propio: hay un palto y unos nogales que tienen más de 100 años, que plantó su abuelo. Celso del Valle Los Olmos tiene en su patio de cerro un olivo que plantó su madre. Así también hay plantas que pueden ‘ser’ de alguien. María de la Canela Alta tiene una zona de jardín cercado, para protegerlo de las aves. Se trata de una mezcla de flores y ‘*cosas para la olla*’ y dentro de estas había varias que eran de su madre, a quien le gustaban mucho las plantas.

El patio de María de la Canela del Medio está lleno de objetos, o mejor dicho cosas (Ingold, 2010). Un horno eléctrico convertido en un mueble para plantas, ollas con plantas, un neumático cortado para que los patos pudieran bañarse. Muchos elementos así, formando otras cosas, participando de otras formas. Le pregunte por sus patos y gallinas que ocupaban el patio escandalosamente y me dijo que los patos, los que le quedaban ya que varios habían muerto (por un zorro y por atropello), los tenía “*para el ojo*”, es decir, los tenía ahí para mirarlos porque los encuentra bellos. Por los patos había hecho un pequeño estanque para que pudieran bañarse. Por las gallinas tenía varias plantas en altura, sobre tarros, mesas, un horno viejo y colgando a un lado de la casa: le gustan las plantas. Se ríe de las gallinas cuando las ve correr a buscar escondite al asomo de lluvia. Pareciera que María en conjunto con sus aves construye el patio y lo modifica para la convivencia de todas las especies (*ver figura 3.17*).



Figura 3.17 Soluciones para proteger las plantas de las gallinas en el patio de María (La Canela).

Sin duda que las plantas, los árboles y las flores tienen ciertas cualidades que aportan colores y formas a los pequeños oasis que se construyen. La creatividad se vuelve otro factor relevante para estos ordenamientos y en las soluciones para que las plantas prosperen. María me contó que le gustaba ‘decorar’, que pintaba hasta las piedras, de colores distintos. Además de las herraduras, colgaba herramientas, también por el puro gusto. Dalila, en el Valle, también tiene un pequeño patio sobre el cerro, donde en la aridez, destacan unos cisnes hechos en base de neumáticos. Ema del Alto El Puerto tiene los mismos arreglos. A parecer un vecino los hace y ellas se lo encargan, en varias otras casas también hay. Dalila me comentó que le gustaba tener cosas novedosas y los cisnes en su patio siempre llamaban la atención (*ver figura 3.18*).

Hay algunos aspectos que se repiten en los patios. La ruda a un costado de la entrada de la casa es un aspecto relativamente común del habitar. Rita (Valle Los Olmos) me cuenta que protege de las malas energías y de las malas personas. Fresia, de Alto El Puerto, me cuenta que es esencial situarla al lado izquierdo de la casa, para alejar los malos espíritus, “y si se le seca” me dice Fresia “es porque la casa está cargada”.



Figura 3.18 Cisnes hechos en base a neumáticos (Valle Los Olmos).

Otro aspecto común son las grutas. Mario, el mueblista del Patagual, tiene una gruta a la salida de su casa, en medio del patio. Me contó que la hizo para su madre que era muy devota; “*hazme una grutita niño*” le decía (ver figura 3.19). Coincidentemente, en la casa de Ema en Alto El Puerto también hay una gruta a un costado del corredor construida por su hermano para su madre: se trata de la virgen de Lourdes y se trajeron la figura desde Santiago.



Figura 3.19 Gruta en el patio de Mario (Guzmanes).

La grutas, como en algunos casos descritos en el segundo capítulo, se tratan de una interacción con la piedra para crearle hueco a la figura de la virgen con esa forma cóncava y contenedora. Además, existen las grutas domésticas, hechas a partir de piedras o cemento, con esta misma forma, o incluso otras soluciones. Afuera de la casa de Jorge en la Canela Baja hay un árbol ancho que talo hace poco, y con el tronco cortado (de 1,5 metros de alto) armaron una gruta, ahuecándolo para poner a la virgen del Carmen ahí. En ese caso, la construcción de la gruta implicó una interacción con las durezas y posibilidades de la madera. Lo pintaron blanco y le ponen flores. Otra vez, se trata del hijo de Jorge quien armó la gruta para su madre (ver figura 3.20).

Cabe destacar que no todos los jardines se componen de flores o plantas. Para Sonia de Calle Nueva, ha construido con sus colecciones de piedras. Me cuenta que en un principio Sergio, su marido, sólo quería poner pasto y fue todo un proceso donde ella ocupó progresivamente el espacio hasta que “(...) *ya después me adueñé, dije ‘soy yo la que pasó todo el día en mi casa, a mí me gustan las piedras, yo quiero decorar con piedras’. Soy yo la que corto el pasto, soy yo la que puedo, soy yo la que hago todo, entonces ¿por qué yo iba a limitarme si mi marido no pasa prácticamente en todo el día?’*”.

Sonia se reconoce dueña de ese espacio. Eso mismo sucede con Luis, el tomero de Guzmanes. La parte de jardín se la atribuye a su pareja, ella es quien las cuida y quien decide en ese espacio. Las decisiones de orden, colores y formas, tanto en la casa como en el jardín normalmente responden a los criterios de una persona y estas personas por lo general suelen ser mujeres, al muchas veces ser ellas quienes se encargan de labores domésticas.



Figura 3.20 Gruta a la virgen del Carmen a partir de un tronco cortado (La Canela).

Cosas, vestigios, senderos y nuevos usos

En los patios, así como sucede en los cerros, se ubican todos los objetos en descarte, pero en este caso, no se podría decir que están completamente descartados; nunca se descarta la posibilidad de volver a ser reutilizados, aunque diste de su uso inicial. Como se mencionó, dentro de las soluciones para la prosperidad de las plantas, las ollas más viejas y los lavatorios se vuelven maceteros. Gabriela le da comida a sus perros en lo que alguna vez fue una piedra de moler. Objetos en el patio se convierten en cosas, en términos de Ingold (2010) ya que convergen con insectos, animales y plantas, siendo inseparables después de este contexto.

Así mismo, como fuera la abandonada casa de Venera en los cerros de Guzmanes al pueblo, en los patios se convive con formaciones de materiales de otros tiempos de sus habitantes que a veces se les asignan otros usos. Héctor (La Canela) vive en un terreno donde hay varias casas, en diferentes estados y cada una de estas se usa de formas distintas dependiendo de la relevancia de su trayectoria. La casa de su infancia, de quincha y techo de caña de maíz, está relativamente intacta, con unos plásticos en el techo por la imposibilidad de cambiar las cañas. Se ha preocupado de mantenerla; no así otras construcciones de quincha en mal estado que ahora las utiliza como pajero (*ver figura 3.21*). Augusto, quien vive en su casa donde creció, utiliza una de las construcciones de quincha en mal estado como casa para los perros.

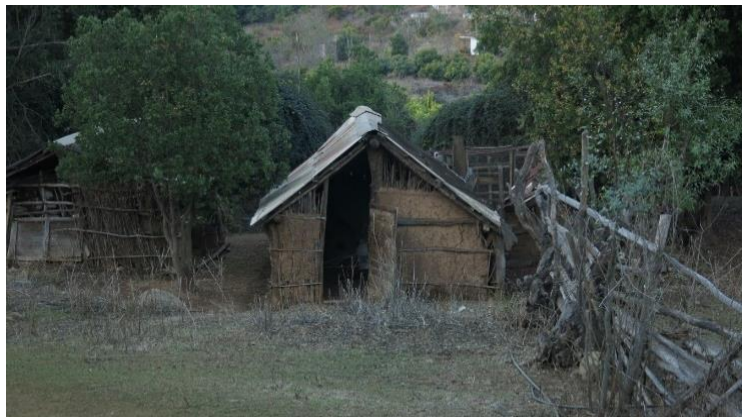


Figura 3.21 Casa de quincha que se utiliza como pajero por Héctor (La Canela).

A veces quedan ciertas marcas en las formas del patio que indican que alguna vez hubo algo construido. Cuando estábamos conversando con Héctor, noté que estábamos parados en un sector particularmente plano y se alcanzaban a esbozar unos cimientos de casa. Esa casa la botó, pero los cimientos no desaparecieron; era de otra familia, de la hermana de su papá, quienes también vivían en ese terreno.

Cuando se observa algunos patios, parecieran repletos de historias, algunas más a la vista y otras más enterradas, en tanto los objetos van ocupando distintos lugares de visibilidad y las actividades van dejando huellas. Un día Magdalena, nieta de Lucho (Valle Los Olmos), nos mostró su colección de bolitas y nos contó que cuando estaban haciendo unos arreglos, Temo, encontró algunas de ellas -las de piedra y vidrio más antiguas- enterradas en el patio. Las bolitas eran de los hermanos Silva, Temo y Lucho, pero entre los arreglos y crecer, quedaron enterradas justo al frente de lo que hoy es el corredor. La Magda las vuelve a poner en movimiento dos generaciones después.

Las historias están en el presente a través de objetos o formas varias. Cuando estuvimos conversando con Celso (Valle Los Olmos) en su corredor, él me contó muchas vivencias. Recordaba con mucho detalle los trabajos que le habían tocado hacer de agricultor, de maestro, o de ganadero y todos los momentos de su casa. Luego de conversar, subimos por uno de los caminos delimitados del patio de cerro para que me mostrara la colección de botellas que tenía y progresivamente en el patio me fue mostrando pedazos de todo lo que me había contado. Me muestra sus 'cachureos' en sus palabras: unas bicicletas apiladas sobre una rama del pimiento, además de los objetos que eran de la fuente de soda, sus herramientas, actuales y viejas, junto a una serie de cosas que ha encontrado en su pasar por los cerros como cuernos de chivatos, huesos y piedras. Me especifica que ahí "no se bota ninguna cosa" (ver figura 3.22).



Figura 3.22 Celso mostrándome un chunchón entre sus 'cachureos' (Valle Los Olmos).

Además de todo esto, hay objetos que se ubican en el patio estratégicamente para ser observados, así como sucede con las decoraciones del living. Junto al galpón en la casa de Lucho (Valle Los Olmos), hay una carreta estacionada, que se ve desde la calle. Cuando pregunté, Lucho me contó que son de los carros que utilizan en la Vega de Santiago. Me contó que se la compró a un vecino porque le gustó y desde que la tiene ahí "llama mucho la atención" y que incluso, varios/as han querido comprársela (ver figura 3.23).

Isabel, en su patio de La Canela, hay unas ruedas de carretela de buey que pertenecían a su padre. Así mismo, en la entrada me mostró un yugo pequeño colgado, me contó que se lo hizo un vecino y estaba ahí para decorar. Son dos objetos con trayectorias radicalmente distintas que terminan en lo mismo, siendo conservados en el patio. Es interesante ver como no todos los objetos o cosas que están en el patio responden a experiencias localizadas; muchas veces tienen que ver con gustos, con ideas, que surgen en el acto de decorar,

siendo esto parte del habitar. A la vez, remiten a algo extremadamente particular que es la agricultura, tanto la carreta como el yugo, que, si bien no son 'originales', propias de sus historias (como si lo sería la rueda del padre) despiertan recuerdos y tienen que ver con la autoexpresión, recordando un poco a la casa con herramientas colgando en la fachada.

Lindor me comentó algo similar a lo que se observa donde Isabel. Tiene en su portón dos ruedas de carretillas que se consiguió y compró para poner ahí. Cuando le pregunté por ellas, me contó de estas y a raíz de esto, me contó de unas ruedas de carreta que eran de su padre:



Figura 3.23 Carreta de Lucho siendo expuesta al callejón Los Briones.

“Y las de carreta están donde mi hermano, pero esta hambriento de venderlas. Un día me voy a ofrecer yo y me las voy a llevar, porque le digo ¿sabís' que le digo yo? Esto, no tienen precio estas ruedas ¿por qué motivo? Mi papá sacaba unos árboles que entre dos no los cruzaban para sacar la rueda y después que tenía la rueda hecha, la rueda acusaba una pifia y no servía, y había que sacarlo a puro chuzo y pala, y hacha. Cuando tuvo las ruedas de carreta mi papá fue como haber tenido un vehículo, haber cumplido un sueño, como el sueño de hacer esta casa y todo. Entonces ¿venderlas? ¡no tiene precio! (...) Yo creo que ahí, podría un palo y las pondría y la barnizaría, y cómo quedarían ahí, ahí mismo. Un poquito salidas para afuera... hay lugar donde ponerlas.”

Las ruedas de su padre, por lo que significaron en ese momento, tienen un valor afectivo y están completamente singularizadas, son irremplazables (Kopytoff, 1991). Las ruedas de la reja son parte de sus preferencias que él elige en relación a su identidad y tienen un valor, no son incomparables; de hecho, una de ellas la compró. Y es por esto que puede tenerlas afuera, lejos de la casa. Las ruedas de su padre merecen una posición especial, *'un poquito salidas para afuera'* solamente.

Pareciera que el tiempo de los materiales y de los objetos no es lineal. Pueden haber caído en el desuso, para luego (años o décadas después) ser reutilizados con funciones que pueden alejarse o no de sus sentidos originales. Ser reincorporados en otra construcción, o permanecer como recordatorio de historias. Muchas veces este nuevo uso tiene que ver con la exposición, por su condición de objetos 'antiguos' construyendo y reforzando cierta historia del pasado, haciéndola permanecer y siendo resignificada en el presente.

Los objetos 'antiguos' pocas veces hablan de la antigüedad de la ocupación del grupo familiar, hay otras formas de observar esto y es a través de las ocupaciones de los espacios en el patio. Los senderos, escalones y contenciones en el patio de Celso son prueba de los movimientos reiterados a través del tiempo en conjunto con sus animales, que tienen formas propias de moverse y sus espacios. En este fluir crean espacios de convergencia; por ejemplo, espacios con sombra -que también podrían pensarse como lugares- ampliando

así el espacio doméstico. Jaulas con aves y conejos, espacios de trabajo para los caballos, corrales, que solo con la compañía de Celso se hacen evidentes en el cerro. Desde la calle es difícil sospechar la amplitud de este patio.

La construcción del patio de Celso se ha generado progresivamente en el tiempo, un poco por la necesidad de espacios para los animales domésticos por su ocupación, pero no todos los espacios en el patio se construyen por trabajo. Tito y Gabriela, de la casa con objetos colgados, han ido progresivamente construyendo el patio, que también es en una ladera del cerro. Han ido creando senderos y construyendo espacios para poder sentarse y apreciar la vista. Los senderos que han ido construyendo son una combinación entre lo que ellos planean o imaginan y lo que el cerro y sus cuerpos permiten para formar un tránsito efectivo.

En ese sentido, la construcción del patio depende en gran medida de las posibilidades de este, pero más de la creatividad para llegar a soluciones que sean del agrado de cada grupo familiar. Caminando por la Peña conocí a la familia de Víctor y Dalila. Él, de Putaendo y ella de Guzmanes, habían llegado a instalarse hace pocos años en ese terreno, perteneciente a la familia de Dalila. Víctor me mostró el patio que lo había ido construyendo por partes. Mientras lo recorríamos me iban contando; entre flores y árboles habían ido construyendo senderos y diferentes zonas a modo de crear espacios para estar afuera. Habían hecho una gruta y un horno solar. Entre medio del patio estaban las esculturas de Víctor, hechas con restos de máquinas varias, partes de automóviles y cualquier cosa que encontrara, armando pequeños personajes que habitan su patio (*ver figura 3.24*). Todo esto es un trabajo en proceso: desde arreglos en la casa hasta construir un dinosaurio Rex está en sus planes. Venera, la tía de Dalila que estaba de visita cuando les conocí, le comentaba con admiración a Víctor como podía hacer un restaurant o algo similar en un horizonte de turismo local. Víctor fue concluyente: lo que él hacía en la casa era para disfrutar en familia. Se trata simplemente de hacer suyo el patio que alguna vez fue desértico, en un despliegue de creatividad notable, patio que ahora estaba en vías de convertirse en un frondoso jardín.



Figura 3.24 Esculturas creadas por Víctor en su patio (Guzmanes).

El patio, así como la casa, está continuamente siendo modificado en el habitar de quienes ahí viven, en una construcción constante. Como me comentó Celso, a raíz de que me contaba que quería construir un muro de contención en el patio: “*yo no voy a terminar la casa, voy a morir y la casa va a quedar, así como esta*” siendo el patio de Celso parte de la casa.

Celso y su familia en un continuo habitar están íntimamente relacionados con su terreno y toda esa parte de la ladera. Me contó que fueron ocupando el cerro ‘*así no más*’, con senderos y corrales, y un día, a raíz de un desencuentro, apareció alguien que reclamaba

ese pedazo de terreno diciendo que se lo había comprado al dueño. Celso no cedió así que días después llegó el supuesto dueño:

“Llegó y me dijo ‘yo soy el dueño’ y yo le dije: ‘No poh’, usted tampoco es dueño. Usted tiene cuantos años menos que mí, yo conocí este cerro cuando yo estaba niño y usted llegó después de Santiago aquí’ ‘Es que es de mi papá’ ‘De la calle para el bajo podría haber sido de su papá, pero de la calle pal’ cerro no’ le dije yo. ‘De aquí no puede ser dueño nadie más que yo que lo tengo ocupado no más””

Independiente del verdadero dueño de las tierras, esas son sus tierras desde niño, por lo tanto, la soberanía no tiene que ver con formalidades, tiene que ver con la permanencia y el uso en el tiempo, con la relación cotidiana que ha establecido con su terreno.

Ramadas, bajo la parra, terrazas y otros

En los espacios de Venera había, alejadas de la casas que parecían dormitorios, dos construcciones sólo de piedras, bastante más desarmadas que las anteriores, *‘la edad de piedra’* dijo Antonio cuando nos acercamos a verlas. Una de ellas estaba hundida y colgaban desde las vigas de madera ciertos elementos como sartenes, tapas de ollas y chucos, lo cual me hizo pensar que era una cocina. Había palos horizontales colgando (para colgar carne, cueros o cualquier cosa que necesitara secarse) y el suelo estaba tapado con unas tablas y ramitas secas, donde quizás ahí estaba el fogón (*ver figura 3.25*).

Y tiene sentido que, por el viento, al tratarse de la cocina, sea la única construcción hundida. Antes, la dispersión de los espacios domésticos tenía que ver con que las tareas necesarias para vivir; cocina e higiene, se encontraban fuera de la construcción casa, que correspondía a los dormitorios, y a veces a un comedor. Actualmente, si bien las cocinas están dentro de la casa, hay una serie de espacios intermedios para cocinar y comer que se superponen con lo que alguna vez fue una cocina exterior.



Figura 3.25 Probable cocina en los espacios domésticos de Venera (Guzmanes).

Cocinar y comer

Acompañé una mañana a Isabel (La Canela) mientras amasaba para hacer pan en el horno de barro. Mientras trabajaba, yo le preguntaba acerca del proceso y ella alternaba explicaciones del proceso con algunas memorias, de como ella lo aprendió mirando en la cocina de su madre. La habitación -me contaba- era grande; con una mesa larga para todos los hijos, otra mesa para los trabajadores y una mesita pequeña donde se sentaban madre y padre. Había un cimiento de ladrillos para hacer el fuego y un horno de barro grande, donde cabían 100 panes. En las murallas, en los mismos palos de la quincha, se ponían alambres donde se colgaban los implementos necesarios, como ollas y sartenes, junto con

carne secándose al humo y fuego. La conversación continuó y la acompañé al horno, en el camino me señaló unos peldaños en medio del patio. Estos marcaban la entrada de la cocina de su madre.

Cocinar con fuego requería mucha leña, y a la vez, el uso de estas ramas permitía ir limpiando los terrenos. Como me contó Jorge, el profesor del Valle, su madre hasta el final continuó cocinando con fuego a pesar de tener cocina a gas, porque era más económico, “*siempre se generó mucha leña por los árboles*”. La cocina a gas, me contó, la utilizaba solo para recalentar la comida o para el desayuno. Actualmente Rolando hace lo mismo: tiene una construcción de quincha que están envejecida y la utiliza para almacenar comida y trigo para los animales, una mitad y la otra mitad (tiene una separación) como cocina. Esta funciona en paralelo a la de su casa actual donde tiene una cocina a gas. Me comenta que “*cuando está bueno [el clima] se cocina con leña afuera o ahí en el quincho*” a modo de ahorrar, me explicó. En casa de Luis, tomero de Guzmanes, sucede algo similar en tanto tienen cocina adentro, pero afuera en la terraza tienen una cocina a leña donde suelen cocinar, con excepción de los días en que hace mucho frío. La cocina de leña actual esta curiosamente ubicada en el mismo lugar donde estaba la pieza de la cocina cuando él era pequeño.

En la casa de Mila en la Canela Baja, igual que donde Luis, existen dos cocinas, pero la exterior está en una habitación aparte. Era la antigua que revistieron en cemento. Mila con María, una vecina, estaban preparando empanadas en grandes cantidades por encargo y parte de la preparación la estaban haciendo ahí el día que yo las visité. Además, en el mismo terreno tiene su casa Neco, hermano de Mila, que también ocupa esa cocina. La cocina es grande, de barro y con gruesas vigas de madera, con implementos colgando y una mesa grande.

En la casa de Lidia, en la Canela Baja, también existen dos cocinas, pero en un caso intermedio a los anteriores; se trata de un espacio de ramada, pero cercado, por los animales (*ver figura 3.26*). Está junto a la casa, que también tiene cocina adentro. En verano se utiliza ese espacio de afuera para cocinar. En ambos espacios tiene lavaplatos y una mesa grande donde comen con familia y visitas.



Figura 3.26 La cocina exterior de Lidia (La Canela).

La introducción de las cocinas a gas permitió que el recinto cocina se incluyera junto a los dormitorios, o al recinto dormitorio-comedor, cerrando las casas progresivamente, pero como sucedió con la madre de Jorge, muchas personas jamás han renunciado a la primera cocina a leña, por practicidad y costumbre. El encuentro en torno a la cocina leña, al fuego y por lo tanto, al calor, siempre ha sido especial, así como lo es en torno al brasero, sobre todo en los inviernos. Como me contó Augusto de La Canela:

“(...) las casas en invierno no se ocupaban casi, se ocupaban los puros dormitorios para ir a dormir, todo se hacía en la cocina, las cocinas eran grandes. Ahí tenía el horno pal' pan, pa' moler, tenía la mesa pa' comer, tenía todo ahí. Cuando llovía, podía pasar una semana y uno estaba ahí. Tenía la comida... y calentando, teniendo leña. Porque no tenía ninguna otra entretenición, no había nada, no había televisión, no había radio, no había nada (...) Andábamos todos hediondos a humo. Todo el día oliendo a humo.”

El detalle experiencial del olor es interesante, así como la observación de Rita sobre las cocinas a leña, cuando me cuenta como eran antes: *“había una cocina con techo donde usted hacía fuego ¡todo tignao!”*. El techo de la cocina negro por el mismo humo del fuego.

Por esta importancia de la cocina a leña, de todo lo que implica este ejercicio y el encuentro entre personas, que muchas veces, si bien ya no se cocina exclusivamente con fuego, hay un espacio de cocina exterior, a veces fusionado con una ramada, una terraza o un quincho.

Cuando le pregunté a Lalo por la distribución de los diferentes espacios antes, en su terreno actual en la Canela del Medio, me contó que no habían cambiado demasiado, ya que donde actualmente está la ramada eran las cocinas, igual como le sucedía a Luis. Cuando conocí a Lalo, lo encontré bajo la ramada con otras personas desgranando choclos para hacer humitas en un fondo con una cocina a gas, y en la mesa un gran cerro de hojas de choclos junto a muchas sillas; se nota que utilizan ese lugar de reunión y así me lo comentó Lalo, que se reunían en torno al bracerero, cantaban y tocaban guitarra.

En muchos patios o junto a las ramadas o espacios techados es posible encontrar hornos de barro (*ver figura 3.27*). Se utilizan usualmente para hacer pan amasado y otras preparaciones. Paulina, de la Cancha (Guzmanes) me comenta que ella considera que la presencia de animales, como gallinas, perros o gatos y el horno para amasar es de las cosas que tienen en común la mayoría de las casas. Los hornos que están en uso se distinguen por estar tapados con nylon o plásticos, si es que no les han construido un techo, para que la lluvia no lo deteriore.

El quehacer en torno al horno suele estar vinculado a alguien en específico: en la casa de Jorge (Valle Los Olmos) tienen un horno que ya no ocupan. Era de su madre que amasaba pan con harina negra todos los viernes. Lalo, de la Canela del Medio, me mostró también su horno, que lo construyó su hermano antes de fallecer y por eso lo señaló.

El pan amasado en horno o las empanadas tienen cierto valor agregado por su preparación en el horno mismo. Por eso, un horno eléctrico no podría jamás reemplazar un horno de barro; se utilizan para cosas distintas y los resultados son distintos. Así mismo sucede con la cocina a leña; hay preparaciones que requieren ser preparadas



Figura 3.27 Isabel echando los panes al horno de barro, luego de haber hecho fuego (La Canela).

con fuego o en el exterior por el espacio que ocupan, como sucede con las humitas en la gran cantidad que estaban haciendo Lalo y su familia.

Respecto a los espacios intermedios descritos, más allá de los materiales y la forma en la que están contruidos, son muy comunes. Pueden tener un espacio de cocina o no, pero siempre son techados, convirtiéndose en invierno en un espacio de refugio de la lluvia donde se puede poner el brasero y en verano, un espacio de sombra para almorzar o pasar la tarde. Además, muchas veces tienen mesas largas que permiten recibir visitas a diferencia de los comedores interiores. En resumen, se trata de espacios de socialización en torno al calor y la comida. Estos espacios intermedios, que no son ni el patio ni la casa, tienen sentido en el clima oscilante de Chile Central y pueden ser ramadas, terrazas, quinchos, parras o incluso corredores.

Hacia la calle o en el corredor

Sucede que donde hoy hay corredores, en algunos casos antes existían en ese mismo lugar, parras o ramadas. Así como la cocina se integra -en parte- a la casa, el espacio exterior de sombra, intermedio entre el afuera y adentro, se formaliza incorporándose en la construcción. Charola (Valle Los Olmos) me cuenta que antes de que hubiera corredor, había muchas parras que daban sombra, y me muestra en una esquina, un tronco ancho que tuvieron que cortar por la sequía. El corredor, como espacio tiene sus propias funciones al tratarse de un interfaz -físicamente hablando- entre la casa y el exterior, que suele ser la calle.

La entrevista a Paulina en la Calle de la Cancha trascurrió en su corredor mientras ella planchaba. Como ella llevaba 60 años viviendo ahí, me contaba aspectos de su vida en el pueblo y desde su corredor que da para la calle, me indicaba. Antes no tenían ese corredor, el agua se entraba y se hacía mucho barro. Esa es una de las muchas funciones del espacio corredor, genera espacio previo para que la lluvia no entre, y además, genera una masa de aire que sirve para que los cambios de temperatura entre el exterior y el interior no sea tan dramáticos.

Como buena parte de la vida transcurre en el exterior de las casas, por las segundas cocinas o por los usos del patio, el corredor es un buen espacio de refugio, incluso en invierno. Los braceros en los corredores es algo común. Cuando conocí a casa de María en el Valle, vi que tenía un brasero con brasas y una tetera en la esquina del corredor. Al notar que lo estaba mirando me comentó “*yo no suelto mi brasero*” y que, aunque ocupaba la cocina adentro, en las tardes tomaba té con el brasero. De hecho, tenía una tetera para la cocina y luego que el agua hervía la trasladaba a una tetera para el brasero, más ennegrecida, para que se mantuviera el calor (*ver figura 3.28*).

Otras características de los corredores tienen que ver con sus potenciales usos. La casa de Rita en el callejón Los Pérez, la segunda vez que fui, estaba siendo remodelada. Cuando estábamos sentadas en el corredor recién arreglado pasó una vecina que la saludó desde la reja. Comentaron entre otras cosas lo lindo que había quedado la terraza, que para el 18 servía para poner una mesa afuera o para sentarse a tomar mate y ver la lluvia, o incluso para recibir a la virgen ahí con más espacio que adentro, como extensión de la casa. El corredor y en particular el brasero ha sido históricamente fundamental para el encuentro de las personas. Como me comenta Omar:

“Yo recuerdo una imagen que estaba mi mamá sentada, en el corredor de adentro, estaba el brasero y estábamos todos los pollitos alrededor de ella, que nos llegara el mate, y todos con paciencia en esperar el mate (...) siempre relacionado con el brasero, las imágenes más bonitas, siempre con el brasero, era el centro de reunión el brasero”



Figura 3.28 El brasero en el corredor de María (Valle Los Olmos).

El brasero reúne por su calor, además, en concordancia con Omar, se podría decir que es una forma de sociabilidad claramente campesina, donde se privilegia la palabra hablada (Valdés y Rebolledo, 1994).

Además, desde ahí se participa a la vez del ritmo del pueblo, se generan conversaciones casuales y se enteran de esta forma de las noticias y actividades del pueblo. Así como las bancas fuera de cada casa sirven para tomar el fresco, en los corredores, sobre todo aquellos que dan a la calle, sucede lo mismo. En los espacios intermedios transcurre el pueblo día a día. Gastón, todas las tarde se sienta a mirar por la ventana, desde la calle lo saludan y él de vuelta. La ventana es también una interfaz, como el corredor. Gloria y Goyo, de la Canela Alta, cuando les pregunto por el espacio techado que tienen a la salida de la casa me cuentan:

“En verano aquí es fresquito, para almorzar. Adentro se caldea mucho con el fuego ahí. Para invierno eso es bueno, pero ahora en verano comemos acá afuera. Si pasa alguien lo sapeamos [risas] A usted no la habíamos visto pasar para arriba.”

La casa de María tiene vista al Valle Los Olmos, y desde su corredor-terrace mira el atardecer. En lugares como este, o Alto El Puerto, los terrenos son inclinados y los corredores de las casas son terrazas. La vista pasa a ser otro elemento del corredor.

Por la misma visibilidad de algunos corredores, estos son un lugar significativo para exponer. Ya no se trata de objetos delicados como fotos familiares, o diplomas, sino que son objetos que pertenecen al exterior de la casa, por ejemplo, herramientas de arar. Israel, de la Canela Media, tiene una horqueta en la entrada de su casa, que es corredor y a la vez cochera (ver figura 3.29). Cuando le pregunté me contó de ella:

“Esa se llama horqueta, un aparato que antes lo usábamos... los viejitos lo usaban para trabajar, cortaban una rama y la sacaban con esa, esa herramienta prestaba mucho servicio aquí. Esa debe tener 80 años, el otro día me vino un amigo que quería comprarse ese terreno para abajo y la encontró por ahí botada: Oye mira, la sacó, y la voy a sacar de ahí y la voy a barnizar, porque es un recuerdo viejo, un recuerdo, queda bonita ahí. En otras casas hay unos yugos que llaman.”



Figura 3.29 Horqueta colgando en el exterior de la casa de Israel (La Canela).

Recordando el yugo a la entrada de la casa de Isabel, la horqueta en el corredor de Israel pareciera indicar algo similar, cuenta una historia, aunque no precisamente haya pertenecido a él la herramienta. Me cuenta que le trae recuerdos, *“recuerdos que trabajábamos antes acá”* me dijo, aunque él se fue a vivir a otra parte a los 22. Los recuerdos son *‘de los más antiguos’*, me aclara. También, tiene herraduras, como ya fueron mencionadas, y lo relaciona a la horqueta: *“Es como una tradición. Dicen que, según los antiguos, es bueno tener una herramienta, algo, en la casa (...) Una cosa, así como una herradura... o un yugo. Cosas antiguas”* explicándome así porque esto se repite seguido en las fachadas de las casas y corredores.

Así como las herraduras que se encuentran tiradas en los cerros, también es común ver ramas o piedras, que por algún motivo particular terminaron en el corredor. Aida de Alto El puerto tenía unos cachos de chivato colgados, pintados por su nieta (ver figura 3.30). Todas estas decisiones tienen que ver con la ornamentación y en esto la creatividad juega un papel fundamental.



Figura 3.30 Cachos de chivato a un costado del corredor (Alto El Puerto).

Otro de los objetos que se suelen encontrar a un costado del corredor o del patio es la piedra de moler, ya mencionadas. Son piedras relativamente planas, con desgaste en el centro. Muchos la identificaron como piedra perteneciente a *‘indios’*, pero muchos otros comentaron que la utilizaban padres o abuelos en la tarea de chancar o moler el trigo. Edith me contaba que era la piedra de los abuelos. A Sonia, coleccionista de la Calle Nueva, le han regalado un montón de cosas cuando se enteran de que ella valora los objetos *‘antiguos’* y en particular las piedras. Las piedras de moler encarnan ambas cosas, por lo que tiene varias.

Rita mientras me contaba historias de sus abuelos, de repente recordó la piedra de moler, como parte de las labores de la casa y me la indicó:

“Ella [su abuela] compraba los quintales de harina, los de trigo, porque ella hacía su harina tostada, su chanco' todo esas cosas la hacía la gente antigua. Tenían unos morteros y chancaban el trigo y tenían para el almuerzo, para hacer comida, la harina, también. Tostaban el trigo y lo molían en esas piedras. Esa piedra que hay allá al frente, mire, en el piso, esa es piedra de moler. Esa piedra usaban para moler la harina tostada. Así hacía... por eso digo. La gente era muy... y buscaba, hacían de madera los morteros o hacían de piedra, buscaban piedras en los ríos, lo que fuera, y se acomodaba.”

La piedra sirve como recordatorio de esa parte de la historia. Luis, en Guzmanes, entre medio de maceteros, tenía varias piedras de moler. Una de estas me contó que se la habían traído de La Peña en auto, era de su abuela materna donde molía el maíz. Ellos en la Cancha no la utilizaron. “*Son como reliquias*” me comentó (ver figura 3.31).

Entre los elementos que se usan para decorar, en los tres pueblos y de vez en cuando, aparecen tejas de barro que pintan con diferentes motivos, gallinas, flores y otros. Rita contó que se lo había regalado una prima. Si bien casi nadie declaró que sus casas eran con techos de tejas de barro, se vuelven otro elemento que objetifica lo rural, sin duda pertenece al mismo mundo, así como las herramientas y los objetos ‘antiguos’ en general. Daniela tenía dos tejas de barro apiladas y le pregunté de donde eran, me dijo que las sacó de una casa que estaba abandonada y que había visto que las pintaban, y quería pedirle a un amigo si es que se las podía pintar.



Figura 3.31 Abajo, piedras de moler en el patio de Luis (Guzmanes).

Volviendo al corredor de Rita recién restaurado, conversamos un buen rato hasta que Rita me hizo notar la máquina de coser de su abuela, que la tenía puesta al centro, justo al lado de la puerta. Su abuela era costurera y la maquina la ganó su papá en una rifa. Su abuela la ocupó tanto que una parte se gastó y dejó de funcionar. Desde ahí que Rita la guarda:

“No, y ya la guardé, la guardé y ahí la tengo, y siempre me la ven y me la quieren comprar. ‘No’ le digo yo ‘porque son recuerdos’. Parte de mi papá y de los abuelos y la tengo ahí, a la entrada para que me la miren, así que sí.”

Muchos de los objetos ya mencionados, distribuidos en los patios, provenientes del pueblo, pero sobre todo de los cerros, están en los corredores en exposición. En el corredor de Ema de Alto El Puerto, es posible ver una multiplicidad de elementos colgando, objetos antiguos, así como Daniela de Guzmanes, pero ella los tiene en el corredor exponiéndose a quienes llegan. Con el rato fui descubriendo la historia de cada uno de esos objetos, mientras me contaba sobre sus experiencias, poniendo especial énfasis en aquellas que la llevaron a un cambio de residencia y la llevaron a la actual.

Comenzaron a aparecerse un montón de objetos colgados que antes no había notado. Muebles hechos por sus hermanos, un enano que se lo habían regalado hace poco a su mamá, la señora Teresa, quien era la verdadera dueña del jardín, y unos cisnes neumáticos, también regalados. Tenía planchas antiguas, lámparas antiguas, junto a cosas no tan antiguas, como, por ejemplo, un reproductor personal de CDs y otro de casetes. Me cuenta que si tuviera que sacarle una foto a su casa le sacaría de frente para que se viera todo lo del corredor, que es su colección de 'cosas antiguas' (ver figura 3.32).

En particular, me hablo de una ollita de greda. Pertenece a la madrina de su mamá que con sus propias manos la hizo y se la regaló. Ema estuvo viviendo un tiempo en Los Briones y se llevó la ollita para allá, la ponía afuera con agua para los pajaritos. Sergio, coleccionista de Alto El Puerto, le ofreció comprarle la olla y Ema se negó rotundamente, la olla no tiene precio. Es lo único que ella se llevaría si tuviera que dejar repentinamente su casa, porque la ha acompañado en todos los cambios.



Figura 3.32 Algunos objetos en el corredor de Ema (Alto El Puerto).

Además, en los corredores se pone todo tipo de creaciones personales, como cuadros o esculturas. El ingenio de sus habitantes es fundamental. En la entrada de la casa de Lalo, tiene lo que parece una escultura de caballo: de una rama que encontró tirada en los cerros, supo posicionarla para que pareciera un cuerpo de caballo, y de otra, la pintó para que se viera como la cabeza del caballo. Me contó que desde que la puso ahí, mucha gente para sacarle fotos. Estaba en sus planes limpiarla y posicionarla mejor.

A partir las colecciones de objetos ya mencionadas en las casas, mucho más extendido de lo previsto, sería posible repensar el paisaje, la construcción e identidad y la memoria de los pueblos de pequeña propiedad y orientar su mirada hacia las posibilidades del futuro, en relación a las ideas de lo que deberían ser esos pueblos para sus habitantes.

De la creatividad y otras formas de pensar paisaje

El jardín de piedras de Sonia en Guzmanes es un notable ejemplo de creatividad que aporta para nuevos entendimientos de lo que es paisaje, dentro de muchos otros y otras quienes también me mostraron sus creaciones. Cuando le preguntamos a Sonia por sus piedras, la cara se le iluminó: nos invitó a pasar y comenzó a hacer un recorrido por su patio. Casi todas las piedras venían o del cerro o del río Putaendo, y comenzó a juntarlas hace 20 años. La primera piedra que se trajo fue con forma de asiento. Tenía torres de piedras planas que apilaba una sobre la otra, de mayor a menor, haciendo que se equilibraran solas. Había otras ordenadas en la palmera y los árboles, en un tronco y apiladas en la entrada de la casa. Las formas de clasificación eran variadas, a veces por color, a veces por origen, a veces por forma, como una parte donde tenía todas aquellas que le sugerían con la forma de corazón. Aunque declaró muchas veces que no sabía nada de minerales, mostró tener profundo conocimiento de sus piedras (*ver figura 3.33 y 1.13, pág. 51*).



Figura 3.33 Detalles del jardín de piedras de Sonia

Si bien las piedras eran su colección más notable y vistosa, descubrimos que era una coleccionista por excelencia, y todo lo que sabía acerca del pueblo y su historia, lo iba



Figura 3.34 y 3.35 Colecciones de Sonia (Guzmanes). De izquierda a derecha, colección de piedras de 'indios' y algunas piedras horadadas, y colección de objetos 'antiguos' de bronce.

mostrando a través de colecciones que ya fueron mencionadas, de objetos ‘antiguos’ de bronce, de balanzas, de piedras horadadas, de botellas de vidrio, entre otras cosas, pero eran sobre todo los aspectos generales pertinentes al habitar rural de la zona central de Chile, más que de Guzmanes en particular (ver figura 3.34 y 3.35).

Luego, comenzamos a preguntarle directamente sobre sus propias experiencias. Nos contó que ha vivido en varios sectores rurales, su marido es de Guzmanes y sus hijos crecieron ahí. A pesar de llevar tiempo significativo viviendo en el pueblo, Sonia no siente particular arraigo en Guzmanes, continua en el pueblo por la casa -es casa propia- y por sus hijos. Después de todo, Sonia es quien me comentó lo importante que eran para ella las fotos familiares, en tanto eran la historia de su familia. No siente pertenencia en Guzmanes ni tampoco en el lugar donde creció:

“No hay... yo no tengo mis raíces aquí. Yo no soy de aquí ni soy de allá, como dice la canción porque tampoco tengo... así como decir, donde vive mi papá a pesar de que yo llegue a la edad de 5 años allá tampoco por ese sector, ese lugar como mío, como decir: "no, yo me quiero ir a donde yo me crie" porque allá no tuve amigos, yo salí siempre de allá para el colegio, también me quedaba lejos. (...) No tengo un lugar donde yo diga, escucho gente en la televisión ponte tú, que diga ‘ay, mis raíces, yo amo tanto el lugar donde me crie ahí deje amigos, dejé historia’. Yo no, yo allá no deje historia y aquí tampoco tengo.”

Sonia se compara con lo que muestran en la televisión haciendo notable énfasis en cómo las representaciones ensamblan las identidades y subjetividades. Podría resultar extraño que alguien que tiene piedras de todos los alrededores de Guzmanes y tantos objetos ‘antiguos’, que en muchas casas me lo explicaban como cierto afecto a las historias de padres y abuelos en el pueblo, no reconozca cierta pertenencia al pueblo. Y es que en realidad para Sonia, su casa con sus piedras son aquello que la une con ese espacio de tierra:

“Las piedras son las que me han dado la energía de seguir aquí. (...) Ellas son mi compañía, si yo quedo sola todo el día, siempre estoy sola, entonces son las personas con las que... o sea, personas [se ríe] son las cosas... es que le digo personas porque son... Pucha, es lo que me alegra poh’. Yo lo paso sola y me voy a mis piedras, las amontono, las cambio de forma, y eso me entretiene mucho y me saca de la rutina poh’, de lo que uno piensa todos los días y está ahí dándole vuelta.”

Para Sonia, el ejercicio de ordenar, clasificar e incluso recogerlas tiene gran valor en su cotidianidad, sus piedras son aquello que hace que su casa sea suya. A partir de este microcosmos (Verdugo y Murray, 2014) ella se construye en relación a las piedras y colecciones de objetos, y todos sus proyectos tienen que ver con ampliaciones y construcciones de espacios que le sirvan para dejar ordenadas sus colecciones.

La relación que Sonia establece con las piedras no es única, Sergio de Alto El Puerto, que tiene un pequeño museo local con herramientas de agricultura y piedras ‘de indio’, además tiene varias piedras que las ha ido recolectando por sus formas y colores (Ver figura 1.14, pág. 53). Cuando conversamos sobre estas piedras me cuenta:

“(...) A mí me gustan las piedras... fijese que yo, me deleito caminando por las piedras. Yo puedo ir por el río de piedra en piedra, y voy mirando, y voy mirando y como que soy feliz por arriba de las piedras. Y si hay una de color trato de traer, mire, el otro día me traje esta, mire que bonita... yo la hallé bonita. Es una piedra bonita para mí, para mí esto es una joya.”

Sergio al igual que Sonia establece una relación particular con las piedras como material y como objeto, en consideración con sus particularidades. Las relaciones con los materiales son corporales, se ponen todos los sentidos a disposición, y por esto son afectivas. Sergio se construye en relación a sus piedras como Sonia, pero Sergio sí se vincula con la historia local, sobre todo de su sector, Alto El Puerto.

Sonia y sus formas de sentir dejan ver una serie de dilemas en cuanto a lo que refiere a las relaciones con los paisajes, tanto del pueblo como los cerros. Se podría poner al centro del arraigo, de la intimidad de un paisaje, las relaciones con los materiales, más que la relación que se establece con la historicidad local. Esta sería otra forma de pensar la identidad colectiva, en tanto las personas convergen en los materiales y estos materiales responden a la zona geográfica y al clima. Por ende, a partir del paisaje de Sonia se presenta otra forma de pensar paisaje, que deja de lado parte del aspecto representacional. El jardín de piedras no se podría pensar como una representación de los cerros de Guzmanes porque ni ella misma lo piensa así. Como Sonia no es la única que ha migrado por múltiples localidades rurales a lo largo de su vida, cabría preguntarse cómo son estos paisajes a partir del desarraigo y que lugar tienen los vínculos con los materiales.

Breve reflexión metodológica. Después de los terrenos

Luego de las experiencias en terreno, es posible identificar principalmente dos dificultades metodológicas que fueron progresivamente modificando la investigación. La primera dificultad fue respecto a la complejidad de trabajar en torno a cotidianidades. Durante la realización de entrevistas me di cuenta que era prácticamente imposible hacer emerger las cotidianidades sin otro pretexto, porque en general uno/a no suele referirse de manera autorreflexiva a aquello que se realiza todos los días, o algún gesto o movimiento que se hace que no está dentro de cierto proyecto particular. Era costoso al principio convencerles de que aquellas microhistorias del habitar, aquellos movimientos sin mayor razón de ser, más que lo afectivo, era lo que yo estaba buscando y que para eso no era necesario saber con propiedad o exactitud sobre los procesos que han vivido los pueblos, sino que bastaba con las propias experiencias.

En este sentido, fue necesario introducir la idea de 'cambio' en las entrevistas, aunque se entienda que la experiencia es un continuo. Referirse al cambio ayudó a darle una mirada retrospectiva a las entrevistas, tener un punto de comparación, que en la mayoría de los casos eran las infancias y juventudes para referirse a los paisajes actuales. Además, esto me llevó a volcar la atención a las materialidades presentes en las casas, en la medida en que me iban mostrando ciertos objetos, indicando ciertos cerros, ubicándome en lugares de las casas de otras épocas. Ahí pude acceder a un plano un poco más autorreflexivo sobre las propias experiencias y memorias, y una vez que notaban que eso era lo que me interesaba, nos sumergíamos en largas conversaciones sobre todo un mundo de tesoros familiares e individuales. El problema de referirse a la cotidianidad está estrechamente vinculado con aquello que menciona Miller (2005) respecto a la humildad de los objetos. En la medida en que no se consideran, más 'poder' o influencia tienen en nuestras vidas cotidianas. Es por esto, que muchos de los objetos y materialidades presentes en las casas no fueron mencionados, pero constituyen aspectos centrales de la cotidianidad de los paisajes. Aunque toda materialidad es importante, el foco fue puesto en aquellos objetos que se vinculaban a cierto pasado colectivo y a sus recuerdos personales.

El segundo aspecto tuvo que ver con mi propia experiencia en el terreno y fue el ser una investigadora mujer. Esto definitivamente matizó algunos aspectos de la investigación, en tanto el ser mujer me permitió acceder a ciertas informaciones, a ciertas personas y a otras no. Muchas veces sentí que el ser mujer obstaculizaba el investigar, pero luego me di cuenta de que parte de mi investigar en la ruralidad era tensionar mi identidad de mujer y que no podía pasarlo por alto, era inevitable. Ser mujer no es un impedimento para investigar la ruralidad y el que lo haya sido a ratos habla de lo particular de esta realidad.

Así mismo, crecer identificándose como mujer en la ruralidad es una experiencia específica que probablemente se traduce en paisajes distintos. Esta diferencia no fue profundizada en este trabajo porque, al no darle previamente un enfoque expreso, las voces masculinas hegemónicas ocuparon más espacio (sin quererlo, entrevisté a más hombres). Aun así, al ir progresivamente mostrando más interés por los espacios domésticos, pude adentrarme en otro tipo de relatos más íntimos que en general sí provinieron de mujeres.

CONCLUSIONES

Los pueblos de pequeña propiedad están situados en sus cuencas de ríos o esteros y están relacionándose constantemente con otras localidades. Si bien antes predominaba una lógica de migración interna entre zonas rurales, aspecto crucial en la trayectoria de vida de muchas personas entrevistadas, ahora pareciera tratarse de migraciones por temporada o movi­lidades cotidianas; salen a trabajar o a estudiar por un tiempo, pero eventualmente o los fin de semana vuelven a vivir al pueblo. Este aspecto, de los flujos dentro del mundo rural, ya sea como idas y vueltas diarias o cambios permanentes, es un aspecto central en los tres pueblos de pequeña propiedad a través del tiempo y probablemente, parte del habitar rural en general.

Hablar de paisajes exclusivos de pueblos rurales específicos es complejo por esto mismo: a lo largo de la vida de una persona es sumamente probable que haya vivido en más de una localidad y en sus paisajes estos movimientos migratorios se notan; están inscritos en sus entornos, en sus preferencias y decisiones respecto a la construcción de su hábitat íntimo, que son las casas, los patios y todos los espacios intermedios, lo cual también se registra en sus calles y pasajes, en el pueblo en general. Un paisaje desde la experiencia de una persona refiere a otros paisajes, así como hablar de la pequeña propiedad refiere por oposición a la hacienda. Si se intenta aislar un paisaje, se vuelve complejo el no terminar haciendo un trabajo sobre la historia local, en tanto el paisaje es tiempo materializado (Bender, 2002) es decir, responde a formas que emergen con las historias y sus movimientos. En ese marco, adquiere sentido el haber trabajado con tres localidades, que, si bien tienen sus diferencias, emergieron con más facilidad los aspectos comunes del habitar rural, otorgándole amplitud a la idea de paisaje.

La centralidad del migrar o de moverse entre localidades es uno de esos aspectos. Los movimientos poblacionales rurales sería algo sumamente interesante de estudiar, sobre todo el movimiento que se genera concretamente en los caminos ‘internos’ -más allá de las carreteras- caminos de larga data que valdría la pena ver cómo ha sido su historicidad y cómo han emergido los lugares en torno a estos.

Los lugares y sus magnitudes dependen de la mirada que se propone. Si se pone el foco en los caminos, los pueblos se vuelven ‘lugares’ en su totalidad. En el Valle Los Olmos, esto se hace muy evidente en tanto muchos caminos (nuevos y antiguos) conectan en ese punto de la cuenca que es donde coincidentemente se unen los ríos. Así mismo, dentro de la dimensión *cerros*, hay lugares que los hacen emerger como un espacio aparte del *pueblo*; grutas, descansos, corrales, desde donde se divisa el pueblo al fondo. Igualmente sucede desde el pueblo a los cerros, que son claramente visibles como espacios distintos. Estas dimensiones parecieran constituir ‘lugares’ que se evidencian en el relato más que en lo material ya que, en la realidad, el límite entre pueblo y cerros esta siempre cambiando, marcado por la experiencia personal de quien lo está refiriendo. Si alguien trabaja con animales, sus ideas de dónde comienza el cerro podrían ser distintas a alguien que sólo va a al cerro a buscar leña, o de quien vive en los sectores más apartados, entre otros ejemplos. Los *espacios domésticos*, en cambio, en relación al *pueblo* generan límites que están más claros, pero aun así hay momentos donde este cambia. Por ejemplo, los

espacios de almacén dentro de las casas, en la alojadas de la Virgen de la Merced de Chicolco, o incluso en los banquillos que dan a la calle, fuera de las casas. Las dimensiones propuestas tienen que ver con perspectivas corporales, dependen de quien las define y el lugar que ocupa esa persona en el contexto. Lugar físico que también es un lugar social. Desde esta perspectiva, los paisajes son sumamente subjetivos e individuales, aunque jamás dejan de referir formas y experiencias en relación a (y con) la materialidad.

Esto no quiere decir que sea imposible acceder a los paisajes que no son propios en tanto sí son materiales y la experiencia personal refiere a experiencias comunes, así como la memoria individual es una perspectiva de la memoria colectiva (Pereiro, 2004). Existen paisajes colectivos en tanto existen lugares colectivos, lugares de encuentro donde la comunidad pueblo se cristaliza, se hace evidente en tanto tiene que ver con la convergencia de personas y cómo esta convergencia se plasma materialmente, construyendo espacios que detienen los flujos de personas, humanas y no humanas; o incluso, que los atraen por la presencia de ciertos materiales u objetos y la misma posibilidad del encuentro. Las escuelas son un buen ejemplo de esto al ser tan relevantes en las trayectorias vitales de las personas. Los diplomas en las casas remiten a este lugar físico, haciéndose evidente las formas multiescalares del paisaje.

Otra posibilidad para pensar paisajes colectivos está estrechamente ligada a las narrativas (Tilley, 1994) de la memoria que son recurrentes, en tanto son descripciones de otras descripciones que hacen emerger lugar y que a la vez existen por estos lugares. Como la puerta de los brujos en Guzmanes, o incluso en casos más cotidianos, las cocinas a leña con los implementos colgando de la quincha. Obviamente no todos tenían una cocina igual cuando eran pequeños/as, pero sus descripciones son casi iguales. Eso se podría pensar como paisaje colectivo, en tanto colectivamente se mantiene una imagen por sobre otros detalles de los recuerdos personales; es un plano ideal o representacional que se vincula a la existencia material (Hirsh, 1995). En relación a este punto, cabe recordar las repetidas ilustraciones rurales dentro de las casas y cómo es probable que estas han ayudado a construir cierta imagen de lo rural en el pasado.

El 'antes' siempre corresponde al tiempo anterior a los 70' y los procesos de modernización, es decir, a las infancias y juventudes de quienes entrevisté. Los procesos de modernización vienen a marcar la adultez de mis entrevistados/as con cambios materiales sumamente concretos, como la pavimentación en el pueblo que genera nuevos ritmos e itinerarios (que probablemente tiene que ver con la movilidad diaria entre localidades), el agua y la luz eléctrica que en términos domésticos implican cambios fundamentales, permitiendo entre otras cosas, que progresivamente las casas se vayan 'cerrando' en tanto el baño y la cocina entran al recinto casa, que antes eran solo dormitorios y comedor. Estos cambios materiales sin duda que marcan las trayectorias vitales de quienes los experimentan, y a partir del trabajo realizado queda la duda cómo sería el vínculo con estas memorias por parte de generaciones más jóvenes, quienes crecieron con luz, pavimento y agua. Pero por la misma situación de las migraciones temporales, ellos y ellas no suelen estar en los pueblos.

Volviendo a los lugares comunes, la religiosidad es uno de ellos. Lo interesante es que, si bien se podría anclar físicamente en capillas e iglesias, la religiosidad va mucho más allá,

y es posible localizarla en múltiples dimensiones y escalas. Desde una cruz visible de todo el valle en la punta de un cerro hasta altares en cierto rincón de la casa. Esta religiosidad, se relaciona con ciertas fiestas vinculadas en los casos vistos, a la figura de la virgen. La devoción mariana y todos sus gestos asociados son un aspecto común del habitar rural, que actualmente se construye como un espacio de certeza para adultos y adultos mayores, quienes en su trayectoria vital han vivido todos estos cambios y movimientos. Los bailes chinos, el canto a lo divino, alferrear e incluso pagar, suelen aparecer en el marco de estas fiestas que van más allá de la devoción misma y se sitúan en el centro de la historicidad del pueblo. Otra vez, son experiencias completas que quedan inscritas en los cuerpos, mucho más que en los relatos. El ejemplo más claro es 'chinear' como experiencia difícil de transmitir en un relato. Y en la casa, al ser una parte de la identidad propia, se encuentran detalles de estas prácticas. Una guitarra, una flauta, una foto, un adorno o ilustración.

Estos espacios de certeza son parte de una 'topografía emocional', parte central de la habitabilidad, en un contexto de progresiva mercantilización del territorio (Skewes, Trujillo y Guerra, 2017) en tanto la instalación de plantaciones y la formalización de la propiedad privada llevan progresivamente a reducir el espacio de vida. Esto aparentemente impacta en términos de producción, en tanto hay menos espacios para la ganadería y cada vez hay menos disponibilidad de agua para producir en pequeña escala, pero además impacta en las cotidianidades; como se comentó, los paseos, los lugares para bañarse, son momentos de encuentro también. Son parte del pueblo y de la identidad como colectivo, a pesar de que en muchos casos no son los propietarios legales de estas tierras. Según Miller (2005), a través de las materialidades emerge la conciencia y la autoconciencia de las personas. En este caso, a través de las tierras comunes emerge la conciencia del pueblo sobre sí mismo al establecerse una íntima relación dialéctica con aquella topografía. De todas formas, aunque en La Canela y Guzmanes las tierras comunes continúan, sin agua van perdiendo posibilidades de uso y recreación.

El agua es un material el cual su ausencia impacta a múltiples escalas y podría pensarse como uno de los grandes constructores del paisaje, en conjunto a la acción humana. A nivel de cuencas, los ríos y esteros son fundamentales para la existencia de los poblados. Es fundamental para toda agricultura, característica históricamente central en el mundo rural. El agua crea lugares de religiosidad, que probablemente tiene que ver con su importancia para la agricultura, además de generar lugares de recreación en los cerros. El agua transita por el pueblo y los patios a través de las acequias. Los patios también cambian con la falta de agua; algunas especies vegetales prosperan y otras no. Hay un sinfín de elementos de los cuales la acción del agua es central para la experiencia paisaje, y particularmente este paisaje rural. Un gran ejemplo es el ciclo que generaba los techos de caña de trigo. La producción doméstica de trigo permitía cambiar constantemente el techo de caña de trigo de las casas de barro (quincha, adobe o tapial); con la sequía -transversal en los tres pueblos- la pequeña producción se ve mermada y se vuelve imposible el reemplazar los techos oportunamente. Para los techos se buscan otras soluciones, siendo la plancha de zinc la más usual, que genera que varíe el peso sobre la construcción de barro produciendo un desgaste mucho más grande sobre esta. Actualmente casi no existen casas con techo de trigo, pero es algo que todos y todas rememoran. Entonces vemos como en esta realidad

particular, el agua pareciera modificar las cotidianidades en tanto tienen relaciones co-constitutivas con esta, ajustando en todos los niveles las escalas de vida en relación a su disponibilidad.

La reducción de la escala de vida lleva a poner la atención en nuevos significados de dimensiones que antes se solían obviar (Skewes, Trujillo y Guerra, 2017) como lo es el valor de ciertos objetos que antes eran cotidianos y que posteriormente fueron descartados, en los patios y cerros. En el contexto de las transformaciones rurales, no es extraño pensar que existe una creciente tendencia a singularizar aquellos objetos que pertenecen a la agricultura a pequeña escala, ganadería, minería artesanal u objetos domésticos que quedaron en desuso (lavatorios, tinajas, bateas, chonchones). En el contexto rural, el Estado o las instituciones asociadas a este, más que dedicarse a la singularización (Kopytoff, 1991) históricamente han encarnado lo contrario: la tendencia modernizadora que implica transformaciones materiales concretas que homogeneizan realidades. A esto se suma a la poca regulación de las grandes empresas (agroindustrias o mineras) en los territorios. En este contexto, la singularización de los objetos se produce de forma personal, pero con aspectos colectivos, aunque pocas veces formalizados (la excepción sería un 'museo local' en el Valle Los Olmos, iniciativa de un vecino) y se puede notar en aquellos puntos de la casa que se conectan o proyectan hacia el colectivo. La construcción de las ideas como patrimonio, o lo folclórico de parte de las autoridades comunales o estatales refirma esta actitud de parte de las personas, que ven en los objetos que asocian con su propia historia un valor singularizable, lo único que pueden proteger de la mercantilización.

Referidos como objetos 'antiguos' por sus dueños, éstos objetifican (Miller, 2005) la memoria, hacen emerger el pasado y lo construyen, en su versión próspera que es a la vez pobre, remarcando el sacrificio del trabajo de padres, madres, abuelos y abuelas. Este aspecto, a través de la cultura material en los espacios domésticos y las imágenes colectivas de los paisajes de memoria, pareciera ser central de la pequeña propiedad. Estos objetos, obviados en los cerros y en los patios, adquieren un nuevo valor.

Hay un aspecto muy interesante en esto y es que podrían identificarse dos tipos de objetos 'antiguos'; (1) aquellos que tienen biografías conjuntas con la persona o el grupo familiar que lo atesora, y (2) aquellos que provienen de contexto de descartes (del cerro, de basurales, de casas abandonadas) y son recuperados y puestos en exposición por sus nuevos dueños, sacándolos del mercado o del olvido. En el fondo, no está claro si se trata de una actitud *conservadora* o *conservativa* en términos de González-Ruibal (2003), y probablemente hay algo de ambas. Se establecen vínculos afectivos con estos objetos - algunos más que otros obviamente- y tienen asociadas ciertas historias personales. A la vez, no es coincidencia el haberme topado con tantas colecciones crecientes de objetos 'antiguos'. Lo que sí es seguro, es que estos objetos ocupan lugares diferenciales de la casa, en diferentes grados de exposición. Aquellos que se conforman como tesoros familiares suelen estar en lugares menos expuestos a la calle que aquellos cuyo único valor es ser antiguo. De todas maneras, a pesar de que no haya un vínculo afectivo con el objeto particular, la herramienta (suelen ser herramientas) queda como marcador mnemotécnico (González, 2018) que despierta memoria y recuerda a la abuela que utilizaba una herramienta similar, por ejemplo, o a sus juventudes si es que les tocó trabajar en algunos

de estos oficios. El objeto se vuelve una representación de aquello que fue vivido. Así mismo sucede con personas que no tienen vínculos familiares con este mundo, casas de veraneo que cuelgan yugos a la entrada, como un posible guiño de la cultura local y una apropiación de sus formas desde una perspectiva completamente *conservadora*. Sin embargo, estas actitudes -*conservativa* y *conservadora*- plantean solo un aspecto de la relación con los objetos de un carácter más bien simbólico, pero no consideran su interacción material.

Otra explicación a la centralidad de los objetos 'antiguos' y su proceso de revalorización podría tener que ver con los terremotos, como eventos que evidencian la fragilidad de las construcciones en barro y que en muchos casos han llevado a transitar al uso de otros materiales para construir las viviendas. Los terremotos son un punto de inflexión, sobre todo en aquellos lugares, como sucede en la pequeña propiedad, que un mismo grupo familiar ha continuamente habitado un terreno. Cambian trayectorias de vida en tanto las casas se averían o se caen, obligando a la renovación de los espacios domésticos. Como vimos, estas casas de quincha, tapial o adobe muchas veces objetifican la memoria de aquellos antepasados que las construyeron y conforman un aspecto muy íntimo del habitar, por lo tanto, que la casa o parte de ella se caiga con un terremoto es muchas veces doloroso y vuelve frágil todo el patrimonio familiar. Los objetos en cambio permanecen. Muchas veces se ven casas de otros materiales, concreto o materiales ligeros, llenas de objetos considerados antiguos, como el caso de Tito y Gabriela. Puede ser que habiten una casa nueva, pero la trayectoria de sus habitantes en el pueblo es imborrable. Los impactos de los terremotos en la construcción de memoria e identidad rural es un aspecto que se podría profundizar en futuros estudios.

Obviamente los terremotos no se han destruido todas las viviendas, hay muchos y muchas quienes habitan en casas que están hechas esencialmente de barro, e incluso han continuado construyendo con el material; y es que habitar las construcciones de barro, así como sucede con las pircas, implica una mantención a sus formas con el mismo barro. Esto se podría ver como una forma de reactualización del pasado, un vínculo particular con esta gran cosa (Ingold, 2010) que es la vivienda en el gesto de habitarla.

También hay muchos y muchas quienes han optado por cambiar las casas de barro y conviven con vestigios, partes de las habitaciones que utilizaban antes. En los espacios domésticos es posible encontrar marcas, por ejemplo, de donde estuvo la cocina a leña, si es que no la partes de la construcción. Estos vestigios, que entran en planos cotidianos casi imperceptibles, sin duda que también participan de la construcción de la memoria. Así mismo, en el contexto de construcciones frágiles al paso del tiempo, hay ciertas casas que se utilizan como referencias del pasado, que no tienen que ver con quienes vivieron ahí, sino que funcionan como representación, cómo ejemplo e imagen de los pueblos para explicarle a la persona externa, a mí en este caso, como era la vida antes pero también, a la manera de Tito y Gabriela y su intervención con objetos antiguos, como una forma de autoexpresión de una memoria colectiva.

Es necesario aclarar que si bien se podría hablar de casas nuevas o viejas (que siempre conviven), hay una forma de habitar los espacios domésticos en general que sin duda es

propia del habitar rural y que tiene que ver con la construcción de lugares dentro de estos espacios que no tienen que ver con un afuera ni un adentro; se trata de ramadas, corredores, quinchos, terrazas. Estos espacios intermedios son espacios de sociabilidad que a su vez están estrechamente relacionados con el clima oscilante de Chile Central y que han existido en distintas formas y seguramente continuarán existiendo. En las formas de patios, casas y espacios intermedios conviven múltiples temporalidades, en torno a los objetos, vestigios presentes, y en maneras de hacer y habitar.

Hay materiales que constituyen el habitar rural y son parte significativa de estos paisajes. Además del agua, hay otros materiales que destacan como materia prima para habitar, como son la tierra, las piedras y las maderas que están en estrecha relación con el clima oscilante. Los materiales no se pueden sacar de sus contextos geográficos y climáticos y por ende el paisaje tampoco. El construir con estos materiales requieren habilidades (Ingold, 2012) que se transmiten y desarrollan con y a través de estos materiales de generación en generación. Estos reflejan conocimientos ambientales valiosos estrechamente relacionados con el tipo de ambiente donde se sitúa la población. Muchas veces las construcciones en tierra han sido consideradas patrimonio de Chile, el cual es necesario estudiarlo para su cuidado (Jorquera, 2014). Sin embargo, pareciera ser un patrimonio frágil por la realidad sísmica del país. Por eso, esta forma de pensar patrimonio como un traspaso de representaciones es poco probable que prospere ya que lo que realmente es valioso en el tiempo son las habilidades constructivas, que sería lo que permite la regeneración de este habitar tan particular. La habilidades no se pierden, lo que sí aparentemente se ha perdido son las condiciones para aprenderlas. Estas condiciones tienen que ver con darle importancia a las construcciones de barro ya existentes que se están habitando (y por ende manteniendo) a modo de tomarlas como ejemplo para que a partir de estas se propongan nuevas combinaciones creativas. La reproducción idéntica de antiguas formas de construir no tiene sentido, porque además de que probablemente es imposible, en el cambio de contexto rural perderían sentido y respondería a lo mismo que traspasar representaciones. La clave, desde mi perspectiva, tendría que ver con las nuevas combinaciones y creaciones a partir de estas técnicas y los nuevos flujos de información disponibles.

Curiosamente, en el centro de los paisajes y de manera transversal en el tiempo, hallé muchas prácticas que tenían esta características y que implicaban una interacción particular con los materiales, donde las formas emergían en conjunto; el trabajo en el pirquén, pircar, amasar (pan amasado) y el trabajo con el horno de barro, hacer carbón, quinchar y construir con tapia, entre otros. Probablemente no se agotan ahí. Son conocimientos específicos que tienen mucho que ver con la experimentación y la guía de quienes están más experimentados y a la vez con un habitar propio rural, en tanto las materiales provienen de sus entornos. Estas habilidades implican un hacer corporal y para futuros estudios podría explorarse el carácter afectivo de estas prácticas a partir de lo visto en el caso de Sonia y Sergio con sus respectivas colecciones, en el caso de Celso y su oficio de arriero.

No todas prácticas mencionadas fueron observadas en primera persona, emergieron en conversaciones en la intimidad de los espacios domésticos. El paisaje adquiere forma en múltiples escalas, por la continuidad de sus materiales, y es en la casa donde parecieran

hacerse más evidente los diferentes niveles en tanto se observan los microcosmos de quienes habitan ahí, que siempre están relacionados a la vez con el macrocosmo socio-político (Verdugo y Murray, 2014). Estos microcosmos son intrínsecos al habitar. Los espacios cambian en la medida en que las personas van cambiando a lo largo de su vida, en la manera en que ellos y ellas mismas se identifican, se posicionan socialmente y articulan sus subjetividades de los diferentes aspectos de la vida. Las formas de la casa, con los vestigios de otros tiempos, las formas en los patios, las vistas desde la casa a los cerros o al pueblo, y en los objetos cotidianos, y en particular aquellos que 'decoran' son apoyos para relatar sus historias de vida, las hacen emerger. Se trata de paisajes familiares en tanto conjugan elementos de allá afuera, un afuera que también es profundamente íntimo; si no fuera así sería poco probable que tuvieran presencia en este espacio. Esto sucede de una forma bastante concreta y cotidiana; las especies vegetales en los patios provienen de patios o zonas cercanas, suelen haber piedras, ramas, y objetos antiguos que estaban desechados en los cerros, que son recuperados.

Hay una suerte de paralelismo que se podría establecer entre los patios de las casas y los cerros; ambos se afectan brutalmente por la sequía, ambos tienen lugares construidos por animales y por otros seres (como las grutas). En ambos se encuentran vestigios de otros tiempos, tanto en construcciones (como la visita a la casa de Venera en Guzmanes) como en objetos. Son un depositario de memoria, pero también de posibilidades en la medida en que esas materialidades se pueden volver a usar. En el patio el grupo familiar se construye íntimamente como grupo, y a su vez, cada persona en su individualidad. No todos en una casa son igualmente encargados/as del jardín, muchos árboles y plantas son de alguien en particular. En los cerros el pueblo se construye, pero no todos sus habitantes tienen la misma cercanía con ciertos lugares y depende de en gran parte de sus ocupaciones cotidianas.

En toda la amplitud del espacio doméstico se encuentran elementos, formas provenientes de diferentes lugares; de las dimensiones cerros y pueblo, de las migraciones y los viajes. La casa es un lugar donde convergen trayectorias de muchas personas, animales y materiales que le van dando forma dialécticamente entre sus elementos. Hablar de las cotidianidades sin hablar de la casa es imposible. Parte de todos estos movimientos que crean y recrean la casa son casi inconscientes, pero una gran parte son conscientes. Los mejoramientos de la casa, el volverla un lugar propio y agradable para habitar, son movimientos creativos, donde se conjugan los materiales disponibles (ya sea dentro o fuera del terreno), lo que se necesita y los gustos o preferencias. Este último es quizás el aspecto más complejo de todos, que a la vez está influido por los anteriores. Investigar la disposición de los objetos en la casa podría ser un aspecto interesante para comprender la vida de una persona, pero a la vez, sería imposible aislar la casa de su contexto inmediato, sector, pueblo, vecinos/as, que a la vez es su contexto social, influyendo obviamente los accesos a salud, educación y entretenimientos. Es por esto que la idea de paisaje, en su alcance multiescalar es útil para la identificación de las continuidades de las formas.

A su vez, a lo largo de este trabajo, habría sido interesante enfocarse en la construcción de paisaje de un grupo más selecto de personas, con características similares, en tanto que los pueblos resultaron ser realidades mucho más heterogéneas de lo imaginado. En este

contexto, considerar el género y la generación sería algo crucial, para estudiar cómo a múltiples niveles se crean y reproducen identidades y sobre todo estos ordenes jerárquicos que atraviesan incluso un grupo familiar. Se podría incluso problematizar la idea del habitar rural si es que varía significativamente para cada uno de estos grupos.

De todas formas, es compleja la relación que se establece con las materialidades de los espacios domésticos respecto de los paisajes más amplios. Una forma de entenderlo es viendo que dentro de la casa hay representaciones de paisajes; como las ilustraciones de ruralidad, los objetos 'antiguos', las cosas convertidas en objetos del cerro, y aquellas referencias a lugares de encuentro del pueblo. Desde los entendimientos tradicionales de paisaje, en relación al origen del concepto, esto haría sentido. Sólo a partir de la constatación de estas formas de representaciones se podría asegurar que allá afuera existe una conciencia paisajística, que es válido hablar de paisaje. A la vez, esta posición genera sospecha; ¿el entendimiento cotidiano a cierta piedra situada en el corredor representa los cerros para quien la llevó ahí? Es poco probable, porque esa piedra debe tener alguna particularidad que la llevó a ese lugar, color, forma o historia. Pareciera participar de un entramado mucho más complejo que solo volverse un indicador de algo más, aunque no se descarta esta posibilidad. Para Miller (2001), estas materialidades son representaciones del mundo exterior, pero a la vez son apropiaciones de este en un habitar que es observable entre otras cosas en el decorar la casa. En este sentido, casa y patio son un proceso más que un resultado en el que dialécticamente se construyen las identidades de sus habitantes.

Muchas veces, como fue inicialmente planteada esta investigación, se suelen entender los vínculos con las materialidades como si estas fueran manifestaciones de la existencia humana y no intrínsecas a esta (Verdugo y Murray, 2014). En este sentido, pensar que objetos o formas específicas manifiestan lo rural, es hacer que lo rural permanezca asociado a un pasado. Responde más a una folclorización de formas de vida, una mirada estática que tiende a homogeneizar, perdiendo matices como la diferencia entre pequeña propiedad y hacienda. No hay nada que manifieste lo rural, sino que lo rural es el entramado complejo entre las historias y las formas, entre las representaciones -a veces desde el folclore- y las experiencias de vida de quienes se identifican y se sienten parte de este mundo.

Desde el caso de Sonia y su jardín de piedras, sería imposible pensar en una apropiación del entorno a través de este. Quizás la palabra apropiación nunca ha sido la más adecuada para explicar los vínculos materiales desde las casas con sus alrededores, en tanto la verdadera apropiación, cuando se trata de una plantación o del agua, por ejemplo, resulta problemática para las subjetividades de los y las habitantes.

El enfoque en los afectos amplía mucho más las posibilidades de relaciones que se pueden establecer entre historias, representaciones y materialidades porque los afectos están repartidos en ellos y varían caso a caso. La construcción de las subjetividades rurales es algo que amerita estudiar en consideración con lo mencionado al principio, hay muchas personas que han migrado dentro de la ruralidad y que lo siguen haciendo, generando cierto desarraigo que pareciera oponerse a los clásicos entendimientos rurales, pero que tampoco transita a formas ciudadanas totalmente.

Es por esto que es interesante poner el foco en las cotidianidades, porque es imposible no referirse a los afectos en este plano y aceptar la heterogeneidad de la experiencia de vida. La vida tiende al desorden, a desbordarse, a no ser contenida y esto va en contra de las estéticas de las sociedades modernas (Ingold, 2010). A partir de lo visto en los poblados patios y casas rurales, se podría plantear la idea de que hay otras *estéticas* no hegemónicas, entendidas como experiencias frente a todas estas formas cotidianas. Unas estéticas cotidianas que van más allá del estudio del arte o de categorías como lo bello. Este desbordamiento de vida -desde la perspectiva de una sociedad moderna- no luce igual en todos los contextos no occidentales: cada uno tiene sus materiales, formas y colores, los cuales valdría la pena estudiarlos de forma transdisciplinar y permitirle a la antropología utilizar metodologías más sensibles a las estéticas. Metodologías que nos pongan a discutir de manera más horizontal con nuestros entrevistados/as, y no sobre ellos/as, respecto a nuestros entornos. Ese fue el motor inicial de esta memoria.

Para el caso del mundo rural de Chile Central, se podría decir que definitivamente hay estéticas cotidianas comunes en tanto hay materiales, técnicas y experiencias transversales que podrían especificarse infinitamente más. Estas estéticas cotidianas generan a su vez nuevos ordenes: propuestas creativas, creaciones, colecciones y decoraciones, que ayudan a pensar el futuro de estos paisajes con sus habitantes. Finalmente, la importancia de estas estéticas cotidianas se hizo evidente en un plano metodológico: en los terrenos muchos y muchas a quienes entrevisté, a diferencia de a quienes les explicaba mi proyecto acá, entendieron a cabalidad aquello que estaba buscando y ellos/as mismos/as me guiaron por esos matices de su propia vida.

REFERENCIAS

- Bender, B. (2002). Time and Landscape. *Current Anthropology*, Vol. 43, N°S4, S103-S112.
- Bengoa, J. (1987). Pobladores rurales y vivienda rural. *Revista EURE*, 39-40, 35-42.
- Bengoa, J. (1988). *Historia social de la agricultura chilena. Tomo II*. Santiago: Ediciones Sur.
- Bengoa, J. (2015a). *Historia rural de Chile Central. Tomo I - La construcción del Valle Central de Chile*. Santiago: LOM.
- Bengoa, J. (2015b). *Historia rural de Chile Central. Tomo II - Crisis y ruptura del poder hacendal*. Santiago: LOM.
- Canales, M. (2006). *Metodologías de investigación social*. Santiago: LOM.
- Cano Suñen, N. (2012). Definiendo el paisaje en base a la tensión. *Cuadernos de Antropología-Etnografía*, 35, 117-138.
- Cieraad, I. (1999). Introduction: Anthropology at Home. En I. Cieraad (Ed.), *At Home. An Anthropology of Domestic Space* (págs. 1-12). New York: Syracuse University Press.
- Cordero, A. (2014). Paisajes y relatos de vida. Apuntes para la interpretación de los paisajes socioculturales con mención a Puntarenas y Limón (centro) en Costa Rica. *Teoría y Praxis*, 16, 9-31.
- Descola, P. (2001). Construyendo naturalezas. Ecología simbólica y práctica social. En P. Descola, & G. Palsson, *Naturaleza y Sociedad. Perspectivas antropológicas*. (págs. 101-122).
- Dolan, J. A. (1999). "I've Always Fancied Owning Me Own Lion": Ideological Motivations in External House Decoration by Recent Homeowners. En I. Cieraad (Ed.), *At Home. An Anthropology of Domestic Space* (págs. 60-72). New York: Syracuse University Press.
- Durand, L. (2002). La relación ambiente-cultura en antropología: recuento y perspectivas. *Nueva antropología*, 18, 169-184.
- Escobar, A. (1998). Whose knowledge, whose nature? Biodiversity, conservation and the political ecology of social movements. *Journal of political ecology*, 5, 53-82.
- Facultad de Arquitectura y Urbanismo. (1981). *Conjuntos arquitectonicos rurales: Casas Patronales 1*. Santiago: Universidad de Chile.
- Goicovic, I. (2005). Ámbitos de sociabilidad y conflictividad social Chile tradicional. Siglos XVIII y XIX. *Revista Escuela de Historia*, 1(4).
- Gomez, S. (1980). *Después del Latifundio-minifundio, qué? El caso chileno (N°92)*. FLACSO, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales .

- González, P. (2018). *Una aproximación al rol de los objetos en la construcción del pasado reciente en San Pedro de Atacama*. Memoria de título para optar al grado de Arqueóloga.
- González-Ruibal, A. (2003). Desecho e Identidad: Etnoarqueología de la Basura en Galicia. *Gallaecia* (22), 413-440.
- Gullestad, M. (1992). Home decorations as popular culture. En M. Gullestad, *The Art of Social Relations. Essays on Culture, Social Action and Everyday Life in Modern Norway*. Scandinavian University Press.
- Heidegger, M. (2002). Construir, habitar, pensar (Traducción de Ana Carlota Gebhardt). *Alción Ed.*
- Hernández, R., & Pezo, L. (2009). La antropología rural chilena en las últimas dos décadas: situación y perspectivas. *AIBR, Revista de Antropología Iberoamericana*, 4(2), 204-228.
- Hirsch, E. (1995). Introduction. Landscape between place and space. En E. Hirsch, & M. O'Hanlon, *The Anthropology of Landscape. Perspectives on Place and Space* (págs. 1-30). New York: Oxford University Press.
- Idea Consultora. (2011). *Caracterización de la pequeña agricultura en Chile, descripción de sus necesidades y subsectores, evaluación de los servicios prestados por ODEPA a este segmento, y propuestas de mejoramiento y nuevos servicios e instrumentos*. Licitación pública de la Secretaria de agricultura N°159-73-LE10.
- Ingold, T. (1993). The temporality of the landscape. *World Archaeology*, 25(2), 152-174.
- Ingold, T. (2002). *The Perception of the Environment: Essays on livelihood, dwelling and skill*. Psychology Press.
- Ingold, T. (2010). Bringing Things to Life: Creative Entanglements in a World of Material. *Realities. ESRC National Centre for Research Methods*, 2-14.
- Ingold, T. (2011). *Being alive: Essays on movement, knowledge and description*. Taylor & Francis.
- Ingold, T. (2012). *Ambientes para la vida. Conversaciones sobre humanidad, conocimiento y antropología*. Ediciones Trilce.
- Ingold, T. (2013). *Making. Anthropology, archaeology, art and architecture*. Routledge.
- Instituto Nacional de Estadística. (2005). *Chile: Ciudades, pueblos, aldeas y caseríos*. Santiago.
- Jorquera, N. (2014). Culturas constructivas que conforman el patrimonio chileno construido en tierra. *Revista AUS*(16), 30-35.
- Kopytoff, I. (1991). La biografía cultural de las cosas: la mercantilización como proceso. En A. Appadurai (Ed.), *La vida social de las cosas* (págs. 89-124). México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes y Grijalbo.

- Lopez, F. (2002). El análisis de contenido como método de investigación. *XXI Revista de Educación*, 4, 167-179.
- Maderuelo, J. (2007). *El Paisaje: Génesis de un concepto*. Madrid: Abada Editores.
- Mallimaci, F., & Giménez-Béliveau, V. (2006). Historias de vida y método biográfico. *Estrategias de investigación cualitativa*, 1, 23-60.
- Memoria Chilena. (16 de noviembre de 2017). *Formación del mundo rural chileno*. Obtenido de <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-3423.html>
- Memoria Chilena. (28 de abril de 2019). *Los terremotos en Chile (1570-2010)*. Obtenido de <http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-3576.html>
- Miller, D. (2001). Behind Closed Doors. En D. Miller (Ed.), *Home Possessions. Material Culture behind Closed Doors* (págs. 1-22). New York: Berg.
- Miller, D. (2005). Materiality. En D. Miller (Ed.), *Materiality: An Introduction*. Duke University Press.
- Milton, K. (1997). Ecologías: antropología, cultura y entorno. *Revista internacional de Ciencias Sociales*, 154, 86-115.
- Municipalidad de Puchuncaví. (16 de agosto de 2017). *Nuestra comuna: Antecedentes históricos*. Obtenido de <http://www.munipuchuncavi.cl/2.0/sitio10/historia.php>
- Muñoz Ebensperger, F. (2018). Pensar el habitar urbano desde las experiencias domésticas comunes del Valle Central. *Revista MUCAM: Etnografía, Arte y Cultura*(1), 45-49.
- Pavlovic, D. (2006). *La gente del Valle de las Rinconadas. Uso del espacio y tradiciones tecnológicas durante el periodo intermedio tardío en el Valle de río Putaendo, cuenca superior del río Aconcagua*. Memoria para optar al título de arqueólogo. Universidad de Chile.
- Pereiro, X. (2004). Apuntes de antropología y memoria. *CETRAD - Centro de estudios transdisciplinarios para desenvolvimiento*.
- Roger, A. (2007). *Breve tratado del paisaje*. Editorial Biblioteca Nueva.
- Shove, E. (1999). Constructing Home: A Crossroads of Choices. En I. Cieraad (Ed.), *At Home. An Anthropology of Domestic Space* (págs. 130-143). New York: Syracuse University Press.
- Skewes, J. C., Trujillo, F., & Guerra, D. (2017). Traer el bosque a sus domicilios. Transformaciones de los modos de significar el espacio habitado. *Revista INVI. Vol. 32 Núm. 91.*, 23-64.
- Skewes, J., Guerra, D., Rojas, P., & Mellado, M. (2011). ¿La memoria de los paisajes o los paisajes de la memoria? Los enigmas de la sustentabilidad socioambiental en las geografías en disputa. *Desarrollo e medio ambiente*, 23.
- Smoler, W. (1964). Los dueños-cultivadores de Chile Central. *University of Chicago*.

- Soto, M. (2018). Lugares que hablan. *Revista MUCAM: Etnografía, Arte y Cultura*(1), 15-19.
- Strang, V. (2014). Fluid consistencies. Material relationality in human engagements with water. (C. U. Press, Ed.) *Archeological Dialogues*, 21(2), 133-150.
- Tilley, C. (1994). *Place, Paths and Monuments. A Phenomenology of Landscape*. Oxford: Berg Publishers.
- Valdés, X., & Rebolledo, L. (1994). Mujeres del campo: entre el brasero y la televisión. *Proposiciones*, 24, 287-294.
- Valdés, X., & Rebolledo, L. (2015). Género, generaciones y lugares: cambios en el medio rural de Chile Central. *Polis, Revista Latinoamericana*, 14(42), 491-513.
- Verdugo, M., & Murray, M. (2014). Retratando a Carmen: materialidad, etnografía y vida cotidiana. En G. De Carvalho- Amar, J. Gómez Villar, & O. Sanfuentes Echeverría (Edits.), *La trama de los objetos. Distintas miradas sobre la cultura material*. Materialidades, perspectivas actuales en cultura material.